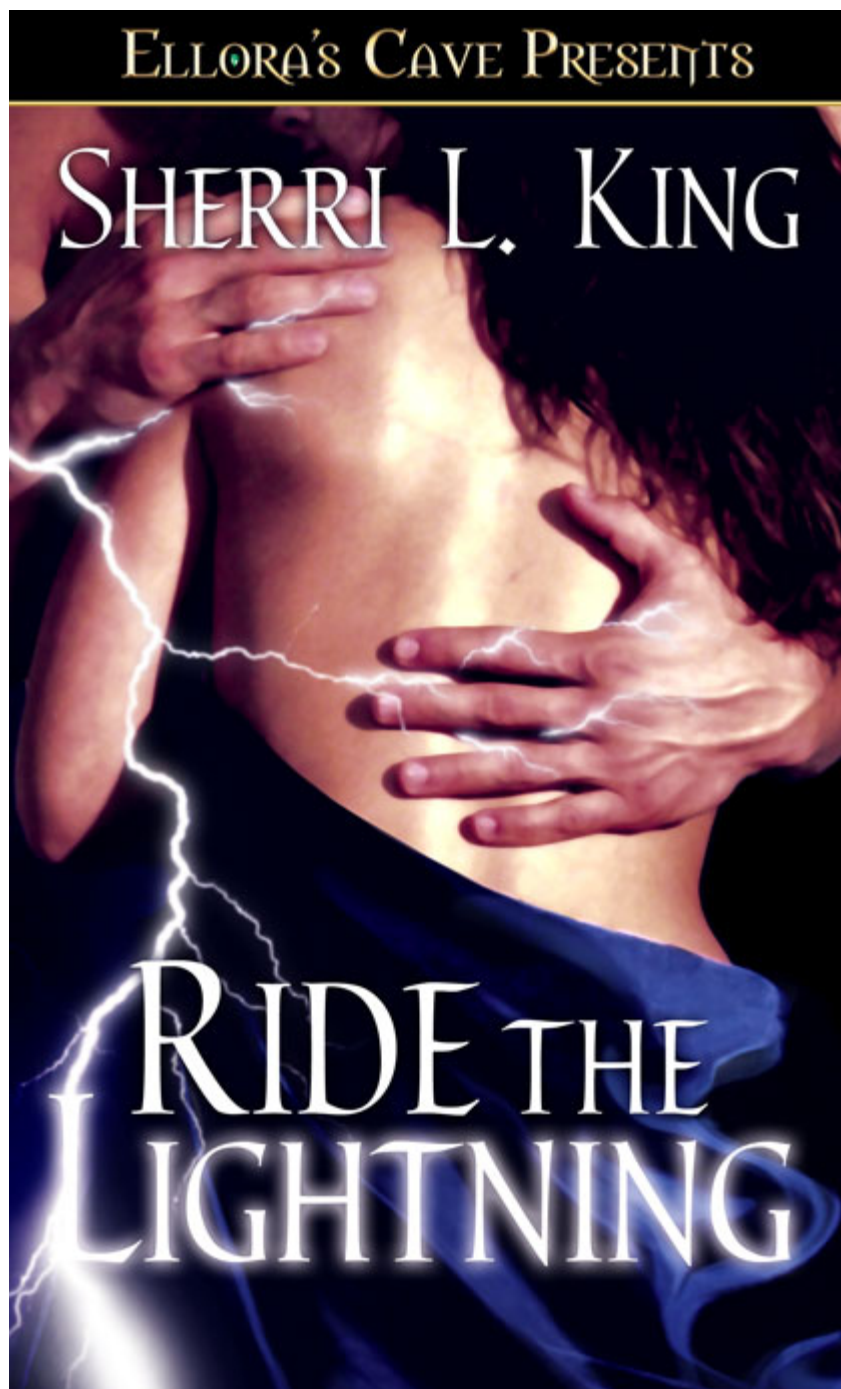


MONTANDO EL RELÁMPAGO



8º Libro de la Saga Shikar

Advertencia:

El siguiente material contiene contenido sexual gráfico destinado a lectores adultos. Esta historia ha sido clasificada como E-rotica por un mínimo de tres revisores independientes.

Existen tres niveles de lectura Romántica : **S** (S-ensual), **E** (E-rotica), y **X** (X-Trema).

S-ensual contiene escenas que son explícitas y no dejan nada a la imaginación.

E-rotica contiene escenas que son explícitas, no dejan nada a la imaginación, y contienen bastantes palabras de alto voltaje. Además, algunos títulos clasificados podrían contener material fantasioso que algunos lectores podrían encontrar reprobables, como el bondage, la sumisión, los encuentros del mismo sexo, seducciones forzosas, y así sucesivamente. Los clasificados contienen palabras más gráficas de lo normal, por ejemplo "puta", "polla", "coño", y otras muchas en su obra literaria.

X-trema difieren de libros **E** en cuanto en la trama e hilo de ejecución de la historia. A diferencia de libros **E**, las historias designadas **X** tienden a contener temas controvertidos para débiles de corazón.

Esta traducción ha sido realizada sin fines comerciales ni ánimo de lucro.

Prólogo

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? No has explorado la superficie desde hace bastantes décadas. Ha cambiado bastante desde entonces. Más de lo que imaginas —dijo Flare, mirándolo con preocupación.

—Eso precisamente es por lo que voy. He estado apartado demasiado tiempo desde la última vez que exploré los Territorios —explicó pacientemente Pulse—. Deseo volver a echar un ojo al mundo y recordar por qué peleamos tan duramente para preservar la Tierra y a sus personas.

Flare suspiró cansadamente.

—¿Esto tiene que ver con la noche que fuimos a ver a la familia de Isis a su casa?

Pulse suspiró excesivamente.

—En parte —admitió—. Esa noche vi qué tan dañinos y malvados pueden ser unos con otros. Eso, me temo, ha hecho que viera a los humanos bajo una diferente luz diferente, una que sé que no es justa para todos. Necesito recordar que todos los humanos no son como esos. Que la raza humana merece la pena ser salvada.

—¿Cuanto tiempo durará tu visita a los humanos? —preguntó Flare curiosamente.

—Tanto tiempo como necesite. —Pulse empacó la última de sus ropas en una antigua maleta y la cerró con un chasquido—. Ya le he dado al Consejo cuenta de mi decisión y están de acuerdo que mis intenciones son justas. Si hay cualquier crisis aquí, por supuesto regresaré de inmediato. Pero sé que el Consejo puede cuidar de nuestra gente. No creo que mi ausencia le provoque ningún problema a nadie.

—Te visitaré a menudo para recibir tus órdenes y...

—A controlarme —le interrumpió Pulse, sonriendo pacientemente—. No necesitas preocuparte Flare. Soy más que capaz de encargarme de mí mismo.

Flare inclinó su cabeza respetuosamente.

—Se que es cierto, Generador, y lo siento si te ofendí.

Pulse agarró el asa de la maleta y la levantó de la cama.

—Sabes que no me has ofendido. Pero puedo ver a través de ti. Sientes una responsabilidad hacia mí. Así debe ser. Aunque soy tu superior, soy también tu compañero de armas. Hemos peleado juntos, hemos sangrado juntos y tenemos un vínculo que no será fácilmente deshecho. No te preocupes, sé que tienes buenas intenciones. Pero por favor, créeme cuando te digo que estaré lo suficientemente seguro en la superficie. He hecho esto antes sin problemas.

—Pero la civilización ha avanzado velozmente desde los tiempos en los que pasabas tiempo en los Territorios. Las cosas son muy diferentes ahora de lo que fueron hace diez años, y mucho más desde hace... ¿cuanto? ¿cincuenta, sesenta años?

Pulse apoyó una mano en el hombro de Flare.

—Te ordeno que no te preocupes por mí. Me adaptaré, en eso todos nosotros somos buenos.

Flare tenía mejor criterio que seguir discutiendo.

—Estaré deseando tu regreso.

—Tienes tus órdenes. Patrulla los Territorios, busca actividad daemon. Te conozco perfectamente, Flare. Confío que no fallarás en sus deberes. Confío plenamente en ti.

Flare asintió con la cabeza y apoyó su mano en el hombro de Pulse.

—Cuídate, Mayor.

Pulse sonrió y sus severos rasgos se transformaron en una atractiva belleza.

—Lo haré. Y tú también, amigo.

* * * *

Realmente mucho *había cambiado* desde la última vez que había estado en los Territorios, notó Pulse nada más llegar a la ciudad de Nueva York. En primer lugar, había miles de personas más de las que esperaba. Había más polución flotando en el aire, ruidos más fuertes chirriando en sus oídos, desgastando sus nervios, más desasosiego y más antipatía entre los humanos, como si no confiaran los unos en los otros. Nadie hizo contacto visual con él. Al final no habría necesitado usar unas lentillas marrones para esconder sus ojos Shikar, nadie habría notado sus verdaderos ojos igualmente.

Después de llegar, fue a un hotel, uno bien iluminado y con habitaciones en el interior. Alquiló una suite, sorprendido de cuanto costaba quedarse una noche. Pero tampoco era importante. Tenía fondos interminables y bien podía permitirse el lujo. Todavía no era tan tonto. El dinero seguía siendo importante en este mundo, y debías de tener bastante para experimentar cualquier tipo de comodidad.

Se desilusionó al ver qué tan pequeña era la habitación cuando accedió a ella. Pulse estaba acostumbrado a los espacios totalmente abiertos. Montones y montones de espacio. Pero esta ciudad estaba tan densamente poblada que supo que no le debería de sorprender que apreciaran su propio espacio como un artículo de lujo. La habitación lo era. Supuso que probablemente no perdería mucho tiempo allí, de cualquier manera.

Pulse dejó sus cosas en el pequeño armario que había allí. Había una extraña caja encima del tocador, orientada a la cama. La estudió cuidadosamente y pulsó el botón etiquetado “encendido”. La caja cobró vida, sobresaltándole con el volumen del sonido proveniente de lo que le parecieron ser pequeños altavoces.

Encontró una vara encima de la caja sin saber realmente para que servía, estaba cubierta de botones coloridos con nombres que no le decían nada. Eran simplemente un montón de

números y botones etiquetados como “canal”, “volumen” y “menú”. No entendía cómo funcionaba. Pulse simplemente presionó los botones mientras las fotografías de la caja iban cambiando. Al final, con un gruñido asqueado, dejó en el suelo la vara y apagó la caja.

Las luces estaban brillantes en el cuarto. Demasiado brillantes para su comodidad. Recorrió la habitación de aquí para allá y apagó una cierta cantidad de ellos, interruptores que conocía de su última visita al mundo de la superficie, y el cuarto se oscureció hasta una luz más agradable, una donde podía ver más fácilmente.

Pulse fue a la ventana y empujó las pesadas cortinas que le protegerían de los rayos brillantes del sol. Había un picaporte en la ventana, permitiéndole abrirle un resquicio. Sólo un resquicio. No podía entender por qué los humanos no querían más aire fresco en sus habitaciones... luego oyó los sonidos de la gente y de las máquinas.

Tenía una amplia vista de la ciudad desde el sexto piso. Había luces por todas partes, en los edificios, en las calles, en carteles enormes de publicidad. En todos los sitios. Centenares de autos viajaban a través de las negras carreteras, el ruido de los cláxones, parejos y demás ruido de la gente en un mismo lugar al mismo tiempo. El aire olía excesivamente a humo y basura. Las esencias eran perversas, casi tan horribles como en Europa un siglo atrás. Pulse no tenía idea de cómo los humanos podían vivir sin sufrir problemas de salud mental o física a causa de toda esa locura.

Hipnotizado, observó el ir y venir del tráfico bajo su ventana. Ciertamente, mucho había cambiado desde que hubiera estado aquí sobre mitad de siglo. Tendría que empaparse del ambiente de la ciudad una vez más, y supo con toda certeza que no sería fácil de aclimatarse a algo semejante en un ambiente extranjero. Necesitaba aprender mucho si debía sobrevivir durante una temporada en los Territorios de Tierra.

Pulse estaba ansioso por comenzar. Le volvió la espalda a la ventana y salió de la habitación sin dar una mirada atrás.

Capítulo Uno

Luna Boone estaba esperando que ocurriese una tragedia. En sus veinticuatro años de vida había visto mucho, y no todo había sido bonito. Estaba acostumbrada a ver el peor lado de la naturaleza humana, las bestiales criaturas que todos los humanos llevaban en su profundo interior. En la mayor parte de la gente, sabía que bajo su superior cerebro, yacía un cerebro de reptil que no quiere nada más que combatir y mutila. Luna lo aceptaba, pero todavía tenía esperanzas de poder cambiar las cosas.

Su optimismo era naturalmente sacudido a veces por la desesperación. Pero se rehusaba a volverse débil y deprimida, tal como había sido su madre. El camino a la debilidad solo conducía a la locura, y sencillamente no estaba preparada para entregar el control de su determinación justamente ahora.

El mundo era un lugar oscuro y peligroso con muchos secretos ocultos y retorcidos deseos. Luna había sido instruida desde la cuna y verdaderamente lo creía en algunos momentos. Pero ella *quería* creer que no. Desesperadamente. Quería ver la belleza y la inocencia en el mundo. Sabía que debería estar allí, en alguna parte, y *la encontraría*, si buscaba lo suficientemente.

¿Seré lo suficientemente fuerte para llevar a cabo esto? Se preguntaba. ¿Era éste el momento en el que finalmente cambiarían las cosas? Su cerebro ardía con preguntas y ninguna de ellas tenía respuestas, al menos ninguna que Luna pudiera saber. Simplemente tendría que esperar, observar y encontrarlas. Revisó su reloj de pulsera por lo que debería ser la centésima vez desde llegara a la calle que hacía esquina delante del Times Square Hilton.

Pasaron quince minutos.

Luna no sabía cómo iba a impedir que sucediese. Nunca antes había conseguido cambiar el resultado de sus predicciones, sólo pequeñas piezas que no parecían tener efecto en el resultado final. A pesar de eso, tenía que intentarlo. Era la única que sabía que sucedería y era su responsabilidad el intentar cambiar las cosas. Era su regalo y su maldición, y debía tomar parte, fuera lo que fuese.

Durante largos años se había esmerado en impedir que las premoniciones se hiciesen realidad, pero habían sido intentos infructuosos. El destino parecía estar ya escrito y Luna no tenía idea de cómo reescribirlo. Todavía tenía una desesperada necesidad de *intentarlo*. Eso también era parte de su maldición.

No era fácil luchar para impedir una tragedia. Pero ella perseveraba y se resistía a pesar de las probabilidades, a pesar de la certeza de que fallaría. Siempre lo intentaba, aunque no consiguiese nada.

Por la esquina de su ojo, vio salir una forma negra del hotel. Por qué esa sombra atrajo su atención, apartándola de su misión verdadera, no podía decirlo. Pero el hombre de negro era algo con lo que nunca se había encontrado. Casi no podía creer en lo que estaba viendo.

Él era atractivo, lo que, por supuesto, atrajo primero su atención. Su pelo negro era largo, hasta la mitad de su espalda y sin atar. El viento movía su pelo y los diminutos mechones de plata destellaban bajo las luces. La exótica vista la fascinó durante unos

preciosos segundos cuando debería haber estado reflexionado sobre lo que estaba a punto de suceder.

Incluso así, Luna no podía dejar de mirarlo. Estaba vestido de forma extraña, llevaba una suave y holgada túnica y pantalones igualmente suaves, pero el estilo era extranjero, como ninguno con el que estuviera familiarizada. Llevaba unas botas brillantes y negras, con hebillas de plata deslucida que no hacían nada para disfrazar qué tan grandes eran sus pies. De hecho, todo en él era enorme, se fijó. Debía de medir algo más de dos metros. Luna nunca había visto a alguien tan alto como él en persona, sólo en partidos de baloncesto televisados. Era realmente una imponente muestra de fuerza masculina.

Sus hombros eran asombrosamente anchos e indudablemente fuertes. Tenía un rostro bien parecido, una mandíbula sorprendentemente cuadrada y una nariz larga, fuerte. La piel suave, inmaculada, de un rico color bronce indicaba que, definitivamente, no era caucáseo, o al menos, que era una mezcla con alguna raza más exótica. Sus cejas, oscuras como la medianoche, destacaban astutamente sus ojos marrones.

Pero sus ojos realmente no eran marrones. Repentinamente lo supo, y con una certeza demasiado familiar.

Curiosamente, observó como un vagabundo se acercaba al hombre, mendigando dinero. Abrió los ojos de la sorpresa cuando el hombre, inesperadamente, le dio al vagabundo un grueso fajo de billetes. El vagabundo casi se desmayó, sollozando agradecido antes de desaparecer velozmente, sin duda temiendo que el oscuro desconocido cambiase de opinión y le quitase el dinero.

Luna se acercó al extraño desconocido, como si estuviese magnéticamente atraída por él, abandonado su puesto en la concurrida calle, algo que nunca, nunca había hecho antes. Ella no podría ayudarse, sus instintos prácticamente cantaban un aria y no podía hacer nada menos que rendirse a su curiosidad.

—Lo gastaré en alcohol, lo sabes. Estará muerto en menos de dos meses, envenenado de tanto alcohol —le dijo a modo de saludo.

El hombre la recorrió con la vista como si nunca antes hubiese visto a otro ser humano e instintivamente dio un paso atrás. Había arrogancia y desdén en sus ojos que a Luna no le gustó ni una pizca. La miró como si fue el dueño del mundo, y las personas sólo vivían allí porque él se lo permitía.

Sintiendo emocionarse "otra" conciencia que era parte de ella, revisó su reloj, apartando sus ojos de sus pupilas artificialmente coloreadas. Habían transcurrido diez minutos.

A pesar de la urgencia que la recorría, Luna le miró una vez más, su mirada lo recorrió como si estuviese obligada por una fuerza superior a su voluntad. Simplemente se preguntaba que sería lo que le llamaba la atención de él. Era cierto que probablemente fuese el hombre más atractivo que alguna vez hubiera visto, pero era algo más que eso, y Luna hacía mucho tiempo que había aprendido a confiar en sus instintos. Y ahora mismo, sus instintos le exigían que prestase atención a ese desconocido.

Una imaginaria luz se encendió en su mente y jadeó suavemente de la sorpresa antes de poder tragarse el revelador sonido. El hombre había apartado la vista de ella durante unos

pocos segundos antes de su revelación, revisando sus alrededores. Y no era admiración. Luna no dudaba que hubiera estado en la Tierra durante muchísimo tiempo.

—No eres humano —dijo, sabiendo que era cierto y no sintió miedo al decirlo... sin embargo quizá no era la cosa más inteligente que decir. Este hombre se veía, y se sentía, muy, muy peligroso.

Su declaración atrajo inmediatamente su atención. Su mirada se encontró con la suya y ella asintió con la cabeza, determinada a romper su intenso semblante, a pesar de su sentido común.

—Así es, dije... que no eres humano. Entonces, mmm... ¿qué eres entonces? —se atrevió a preguntar, prácticamente bailando del ansia de oír su respuesta, si se atrevía a hablar.

El hombre se acercó a ella grácilmente, como si sus pies flotasen por encima del suelo, empujándola con su sombra, su gran cuerpo se movía de forma depredadora. Su perfume alcanzó su nariz, fragante, como un bosque después de llover. Cosquilleó su nariz y excitó todos sus otros sentidos hasta que se tambaleó ébriamente.

Atontada, Luna sólo observó, su mente estaba abstraída del momento, como si estuviese bajo algún hechizo desconocido, mientras él se acercaba y ponía sus manos a ambos lados de su cara. El toque de su piel en la suya envió una sacudida a través de su cuerpo, como si hubiese sido golpeada por una corriente eléctrica. Nunca antes había experimentado una reacción tan poderosa con alguien, fuera hombre o mujer, y aunque probablemente la debería de haber asustado, no sintió miedo.

—Olvidarás que me has visto —dijo susurrando firmemente, en su tono había implícita una orden.

Quitándose de encima su atontamiento con un supremo esfuerzo, Luna apartó sus manos lejos, sabiendo instintivamente lo que estaba tratando de hacerle, como lo hacía no podía decirlo. Se le escapó una risa nerviosa y puso su mano sobre su boca antes de evidenciarse a sí misma.

—Eso no funcionará conmigo —le dijo, sabía que era cierto tal como sabía otras tantas cosas en las que otros nunca creerían o entenderían. Él había estado tratando de manipular indebidamente su mente. Hubiera sido algo casi cómico si el hombre no luciese tan peligroso. Podría haberse reído directamente si no hubiera estado tan conmocionada por lo que él había tratado de hacer, bueno, en lo que él seguramente había creído *poder hacer*.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre con el ceño fruncido, que sólo vino a hacerle más atractivo. Había una gran curiosidad en su tono, y realmente no le podía culpar.

Qué noche tan extraña.

—Soy Luna. ¿Quién eres *tú*? —sintió sus labios estirarse en una sonrisa y sus latidos subieron su ritmo.

—Yo soy Pulse.

Ahora se rió suavemente.

—Genial. Al menos sabemos que compartimos una cosa en común. Ambos tenemos nombres extraños. —Su intento de broma no provocó una respuesta en Pulse, quien meramente la miró desde su gran altura, sus ojos deambulando por su cara y su cuerpo, como si ella fuese un espécimen de laboratorio y estuviese tratando de descifrar de qué especie formaba parte.

Pulse se giró para irse sin una sola palabra. Luna lo miró rudamente, un poco decepcionada por su despedida. Lo agarró por la manga y lo detuvo.

—Por favor, ¿qué eres? —tenía que saberlo.

—Soy un Shikar —le contestó después de unos segundos, antes de volver a darle la espalda completamente.

Luna nunca había oído antes esa palabra.

—¿Eres un extraterrestre? —preguntó, implacable en su curiosidad.

Él se volvió una vez más hacia ella, Luna notó una corriente extraña en el aire, y todos los cabellos de su cuerpo se erizaron.

—No.

Su respuesta fue corta y brusca, diciéndole explícitamente sin palabras adicionales que la quería lejos.

Luna ignoró su hosca actitud.

—¿Por qué estás aquí? —Compulsivamente echó un vistazo a su reloj y vio que los preciosos minutos seguían pasando. No quedaba mucho tiempo y no importa cuán fascinantes fueran los pocos segundos que compartieron, estaba aquí por un propósito muy superior, uno que no podía esperar.

—Espera un segundo —continuó rápidamente mientras una idea comenzaba a formarse en su mente—. No me importa lo que seas. Pero creo que necesitaré tu ayuda.

El hombre se vio instantáneamente desconcertado, un completo cambio de su actitud previa, sus emociones estaban escritas explícitamente en su cara y pudo leerlas. Eso le gustó.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó formalmente.

Luna tragó saliva. No le había contado a casi nadie su extraño poder, pero intuía que este hombre podría creer su historia, cuando otros pensarían que estaba loca.

—Ocurrirá un accidente en cinco minutos —dijo rápidamente y sin preámbulos—. Allí mismo —señaló la calle más allá de la acera sobre la que estaban de pie.

—Un coche patinará y la mujer va a quedar herida, quedando atrapada en su interior, boca abajo. Sólo tendré un minuto y medio para sacarla del coche antes de que venga un autobús y la aplaste, matándola instantáneamente.

Pulse frunció el ceño y sus ojos artificialmente oscuros la miraron. Dentro de las profundidades de su mirada podía ver la fuerza de su curiosidad, aumentando sus esperanzas.

—¿Cómo sabes eso?

—Um.... —ella se amilanó completamente, tratando de pensar una buena forma de explicar lo que ella misma no entendía—. ¿Has escuchado hablar del síndrome de Cassandra? Espera, tacha eso. Sólo déjame decir que tengo la costumbre de saber cosas antes de que ocurran.

No añadió que sólo lo sabía cuándo acontecimientos *trágicos* ocurrían, nunca buenos o positivos. Su poder no funcionaba de ese modo. Hubiera sido mucho más útil si ella pudiera predecir los números de lotería o saber cuándo una lluvia suave viniese. Pero nunca sabía cosas así. Sólo las malas. A veces, cosas *realmente* malas. Y le gustaba la Cassandra* del mito griego... pero bueno, no tenía muchas esperanzas de poder cambiar las cosas, sin importar lo que hiciera.

—Realmente podría necesitar tu ayuda —insistió—. Pareces fuerte y necesitaré esa fuerza para sacar a la mujer, Candy, de su coche. —El nombre de la mujer le había venido de inmediato, como si se hubiese encendido un interruptor en su cerebro. Ya no estaba sorprendida. Era como trabajaba normalmente su maldición.

Pulse lo consideró un rato largo, silencioso mientras Luna se preocupaba por el paso del tiempo.

—Te ayudaré de cualquier forma en que pudiese —le dijo finalmente, tranquilo.

Por alguna razón que Luna no podía explicar, incluso a sí misma, supo que podía confiar en la palabra de ese hombre.

Luna ojeó su reloj otra vez.

—Tres minutos más —dijo—. Vamos, acerquémonos a la calle.

Ella trató de alcanzar su mano pero él retrocedió, como no queriendo tocarla, y la dejó caer. Cambió de dirección y caminó de vuelta a su anterior posición en la calle, tratando de no sentir el aguijón de su rechazo.

Pulse la siguió hasta el borde de la acera y esperó silenciosamente en su lado.

—¿Por qué deseas salvarla? —preguntó finalmente, como si verdaderamente estuviese interesado en su respuesta.

—Porque tengo que hacerlo —dijo simplemente. Era la única verdad que sabía.

—¿Conoces a esa mujer? —Pulse inclinó su cabeza a un lado con una expresión casi adorable de curiosidad. Bien, hubiera sido adorable si no luciese siniestramente peligroso.

* Cassandra, hija de Príamo y Hécuba, es bendecida, junto con su hermano gemelo, Héleno, con el don de la predicción. Al no querer entregarse a Apolo, este la maldijo retirándole el don de la persuasión, provocando que nunca se creyese en cualquiera de sus predicciones.

—No —contestó, esperando que no pensase que estaba loca, y cambiase de idea sobre ayudarla—. Nunca la he visto.

—Pero sabes que será lastimada. —Una ceja oscura y esculpida se levantó con la duda.

No era realmente una pregunta. Luna se alegró de que, al menos por el momento, él pareciera estar dispuesto a creer en lo que había predicho que pasaría en unos momentos.

—Sí. Y realmente no quiero que ocurra. Mira, también está embarazada, y el bebé morirá junto con ella si no puedo impedirlo. —Luna tuvo el descuido de no decirle que nunca antes había podido evitar que una de sus visiones se convirtiera en realidad. Había podido cambiar algunas cosas de las premoniciones, cierto, pero al final, el resultado estaba más allá de su control.

Pulse inclinó la cabeza, con la mirada fija en ella.

—La salvaremos —dijo seguro.

Luna casi le pudo creer, sonaba tan seguro de sí mismo. Pero en su corazón, tenía mejor criterio. Aunque todavía había una chispa de esperanza brillando en su interior.

Sin ver a su izquierda o su derecha, Luna abruptamente dio un paso en medio del tráfico, agitando sus brazos a sus lados como un espantapájaros. Un taxi pisó ruidosamente sus frenos y estuvo bastante cerca de atropellarla, sólo faltó unos centímetros. Luna volvió la mirada atrás, hacia Pulse, quien la miraba como si estuviese loca. No le podía culpar.

—Necesitamos que este taxi esté aquí para mantenerla lejos del patinazo y del bus que la aplastará —explicó con una irónica sonrisa mientras el conductor del taxi gritaba obscenidades contra ella.

Justo después, el agudo sonido del chirrido de unas ruedas en el asfalto llamó su atención y ambos observaron con fascinante horror, como un pequeño BMW rojo perdía el control en el carril adyacente y se deslizaba, irrumpiendo en el otro carril, y volteaba sobre si mismo un par de veces antes de detenerse boca abajo en mitad de la concurrida calle, chocando contra el parachoques del taxi.

El conductor del taxi casi se cae del coche con las prisas de la huida.

Sin vacilar, Luna corrió al coche volcado. Pulse corrió tras ella sin que se lo pidiese y Luna estaba más que agradecida por ello. Cuando llegaron al lateral del conductor, claramente pudo ver a la conductora inconsciente, todavía sujeta por el cinturón de seguridad, y su corazón brincó.

Luna trató de alcanzarla, pero Pulse la empujó a un lado. Luna cayó sobre su trasero con un gruñido y observó como Pulse tomaba el control de la situación, como si estuviese acostumbrado a mandar sobre todos y cada detalle de las vidas de otras personas. Rápidamente accedió al interior del amasijo de hierros y tiró bruscamente del cinturón de seguridad que mantenía sujeta a la mujer con una fácil y sorprendente fuerza. El cinturón se rompió, la hebilla de metal salió volando hacia un lado, y Candy cayó en sus brazos, laxa e inconsciente.

Luna miró a lo largo de la calle y vio el autobús, todavía a un par de manzanas, pero acercándose.

—Apúrate —urgió a su extraño amigo, sintiendo la presión del tiempo como un peso en su alma.

Pulse, sin esfuerzo alguno, sacó a Candy de su coche y delicadamente la llevó de regreso a la acera. La dejó en el suelo cuidadosamente y miró hacia Luna para saber qué hacer después.

Maldición si ella misma supiera qué hacer. Esto era lo más cercano que había echo para cambiar el futuro, y decir que estaba en terreno inexplorado era hacer una declaración comedida.

Unos neumáticos chirriaron, captando su atención otra vez. El temido autobús venía lanzado calle abajo, demasiado rápido para el intenso tráfico, y Luna supo que era debido al alcohol que tenía en sangre el conductor. Viendo el peligro, el conductor pisó de golpe los frenos en un esfuerzo para detener el pesado vehículo, pero el autobús no se detendría a tiempo, se desplazaba demasiado rápido, con demasiado peso, y las leyes de la física no podían ser ignoradas. Golpeó al BMW con un ensordecedor choque, reduciendo el vehículo más pequeño a nada más que metal destrozado y esparciendo trozos que volaron como metralla por la atestada calle.

A esas alturas, por supuesto, un número de personas se había reunido para observar el espectáculo. Habían visto el primer accidente, habían visto a Luna y a Pulse ayudar a la conductora. Aun más espectadores se habían acercado para contemplar, fascinados, como el autobús chocaba contra el BMW, deteniéndose en seco y patinando antes de finalmente detenerse. Dos coches más se estrellaron contra la parte posterior del autobús y la noche se llenó del sonido de metal aplastándose y el chirrido de los neumáticos.

Pulse puso su mano en la cabeza de Candy, tan amablemente como si tocara un niño pequeño. Él contempló a Luna, que les observaba a ambos fijamente, aturdida, porque era la primera vez que una premonición suya tenía un final distinto al predestinado.

—Está inconsciente, pero no tiene daños, excepto por algunos arañazos —le dijo, y el corazón de Luna literalmente se detuvo un par de incomprensibles segundos.

¿Cómo podía saberlo? ¿Y qué importaba como lo supiera? Ella reprimió el estremecimiento que amenazaba con aplastarla.

—¿Y su bebé? —dijo finalmente Luna, mordiéndose el labio inferior—. ¿Puedes decirme si su bebé está bien?

Pulse inclinó la cabeza, acariciando ligeramente el abultamiento del estómago de Candy.

—Está bien.

Luna sintió que el agradecimiento la inundaba y se tambaleó mientras la sangre bullía dolorosamente en su cabeza.

—¡Gracias! Muchas gracias por tu ayuda, Pulse —dijo agradecida—. ¡Yo... no sé como... no puedo creer esto! Sin ti... Muchas gracias —dijo de nuevo, sin palabras para expresar su profunda emoción, riéndose y llorando al mismo tiempo.

Una ambulancia llegó con mucha fanfarria y los ATS¹ velozmente examinaron la escena. Divisaron el cuerpo inmóvil de Candy y se abrieron paso a codazos a través del gentío para

alcanzarla. Luna y Pulse, ambos dieron un paso atrás y dejaron a los ATS cumplir con su trabajo. Minutos más tarde, subieron a la mujer en una camilla.

Luna nunca había sentido nada tan intenso y dulce en toda su vida.

Otros vehículos de emergencias habían acudido aullando calle abajo a esas alturas. Pulse se sobresaltó y Luna lo notó antes de que se escondiese detrás de una máscara en blanco. Supuso que los fuertes aullidos de las sirenas lastimaban sus oídos. Ciertamente, lastimaban *los suyos*.

Los acontecimientos pasados hacía pocos minutos estrujaron su mente. Nunca, en toda su vida, había cambiado el resultado de una de sus predicciones. Y se lo debía todo a ese extraño... bueno, supuso que no le podía llamar hombre. Un Shikar, ¿no era así como se había llamado a sí mismo? Creía que sí, aunque la palabra sonaba extraña y extranjera para ella. De cualquier manera, Pulse la había ayudado cuando sólo unos pocos hubieran creído en su historia, y salvó a Candy y su bebé de una muerte certera. Luna sabía que no tenía forma de explicar la enormidad del bien que él había hecho.

Luna se recobró de su ensoñación, miró alrededor y vio asombrada que Pulse ya había caminado media manzana lejos del escándalo. Corrió tras él, alcanzándolo y agarrando su manga para frenar sus largos pasos, cuidando de no tocar su piel y experimentar esa extraña sacudida.

—¿A dónde vas? —preguntó, renuente a decirle adiós tan pronto a ese fascinante desconocido.

Pulse la recorrió con la mirada arrogantemente.

—¿Qué quieres? —su tono era profundo y duro como las rocas.

Luna no le prestó atención a su actitud gruñona. Caray, nada podía arruinar su buen humor ahora mismo. Además, sabía que él no tenía la intención de herir sus sentimientos. Bueno... *parecía que no*.

—Nada —le contestó con una amplia sonrisa—. Pero todavía quiero saber. ¿Cuánto tiempo has estado por aquí?

—Llegué esta noche —contestó con gran paciencia—. Y ahora me voy... de visita.

—¿Estás aquí para infiltrarte en nuestro código genético?

Pulse se mostró confuso durante un momento, luego sonrió. Lucía como si no se riese a menudo y Luna disfrutó el sonido.

—No —dijo al final, recobrando el aliento—, estoy aquí para observar y aprender.

—¿Estás planificando una invasión? —sabía que había visto demasiadas películas de ciencia ficción, pero no podía evitar preguntarlo. Estaban caminando de nuevo, Luna se esforzó para mantenerse al mismo paso que Pulse. ¡Sus piernas eran *tan largas!*

—No soy un extraterrestre —repitió rodando sus ojos.

—Entonces vamos, no me mantengas en suspenso más tiempo. ¿Quién eres y por qué estás aquí en realidad? —presionó Luna.

Pulse se detuvo y ella tropezó tras él. Estaba más oscuro aquí, lejos de las luces de Time Square, y las sombras jugaban sobre su cara, impidiéndole ver su expresión. Ella odiaba no poder leer la cara de una persona, y supo instintivamente que para entender este extraño ser, necesitaría cada ventaja que pudiera tener.

—¿Deseas saber quien soy?

—Sí —dijo ansiosa, apretando sus manos compulsivamente. Apretando y soltando, apretando y soltando.

Un resplandor extraño se coló por sus oscuras lentes de contacto y un escalofrío de sexual reconocimiento danzó a lo largo de sus nervios. Tan potente, tan delicioso, que se deleitó en las inusuales sensaciones que corrían a gran velocidad a través de su sangre. Se le hizo difícil concentrarse en la respuesta que le dio.

—Te lo diré. Pero primero me debes prometer que nunca más darás un paso dentro del tráfico de la forma en que lo hiciste esta noche.

Sorprendida por la dirección de su preocupación, Luna se encogió de hombros, admirándose de lo que le pareció una petición bastante extraña.

—Ok.

—¿Lo prometes?

Una carcajada provocó cosquillas en sus labios.

—Vale, lo prometo. Ahora dímelo todo —presionó impaciente.

Pulse tomó un aliento profundo.

—Soy de una raza de guerreros que vive bajo la Corteza Terrestre. Llevamos librando una batalla silenciosa desde hace muchos siglos. Protegemos a los inocentes de un gran mal que amenaza con asumir el control de la tierra. Mantenemos a los humanos a salvo de monstruos que no quieren nada más que causar estragos y sufrimiento. Estoy aquí porque recientemente he visto qué tan negros pueden ser los corazones humanos, y necesito recordarme a mí mismo por qué peleamos tan duramente para proteger una raza tan autodestructiva. ¿Satisface esta explicación tu curiosidad? —preguntó con el ceño fruncido.

Luna se sintió horrorizada desde la cabeza a los pies.

—¿Dices que peleas contra los monstruos?

—Sí. Daemons.

¡Santo Jesús saltarán en un saltador[†]! pensó. ¿Esto realmente estaba sucediendo o al final se había vuelto completamente loca?

[†]NdT: En el original **Pogo Stick**, juguete muy famoso en EEUU consistente en una barra de metal vertical con dos barras más pequeñas cruzadas en horizontal, una para sujetar las manos, y otra para apoyar los pies, y al final de la barra, un muelle. Los niños se suben y se divierten saltando

Tomando una profunda inspiración, decidió hacer caso a su instinto, tal como estaba en su naturaleza.

—Umm, creo que sé de los monstruos de los que me hablas —dijo rápidamente—. Los he visto algunas veces, cuando era más pequeña, pero no los he vuelto a ver desde hace años. Son peor que horribles, parecen salidos de las pesadillas. Y son bastante difíciles de matar. ¿Es eso a lo que te refieres?

Eso hizo que Pulse se girase a verla, sorprendido. Luna supo que no era una expresión que soliese usar.

—¿Realmente has visto a un daemon? ¿Con tus propios ojos?

Ella asintió con la cabeza con énfasis.

—Absolutamente. Antes de que me fuese de casa, los vi bastante cerca. Maté alguno de ellos, mi madre me enseñó como hacerlo, pero no fue fácil. Tienes que... no sé... destruir su corazón o algo por el estilo para evitar que se levanten una y otra vez. Eso me costó un poco aprenderlo. Tuve un montón de errores las primeras veces que traté de matar a los bastardos, aun con la ayuda de mi madre. —Se estremeció de repulsión.

—¿Has peleado con daemons?

Su mirada la recorrió de pies a cabeza, como si realmente no pudiera creer en sus palabras. Y no le podía culpar. Ella no parecía exactamente una asesina de monstruos. Sólo medía poco más de metro y medio, para su desgracia. Pero estaba decidida y era lista, y los daemons eran realmente estúpidos, en la mayoría de los casos. Luna pronto había aprendido que su máxima debilidad era la estrategia y entusiasmada, lo había usado como ventaja.

—Pues sí —admitió, encogiéndose de hombros casualmente—. Y estoy segura de que pelearé unas cuantas veces más antes de que esto se acabe. Les gusta aparecer en los momentos más inoportunos.

—¿Antes de qué se acabe qué? —preguntó, ignorando sus últimas palabras.

—Mi vida —dijo bruscamente—. Voy a morir bastante pronto.

Pulse estaba atónito.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Bueno, sí. Es un hecho —dijo asintiendo—. Todo el mundo muere en algún momento. Pero moriré de frío, durante una ventisca o algo por el estilo. Esa parte no está demasiada clara, pero estoy segura de que moriré de frío. Probablemente, bastante pronto.

—No puedes saberlo —dijo glacialmente, cómo exigiendo que retirase esas palabras.

Ella se rió ahogadamente y frotó su mano contra su frente sudada.

—Sí, puedo. Y lo hago. —No le gustaba hablar de eso.

—¿Cómo puedes saberlo y no enloquecer por ello? —preguntó sorprendido.

Luna frunció el ceño, intrigada por su repentina preocupación, y se encogió de hombros. Hacía tiempo que había aceptado su maldición y todo lo que venía con ella. No le gustaba, pero era lo suficientemente sabia para saber que no lo podría cambiar.

—Sé un montón de cosas. Eso siempre ha sido parte de lo que soy, el poder ver cosas antes de que ocurran. Por ejemplo —ella apuntó calle abajo—, hay un hombre paseando por allí que ha matado a dos mujeres, unas prostitutas que nadie ha notado que han desaparecido, excepto una pareja de policías que hacen la ronda por el barrio. Va a matar a otra mujer mañana por la noche y su éxito evitando que lo detecten lo volverá arrogante. Dejará una prueba de semen en la escena. Ha tenido problemas con la ley antes de la violación, y su ADN está archivado. La policía le arrestará en tres días a partir de hoy.

Pulse la miró boquiabierto.

—Es cierto —dijo Luna tan convincentemente como podía.

—Debemos impedir que mate a su siguiente víctima —insistió él acaloradamente, como si no tuviese otra elección.

Principiantes.

—Si tratamos de detenerle, no será arrestado —explicó pacientemente.

—Entonces impartamos justicia. Asegurémonos de que nunca vuelva a dañar a otra mujer.

—Mira, sé que quieres ayudar. Pero no importa. Antes de esta noche, nunca había podido cambiar el resultado de una premonición. Si no hubieras estado aquí para ayudar, pienso que no habría podido salvar a esa mujer. Uno normalmente no puede cambiar el destino.

—Pero quizás *dos* puedan —dijo con un gesto enigmático en su hermosa cara—. Tal vez, conjuntamente, podremos detener ese horrible crimen antes de que ocurra.

Luna lo pensó por un momento y escogió sus siguientes palabras cuidadosamente.

—Podemos intentarlo. Pero casi tengo la seguridad de que nuestros esfuerzos serán en vano. ¿Podrías vivir con eso cuando ocurra? La mayoría de la gente no podría.

—Tenemos que intentarlo —dijo firmemente, resuelto.

—Bien. Haremos las cosas a tu manera y veremos qué ocurre. —Ella asintió a regañadientes—. Cambiaste el destino esta noche. Tal vez lo puedas volver a hacer.

Un pequeño brote de esperanza creció dentro de ella... y sabía que la esperanza podría ser una cosa peligrosa y dolorosa. A pesar de eso, le gustó sentir esperanza.

—Nosotros lo hicimos. Juntos —contestó, y su tono no aceptaba discusión.

Luna dejó que sus palabras se hundiesen en ella y sintió un arranque de orgullo de que ella, de veras, había ayudado a salvar a esa mujer y a su bebé de una certera muerte.

—¿Y sabes donde actuará? —preguntó Pulse, sacándola de su reflexión.

—Sí. Cerca del barrio chino —contestó, feliz de tener esa pequeña información.

—¿Me puedes guiar hasta allí? —preguntó. Ahora se mostraba implacable.

Luna asintió lentamente.

—Seguro. Si realmente me quieres allí.

—Sí.

—Genial. —Luna extendió su mano para sacudirla con la suya. Pulse se quedó con la mirada fija en su mano como si no supiera qué hacer con él. Luna se dio cuenta de que, probablemente, *no sabía* que hacer con ella.

Ella agarró su mano y la sacudió.

—Esto sella nuestro trato —le dijo—. Entonces imagino que te veré en tu hotel, mañana por la noche. Digamos ocho en punto. Eso nos dará una hora para detener a... John. —El nombre vino a ella como un pequeño estallido dentro de su mente—. Una hora debería ser bastante tiempo. Quizá lo podemos llevar a cabo.

—Lo haremos —dijo Pulse arrogantemente.

Luna se rió, sintiéndose mucho más alegre.

—Te veré mañana por la noche, entonces.

Ella soltó su mano de la de él y empezó a irse. Entonces, de un impulso, se volvió y lo abrazó. Su cabeza apenas alcanzaba su corazón.

—Gracias —dijo suavemente contra el extraño material de su túnica—. Muchas gracias por lo que hiciste.

Él dudó en poner sus brazos alrededor de ella, pero Pulse sabía que ella no había visto la repentina llamarada de deseo en sus ojos. Y ciertamente no se percató de la instantánea erección que le provocó su abrazo. Pulse estaba seguro de lo último, no creía que ella hubiese respondido bien a tal reacción. Los humanos, por lo que sabía por su experiencia, necesitaban algo de tiempo para adaptarse al deseo y a la pasión, mientras que los Shikars se deleitaban en ella, necesitando sólo un corto tiempo para saber si eran correspondidos.

Y deseaba a esta mujer, se percató de inmediato. Malamente.

¿Cómo no podría? Ella era la criatura más interesante que alguna vez hubiera encontrado, y eso era algo monumental, por decirlo mínimamente.

Era cuestión de tiempo antes de que se uniesen. No tenía que ser psíquico para saberlo.

Luna lo soltó, le dio una la última y bella sonrisa que retorció su corazón de una manera que nunca había experimentado, y se alejó. Él la observó hasta que desapareció de su vista, bebiéndose con los ojos todo a su alrededor.

Para bien o para mal, supo que el futuro de Luna estaba entrelazado con lo suyo. Y él se encontró ansioso de volver a verla de nuevo.

Capítulo Dos

Luna vivía a las afueras en su coche. Durante todo el pasado año. Tenía un poco de dinero, gracias a la frugal acumulación de dinero en efectivo que su madre realizó, pero no sentía la necesidad de usarlo en una casa o un lugar donde quedarse. Estaba acostumbrada a la carretera, conduciendo de ciudad en ciudad, a las carreras por escapar de su pasado e ignorando lo que sabía le ocurriría en el futuro. Le gustaba moverse.

Algunas veces, cuando llegaba a una nueva ciudad, sus premoniciones cesaban por varias, benditas y maravillosas semanas. Eventualmente, claro está, siempre regresaban, pero esas pocas semanas de paz eran la que le mantenía en camino. Dormía la mayor parte de todos los días, le atraía la noche mucho más que el día. A la luz del sol todo se veía rudo y sucio. Pero en la oscuridad, bueno... Luna podía ignorar el sufrimiento y la pobreza que sucedía a su alrededor. Parcialmente.

Para ella era difícil conservar un trabajo. Su vida justamente era demasiada complicada. Era casi imposible esconder sus dones en torno a las personas con quien se iba familiarizando y había aprendido desde el principio a mantener breves y frías las relaciones con los demás. La gente naturalmente temían lo que no entendían y no les gustaba que ella pudiera saber con seguridad, intencionadamente o sin advertencia, como el miedo golpeaba en las mentes y los corazones de los otros.

Inevitablemente, cuando era un poco más joven, Luna había tratado de utilizar sus poderes para un buen fin. Se había acercado a la policía local para hablarles un crimen horrible que estaba a punto de ser cometido. La policía no la creyó y el crimen, claro está, ocurrió. Incluso fue detenida como sospechosa durante varios días. Una vez fue absuelta del delito, salió a la carretera y nunca más volvió la mirada atrás. Luna aprendió unas valiosas lecciones durante ese tiempo difícil.

Uno ellos era la maldición de Cassandra, que su madre le había predicho desde su nacimiento y fue muy real.

Otro era que nadie quería saber el futuro. Incluso si ese conocimiento significaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Y no podía culparlos. Ciertamente, ella no quería saber el futuro. Pero, lamentablemente, no tenía control sobre eso. Saber los acontecimientos que aun estaban por ocurrir había sido un regalo, una maldición, desde la pubertad, tal como había sido para su madre antes de ella, así sucesivamente... hasta el infinito.

Luna sabía que muchos en su posición estarían desanimados. Y algunas veces se sentía desesperada. Pero había aprendido temprano por su propio bien a apreciar la vida. Y saber cuándo y cómo moriría, le hacía a uno apreciar la vida aun más. Cada día era un regalo, lo sabía, y lo acogía con alegría y gracias en su corazón.

Y hoy, despertándose lo suficientemente temprano para ver la puesta de sol brillante sobre un horizonte cubierto de niebla, tuvo aun más razón para estar agradecida. La noche anterior había sido capaz de ayudar a impedir que ocurriera una de sus premoniciones, con una pequeña ayuda, por supuesto. Hasta anoche, Luna había pensado que tal cosa era simplemente imposible, a pesar que lo había intentado docenas de veces y sabía que

continuaría intentándolo hasta que su vida terminase. Había creído, antes de anoche, que el destino había sido incrustado en piedra y que ningún simple mortal lo podría cambiar.

Pero no fue así. El destino podría tener previsto más de un resultado inevitable. Luna no podía esperar a reunirse con su nuevo y extraño amigo otra vez y tratar de impedir el asesinato que estaba segura ocurriría esta noche. Quería ver si destino podría ser cambiado nuevamente. Tal vez a solas, como una víctima del síndrome de Cassandra, era impotente, pero Pulse le había demostrado que, con su ayuda, no estaba completamente sin control, y esto trajo un consuelo agri dulce a su corazón.

Pulse había ocupado sus pensamientos desde que se habían separado. Como si no pudiera pensar en nada más. Repasó una y otra vez en su mente los acontecimientos de la noche anterior. Recordó lo fuerte y seguro había sido Pulse, fue dulce y compasivo con los heridos, y su determinación había servido para detener el crimen de esa noche. Recordó su mal genio, pero también recordó su dulzura, y supo que él era un buen hombre... Shikar. Sea lo que sea.

Era tan diferente a cualquier hombre que hubiera conocido antes que la fascinaba completamente. No solo es que fuese guapo, que lo era, y no fue porque no era humano, tampoco. Que, por sí mismo, era completamente genial. En cambio, fue la confianza y la fuerza que captó su interés y la retuvo. Su preocupaba por los seres humanos, aunque en la actualidad andará buscando pruebas de que no todos los humanos eran malos. Sintió que era su deber jurado proteger a los humanos, era fácil ver en su cara orgullosa, sus expresivos ojos y en casi cada palabra que decía. Era evidente que era leal y valiente, arrogante y seguro.

Luna había sabido desde el principio que no era humano, por supuesto. No sabía cómo, pero no se cuestionó. No tenía sentido. Y cuando había enfrentado Pulse, no le negó sus acusaciones. Es cierto que él había hecho un intento para entrar en su cabeza y manipularle indebidamente su memoria o lo que sea, pero había fallado y se emocionó, contándole sobre su carrera con vacilación. No podía esperar para saber más acerca de él.

Los acontecimientos que estaban destinados a ocurrir esta noche eran horripilantes y Luna esperaba poder perseverar el tiempo suficiente para ver diferencias en el probable resultado. Nunca había tratado de detener un crimen tan atroz, no desde que unos años ante fuera a la policía. Sería peligroso en el extremo y se mentiría a sí misma si no admitiese estaba más que un poco nerviosa al respecto.

Sin embargo Luna no tenía miedo. Con un hombre *Shikar* como Pulse a su lado, ¿cómo podía ser? Además, sabía que iba a morir y no sería a manos de un asesino en serie. Tenía poco de lo que preocuparse.

Igualmente, cogería su hacha de incendios. Se guardó el arma en la parte de atrás de su coche para una emergencia. Nunca se había comprado un arma... le daban realmente miedo. Pero el hacha le había venido bien en el pasado y Luna tuvo un fuerte presentimiento de que el hacha sería útil en algún momento muy crucial de esta noche.

Luna dejó su coche en el estacionamiento compartido donde dormía y, una vez se cambio de ropa, caminó a un *delicatesen*[‡] cercano. Una vez allí, compró un emparedado del jamón de trigo con lechuga y mayonesa. El primer mordisco fue delicioso, el segundo aún

[‡] *Delicatesen*: denominación que reciben ciertos comercios y alimentos exquisitos.

más, y Luna se comió su comida con rapidez y con gusto, sintiendo como los alimentos la llenaba de energía su forma física. Estaba sentada fuera de la tienda de comestibles bajo el toldo, en un espacio estrecho que estaba destinado a ser acogedor, excepto que a ella no le gustó, sintiéndose acorralada se apresuró, a terminar los últimos mordiscos de su comida. Cuando hubo terminado, bebió su soda y dejó el establecimiento, caminando calle abajo, hacia el corazón de la ciudad.

Había un gran parking para camiones cerca de la tienda de comestible con duchas de trabajo dentro. Luna se detuvo allí, como hacía todas las noches y se bañó, deshaciéndose de las preocupaciones del día anterior mientras se despojaba de su capa de piel muerta. Después de lavarse su largo pelo lo tejió fuertemente en una gruesa y pálida trenza, con la esperanza que nadie le tirara de ella en la lucha que estaba por venir.

Una vez hecho esto, se vistió con ropa limpia y dejó la estación de camiones, caminando por varios bloques de una calle con pequeñas tiendas independientes que bordeaban la carretera. Encontró un hombre vendiendo flores en la calle y compró un ramo de margaritas a dos dólares. Abrazándolas, triste que las flores se desvaneciesen en sólo unas pocas horas, pero agradecida por el último vestigio de belleza, continuó caminando.

Mirar los escaparates era su pasatiempo favorito, y eso hizo ahora, mirando todos los escaparates de las tiendas y las bonitas mercancías en su interior. Luna encontró una librería y mirando todos los títulos nuevos, sabía que tendría que encontrar tiempo si quería leerlos, entreteniéndose allí por mucho tiempo. A menudo se desea con ilusión, los bienes materiales, pero sabía que la mayoría de las veces, eran más atractivos antes de ser comprados.

Luna sabía que, para la mayoría de la gente, las cosas que veían, menudo acababan siendo adquiridas. Era el círculo vicioso del consumismo que ciertamente mantenía a flote la economía, pero Luna también creía que la búsqueda de posesiones era una fuente de dolor para muchas, muchísimas personas.

Además, estaría muerta pronto, y no había razón para comprar sinsentido ahora, si es que alguna vez la había habido, que dudaba.

Caminando de regreso a su coche, Luna consideró el transporte de la tarde. Había unos tres kilómetros hasta el hotel de Pulse. Y aunque disponía de suficiente tiempo antes que tuviese que estar allí, no podría ir andando toda esa distancia. No esta noche de cualquier manera. Luna no podría ir paseando por el centro de Nueva York con un hacha de fuego en su mano, aunque su mango estuviera partido en dos. Tendría que conducir.

Al principio, consideró realmente caminar con el hacha. ¿Después de todo qué era lo peor que podría ocurrir? Podría ser arrestada... pero eso no era tan malo. Por lo menos sabía que no se moriría de frío en prisión. ¡Oh destino! Había cosas mejores y más importantes para hacer esta noche que estar arrestada. Sin embargo, el pensamiento le hacía cosquilla con una sonrisa.

La conducción sería como un dolor en el culo. De hecho, conducir a cualquier parte de Nueva York era como arrancarse a las pestañas de una en una de cada vez, luego rociar los ojos con vinagre y prenderles fuego con un fósforo. ¡Y el aparcamiento era atroz! No tenía ni idea de donde podría dejar su coche una vez llegara al hotel, además de eso, todavía quedaba el problema de cargar con el hacha a la intemperie una vez hubiese llegado. Pensando en una solución rápida, Luna encontró un abrigo largo, arrugado en la parte de

atrás de su coche, bajo el cual podría ocultar el hacha si nadie la miraba muy de cerca. ¡Y oye! Estaban en Nueva York. No era muy poco probable que alguien mirase con atención ni a ella ni a nadie.

Luna puso el abrigo y el hacha en el asiento del pasajero delantero y se metió en su coche una vez más. Colocó su ramillete de margaritas sobre el salpicadero para así poder mirarlas mientras conducía. Su visión trajo una sonrisa a su corazón. El coche era un modelo antiguo, una camioneta rural blanquecina con revestimiento de madera falsa. Pero llegó bien, y eso era todo lo que le importaba.

Sin dejar de mirar, para pasar el tiempo, revolvió en una pila de ropa y de libros del asiento de atrás y encontró un libro para leer, una novela romántica. Una novela romántica *erótica*. Justamente el tipo de historia en la que le gustaba sumergirse de lleno para ayudar a mantener su mente alejada de las duras realidades de la vida.

Se acomodó para leer, aprovechando las brillantes luces del estacionamiento.

* * * *

Pasó el tiempo, perdida en la historia romántica. Demasiado tiempo. Luna se percató de la hora que era. Tenía que encontrarse con Pulse en una media hora y eso le ocuparía todo el tiempo, tal vez más, para conducir hasta el hotel y encontrar una plaza de aparcamiento. Luna lanzó el libro en el asiento trasero e hizo girar su coche. Salió del estacionamiento al que había llamado hogar durante las últimas dos semanas y se dirigió al hotel Hilton de Times Square.

El tráfico fue, por supuesto, una pesadilla. No necesitó ser psíquica para saber que así sería. El olor de los gases del tubo de escape quemó sus pulmones y el sonido de docenas de bocinazos le agravaban, haciéndole rechinar sus dientes. Le llevó algo más de media hora alcanzar el hotel, y Luna esperaba que el Pulse la hubiera esperado, antes de tratar de ir a impedir el crimen completamente en solitario. Y era lo suficientemente lista para saber que él lo haría, también, si no llegaba pronto.

Fue difícil, pero se encontró una plaza de parking a sólo tres calles del hotel. Sacó su abrigo y se lo puso, mirando alrededor para asegurarse que nadie la observaba, tomando el hacha de fuego y la puso bajo su brazo camuflada con el abrigo. Sabía que, si alguien la observaba, haría parecer sospechosa sus acciones, pero no pensaba hacer nada al respecto.

Casi corrió la distancia hasta el hotel, y lo habría hecho si no tuviese el hacha por el que preocuparse. Suponía que podría haberla dejado atrás y haberse ahorrado el trabajo, pero no podía evitar esa sensación, de que la podría necesitar esta noche, así es que se obligó a traerla.

Cuando vio la oscura cabeza de Pulse sobresaliendo entre la multitud fuera del Hilton, dio un suspiro de alivio. La había esperado después de todo. Y aunque la noche prometía ser peligrosa, todavía sentía un ansia abrumadora al estar con Pulse otra vez. No lo entendía. Ni siquiera lo intentó. Era simplemente un hecho y lo aceptó, como era su naturaleza.

Luna se detuvo a su lado y tiró fuertemente de su manga. Él miró hacia abajo como si estuviese asombrado a verla.

—Siento llegar tarde —dijo—. Tuve que conducir.

—¿La conducción no ahorra tiempo? —preguntó desconcertado.

—No en Nueva York, no es así —se rió entre dientes, de manera automática. Respiró una bacana de aire queapestaba a los gases de escape del tráfico que pasaban por el hotel y con un suspiro—. ¿Estás listo? —preguntó, armándose de valor para el peligro que tenía por delante.

—Sí —contestó simplemente.

—Creo que me gustaría llegar a ese callejón antes de que John lo haga. Sabes, solo esperar allí. Podemos escondernos detrás del contenedor de basura, sí, estoy seguro allí hay uno —pensó con intensidad y le bombardearon las imágenes como destellos análogos en un proyector cinematográfico—. Cuando John meta a su víctima en el callejón le podemos detener y garantizar la seguridad de la mujer.

—Sí. La seguridad de la mujer es lo más importante. La violencia en contra de mujeres, sin importar su profesión, es en extremo despreciable. *Le impediremos* dañarla. —El tono en la voz del Pulse la reconfortó, sabiendo que él no aceptaría otro resultado y Luna realmente sentía una genuina confianza en él. Era un extraño e inusual sentimiento pero agradable para ella.

—Sí, bueno, esa podría ser la parte fácil si lo puedes creer —admitió Luna a regañadientes—. Vamos a tener un muchacho muy loco, un psicópata en nuestras manos una vez que le impidamos cumplir con su tarea. Podríamos resultar heridos o, peor, muertos. Bueno, tú podrías, de cualquier manera. No voy a morir esta noche.

Él la observó, con una dura mirada, a raíz de la certeza ella estaría a salvo mientras él no.

—Déjame el asesino a mí. Permanece fuera del camino y yo me encargaré de él. —Pulse, miró mas allá de ella, como si pudiera ver lo que estaba por venir y estaba más que preparado para eso.

Luna se estremeció con la determinación de hierro que oyó en el tono de su voz. En ese momento se veía y sonaba muy peligroso. Pero ella no le tenía miedo, de hecho, más bien le gustaba saber que era poderoso y confiado. Además, estaba demasiado interesada en él como para sentir miedo, demasiado interesada en las sensaciones tan placenteras que se agolpaban en ella con su cercanía. Y no tenía miedo que él la lastimara, no importa lo peligroso pudiera ser. Ya había dicho que la violencia en contra la mujer era un acto atroz, y sabía que él, creía en sus propias palabras. Eso fue lo suficientemente bueno como para estar realmente a gusto.

—Tenemos menos de una hora. Necesitamos emprender la marcha si queremos hacer esto —le recordó suavemente.

Luna estaba un poco sorprendida cuando atrapó su mano y la sostuvo en la suya. Sintió una extraña corriente eléctrica que instantáneamente le hizo erizar los pelos del brazo, un arco de energía que salió de su carne a la suya. Encontró que le gustaba esa extraña sensación, por ajena que fuera y advirtió otras cosas extrañas... como los guijarros en el suelo, que se pegaba al fondo de sus zapatos como si la fuera atravesada por electricidad

estática. Y el perfume, un espeso olor punzante de la capa de ozono en el aire. Tenía muy buena pinta...

Pulse resolvió con facilidad su dominio sobre ella, y empezó a caminar con rumbo al barrio chino.

—Háblame de ti —sugirió con entusiasmo, estirando sus cortas piernas para mantener sus largas zancadas.

—¿Qué quiere saber? —Preguntó distraídamente.

—Todo —dijo con una sonrisa, mirando como era el camino que tenían delante. Era tan inusual, y excitante estar en presencia de alguien que parecía tener el control de sí mismo y su entorno.

Pulse sonrió. Lo atrapó con la esquina de su ojo y luego se fue. Luna pensó era el hombre más atractivo del mundo. Y podría romper el corazón de una chica con una sonrisa si quería.

—No hay mucho qué contar. Vivo la vida simple de un soldado.

Luna parpadeó. ¿Un soldado? ¿Él? No, era más que eso y lo sabía.

—Sí, pero no eres simplemente un soldado —señaló astutamente—. No puedes hacerme creer que no eres algún oficial o algo por el estilo, no sólo un humilde soldado.

La miró sorprendido por sus palabras y Luna casi sonrió abiertamente. Casi. Tuvo mejor criterio.

—Soy un Anciano en nuestro Concilio, en serio. Ayudo a guiar a mi pueblo a través de la guerra y nuestra forma de vida —explicó, su voz profunda y suave como el terciopelo sumergido en cera caliente, líquida—. Tengo un deber para mis hombres y yo les veo a través de las batallas de la mejor manera posible, dándoles guía y motivación a medida que la necesitan. Aparte de eso, vivo lo suficiente simplemente.

—Bajo la Corteza Terrestre —recordó sus palabras de la noche anterior.

—Sí —contestó.

Luna negó con la cabeza, perpleja.

—¿Por qué nunca he visto a nadie como tú? Siempre pensé que nosotros, los humanos, quiero decir, éramos la única especie inteligente en el planeta, y luego vienes y arruinas mis nociones preconcebidas arrojándolas por la ventana.

Pulse sujetó su mano apretada en la suya, si romper nunca el contacto, y se percató que a ella le gustaba tocarle así. Sentía como un cable de alta tensión vivo en sus manos sin embargo. El poder zumbó a través de su piel como un perno de electricidad, conmocionándola, haciéndola sentir extrañamente a gran altura. Pero la sensación fue agradable, de ningún modo incómoda. De hecho, la hizo sentir, bien...

—Nos mantenemos aislados y con nuestro deber. Nosotros, por regla general, no hacemos amigos entre humanos muy a menudo.

—¿Pero estas aquí... qué dijiste? ¿Descubrir por ti mismo por qué luchas para proteger a los humanos?— aguijoneó.

—Sí.

—Podemos ser bastante malvados el uno con el otro —admitió con un toque amargo de sus labios—. Pero no todos somos malos. Algunas veces puede parecerlo, pero no lo somos. Hay mucha belleza en el mundo, solo hay que buscarla.

Pulse la miró.

—Me sorprende que alguien con tus habilidades pueda sentirse así. —Guardó silencio—. ¿Alguna vez has tenido una buena premonición o siempre es algo trágico? —preguntó con suavidad.

Luna suspiró profundamente, bajando los ojos a sus pies, observando con una distraída fascinación como el polvo del terreno parecía oscilar con la estática en el aire.

—Siempre es malo —reveló finalmente—. A veces sin embargo, cuando llego a una nueva ciudad, las premoniciones se detienen por un tiempo y tengo un par de semanas de paz. Es cuando puedo ver la belleza y el valor de nuestras vidas. En esos momentos estoy agradecida de estar viva y bien en el mundo. Entonces, todo empieza de nuevo, trato de hacer que todo sea diferente y siempre fallo. ¡Qué pena!

—¿Ha sido así toda tu vida? —preguntó suavemente, con voz juguetona como la seda caliente, suave y sensual al mismo tiempo.

—Desde la pubertad. —Se estremeció, aunque la noche era inusualmente caliente y llevaba puesto su abrigo—. Todas las mujeres en mi familia han tenido este regalo. —Se rió burlonamente—. Hasta se le podría llamar así. Creo que es una maldición en sí misma.

—Hablas de tú familia en pasado —observó sabiamente.

—De mi abuela nunca supe. Mi madre murió hace seis años. Esperó hasta que cumplí los dieciocho años y luego se suicidó. No quería tener más visiones —admitió Luna rotundamente, sin emoción, aunque todavía sentía el dolor intenso de la pérdida en su corazón.

Pulse se detuvo y la miró con ojos de entender demasiado. Se agitó inquietamente y bajo su mirada a pesar de sí misma. Cómo odiaba parecer débil, incómoda.

—Hablas como si esta tragedia fuera una cosa aceptable.

Luna negó con la cabeza, pensativa, mordisqueando su labio.

—Mi madre sufrió mucho. Se aseguró de que me criaran para encargarme de mí misma, era una buena madre a pesar de su desesperación. No fue hasta que alcance la edad adulta que finalmente hizo lo que ella había querido hacer desde que puedo recordar. Le estoy agradecida por eso, por esperar. Pero no estoy de acuerdo con el hecho de que se arrebató la vida. Sé por qué lo hizo, pero pienso que no estuvo bien —explicó lentamente—. ¿Entiendes?

—Entiendo que estás sola. —Su voz era suave, como una caricia. Le hizo cosquillas en la parte superior de la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies.

—No estoy sola. —Lo miró fijamente, empujando su dolor en las profundidades de su ser—. ¡Oh!, está bien así —permitiéndose una breve sonrisa, irónica—. Pero me gusta así de este modo. No es una mala manera.

—No deberías estar sola. Deberías tener refugio, estar protegida.

Luna gimió, a continuación se rió a pesar de sí misma.

—No me diga que vas a ser así. ¡Mira! Eso del varón alfa está muy bien para las novelas románticas, pero en la vida real no se lleva. —Riéndose otra vez, pero a pesar de su regocijo se dio cuenta del agarre apremiante de su mano en la de ella, la percepción de su piel caliente, la fuerza de sus dedos.

—Sólo digo lo que siento. —Se apretó su mano y el zumbido eléctrico salió corriendo de la mano a su corazón, haciéndola palpar salvajemente en su pecho.

—Bien, no es necesario que te preocupes por mí. Siempre he sido capaz de cuidar de mí misma —le aseguró—. Además, se supone que hablábamos de ti, no de mí.

—¿Qué más quieres saber? —preguntó Pulse nuevamente.

—Bueno, ¿me gustaría saber que te diferencia de nosotros, los humanos? Además de la altura, no hay muchos humanos tan condenadamente altos como tú.

Pulse pareció pensarlo un minuto antes de encontrar las palabras.

—En primer lugar somos más rápidos que vosotros. Más fuertes. Más inteligentes. —Luna resopló pero él continuó sin admitir su respuesta—. Estamos inmunizados a las enfermedades y nos curamos rápidamente. Tenemos otras habilidades, demasiadas para nombrarlas. Cada uno de nosotros es diferente, único en su propia forma, no a diferencia de los humanos en ese sentido.

—Pero te pareces a nosotros. ¿Eres como nosotros... físicamente? —Se ruborizó.

La mirada de Pulse se cruzó con la suya y definitivamente vio una luz malvada detrás de la chispa de las lentes de contactos marrones que llevaba, sintió una extraña sensación de revoloteo despertar en su bajo vientre.

—Somos físicamente similares. Todas las formas correctas —enfaticó suavemente.

Luna sintió el rubor en sus mejillas y apartó la mirada.

—Eso es genial —dijo sin saber que decir.

—No tienes ni idea —respondió Pulse.

Luna oyó el deseo en su voz. Pasó rozándola como una criatura, inundando sus sentidos. Haciéndola sentir cosas extrañas y maravillosas. Se sonrojó más caliente y siguió caminando, no queriendo romper el momento cargado entre ellos, no sea que se pierda la emoción para siempre.

Capítulo Tres

Aunque caminaba a su lado, se sentía como si él la guiase. Pero finalmente llegaron a Chinatown y se acercaron al callejón donde el crimen supuestamente iba a tener lugar, Luna se paró en seco, deteniéndolo para que no los descubriese.

—Está ahí —dijo, señalando al oscuro, malsano y húmedo callejón. Se sintió agradecida de que sus dedos no temblasen.

Era un callejón largo, lleno de sombras y completamente espeluznante. Las paredes eran de ladrillo, formando parte de dos edificios que se levantaron tan cerca el uno al otro, que apenas dejaban espacio para que un vagabundo se desperezara entre ellos. Había un pequeño contenedor repleto de basura, llenando el callejón con un nauseabundo olor a descomposición. El callejón moría en una pequeña puerta de madera, situada en el lado descubierto del diseño en forma de “L” del edificio más grande. Al final de la “L” había una verja bloqueando el paso al callejón que serpenteaba detrás del edificio más pequeño. No había vía de entrada o salida, salvo la entrada delantera y esa pequeña puerta de madera.

Luna guió a Pulse detrás del contenedor y se sentó en cuclillas. Ella tuvo que tirar de su mano un par de veces para obligarlo a unírsele allí, y cuándo lo hizo se veía tan ridículo, que no pudo evitar reírse. Era demasiado alto para encogerse así sin verse absurdo y sus piernas eran tan largas que, dobladas como estaban, él parecía algo así como una mantis religiosa.

—¿De qué te estás riendo? —preguntó con un gruñido, que más que un gruñido, parecía un ladrido.

—De nada —mintió y apartó la vista de él con un supremo esfuerzo.

Mientras ella controlaba su risa, Pulse la observó con un profundo interés. Luna parecía demasiado pequeña para él... y ella *era pequeña*. No sobresalía más de metro y medio y era tan delgada que se veía algo desnutrida. Parecía algo muy frágil, pero era fuerte. Muy fuerte. Ahí estaba ella, una humana, esperando detener un horrible crimen contra una total desconocida, sin pensar en su propia seguridad. Era un enigma como nunca había visto en la raza humana. Un acertijo y una sorpresa. Era justo lo que ella era. Quiso descubrir sus secretos, entenderlo todo de ella.

Ella le fascinaba. En todas las formas posibles.

Por supuesto que su interés no giraba solamente alrededor de su aspecto, no obstante, era considerablemente impresionante. Su pelo era fascinante. Era el tono más bello de rubio que alguna vez había visto, casi blanco de tan claro que era. Lo llevaba en una gruesa trenza que caía por su espalda y Pulse, instintivamente, supo que se lo había sujetado a propósito, para no darle a su enemigo ninguna oportunidad para lastimarla tirando del pelo suelto. Era tan inteligente que se asombró. Realmente nunca había pensado en los humanos como seres del todo inteligentes.

El color de sus ojos lo hipnotizó como un pozo, nunca había visto unos ojos con ese color. Eran azul claro con un borde azul más oscuro rodeando el iris y la pupila. Sus pestañas eran gruesas y rubias, iluminando su mirada. Sus ojos parecían los de una

hechicera, repletos de secretos y magia. Tan extraños y exóticos, especialmente para un guerrero como él que estaba acostumbrado a los ojos de su propia raza Shikar.

Y esos mágicos ojos encerraban tanta esperanza dentro de sus profundidades interminables. Había un sentimiento tan fuerte de esperanza en ella que lastimó su corazón el saber que él, aun por un momento, se había sentido condescendencia con su humanidad al encontrarla. Si bien ella debería haber estado agotada por las increíbles tragedias de su vida, ella todavía trataba de hacer del mundo un lugar mejor a su alrededor con un desinterés que lo asombraba. Estaba claro que quería marcar la diferencia, cualquier diferencia, siempre que fuese positiva.

Ella era una sorpresa en todos los aspectos.

No había esperado encontrar a alguien como ella. Luna era una humana con regalos sobrehumanos y era tan fuerte como cualquiera de sus guerreros. No se preocupaba por el peligro para sí misma, sólo para los demás, y saltaba a la vista en todo lo que hacía.

Necesitaba saber más, entender tanto como pudiese sobre ella.

—Dijiste que sabías como morirías. ¿Sabes cuándo? —preguntó, manteniendo su voz baja en la oscuridad, necesitando saber la respuesta y temiéndola al mismo tiempo.

Luna le miró, sorprendida de que hubiese hecho esa pregunta.

—No sé. Pero estoy segura de que será pronto —admitió sin temor, encogiéndose de hombros, con una indiferencia que a él rápidamente se volvía familiar.

—¿Cómo puedes vivir con eso? —Él sintió un dolor profundo por el sufrimiento que intuía que ella soportaba con tal conocimiento—. ¿Sabiendo lo que sabes?

Luna recorrió con la mirada el callejón desde el borde del contenedor luego volvió a mirarlo con sus exóticos ojos, y se sintió desilusionado al no encontrarse con su mirada.

—No será demasiado lejos de ahora —murmuró. Ella puso un dedo sobre sus labios y una repentina chispa iluminó la oscuridad. Sacudió la mano por la chispa, le dio fuerzas para continuar hablando—. No me preocupo por mi futuro. Todo el mundo muere en algún momento. Solamente sé *cómo* moriré. Hay casi una comodidad en eso, realmente. Me hace sentir invencible, con la seguridad de que no moriré todavía, sin importar lo que haga.

—Te hace demasiado impulsiva —replicó, recordando cómo se había metido descaradamente dentro del tráfico la noche antes, sin una pizca de cautela por su seguridad. Ella era más valiente que cualquier guerrero que alguna vez hubiese conocido... o quizá ella era simplemente estúpida. No podía decidirse y tampoco sabía escoger, sea la verdad.

—Nah, siempre he sido impulsiva. Ahora soy sólo... despreocupada, supongo que se podría decir. Al menos acerca de mi seguridad.

Pulse quiso preguntarle más cosas pero Luna le hizo callar otra vez. Se dio cuenta de que nadie nunca le había hecho callar. De hecho, nadie nunca se había atrevido a ordenarle que hiciese cualquier cosa. Y aun así... se encontró con que no le importaba, siempre que las órdenes vinieran de sus labios.

—Ya llega —susurró ella suavemente, comenzando a mirar a hurtadillas desde el borde del contenedor de nuevo.

El sonido de su suave y seductora risa interrumpió el pesado silencio. Dos figuras entraron en el callejón, un hombre y una mujer, ambos ocultos de la vista por las profundas sombras. Se abrazaron, la mujer se inclinó sobre la sucia pared mientras la mano del hombre vagaba bajo su minifalda. La mujer gimió, el sonido era plástico y desapasionado, y ella llevó la cabeza del hombre a su pecho, el cuál había dejado descubierto al viento de noche. La mano del hombre bruscamente apretó el expuesto globo, sus dedos retorcieron su pezón hasta que ella gimió otra vez, esta vez con sincero deseo.

La mujer metió sus dedos en el pelo del hombre y tiró de su cabeza hacia arriba. Ella llevó sus labios teñidos de carmesí sobre los de él, metiendo su lengua profundamente en su boca, y los sonidos de su intimidad hicieron temblar a Luna de temor. Temor por la mujer. Temor por lo que sabía que no podía terminar bien.

Luna sabía que si no hacían algo pronto, el hombre sacaría un enorme cuchillo, con el que había matado su padre, estaba segura, y la degollaría de la garganta al vientre. Luego terminaría acostándose con el cuerpo sin vida y después saldría cojeando y olvidándola en el sucio suelo. Pero Luna no sabía qué hacer para impedirlo. No se le ocurría nada. Así que improvisó, como muchas otras veces a lo largo de su vida.

Hey, cualquier cosa valía, ¿verdad?

Antes de que Pulse la pudiera detener, ella salió desde atrás del contenedor.

—¡Oy! ¡Hey, usted! —dijo fuertemente en su mejor imitación del Cockney^s, amaba el acento de los británicos—. ¿Qué es todo esto?

Luna vio que las sombras se movían por la cara del hombre y por un momento le vio claramente como si fuese día. Él no parecía un asesino. Parecía el típico vecino de al lado. Tenía el pelo color marrón y ojos color café. Estaba bien afeitado y bien vestido, aparentemente le alcanzase el dinero para ropa de diseño. O tal vez la robó. Luna no lo sabía y realmente tampoco le importaba.

—Deberías irte—le dijo a la prostituta, quien ahora la miraba inconfundiblemente irritada.

—No me voy a ir a ningún lado. —La mujer puso sus brazos alrededor de su acompañante—. Encuentra a tu propio hombre, cariño.

El hombre sacó el cuchillo de la nada. Su hoja destelló a la luz de la luna, muy grande y muy mortífera. La mujer gritó mientras él lo alzaba, teniendo la completa intención de usarlo a pesar de la presencia de Luna.

Furiosa, Luna se abalanzó sobre él. Él se giró, olvidando su presa y lanzándola hacia atrás de un brutal puñetazo en el pecho. Luna tropezó hacia atrás y cayó sobre su trasero con un gruñido, dejando caer la olvidada hacha al suelo. La prostituta gritó y corrió para salvar su vida aprovechando que el presunto asesino estaba ocupado en otras cosas.

^s Un *cockney*, en el sentido menos estricto de la palabra, es un habitante del East End londinense. Los hablantes Cockney tienen un dialecto y acento distintivos y con frecuencia emplean una jerga propia llamada también Cockney.

El hombre gruñó, un sonido enfermo, amenazador. Se abalanzó sobre Luna y otra vez alzó el cuchillo sobre su cabeza. Ella lo observó serena, segura de saber que no podría matarla. Y estaba en lo correcto. Pulse apareció de entre las sombras entre ella y el asesino, su presencia era intimidante y peligrosa, mucho más peligrosa que el asesino.

Con un esfuerzo, aparentemente pequeño, Pulse le quitó de un golpe el cuchillo de la mano del hombre y un violento relámpago de plata iluminó el callejón, su fuente, el golpe de la mano de Pulse en la muñeca del asesino. Luna estaba segura de que oyó varios huesos romperse mientras destellos brillantes del relámpago bailaban en su campo de visión. El hombre gritó, luego se calló cuando Pulse le sujetó por la garganta con una mano. Levantó al hombre en el aire y fácilmente lo arrojó a él contra una pared, rebotando contra ella, volando un poco antes de aterrizar duramente en un sucio charco de basura en el pavimento.

Pulse se agachó sobre el encogido asesino. En ese momento, los cabellos del cuerpo de Luna se erizaron, como si su cuerpo entero estuviese cargado de electricidad estática. El aire zumbó y olía espesamente a ozono, cosquilleándole la nariz, humedeciéndole los ojos. Observó fascinada como Pulse ponía su mano sobre la cabeza del asesino. Un brillante arco de electricidad surgió de las puntas de sus dedos a la cabeza del hombre. El hombre gritó y se sacudió violentamente, su pelo comenzó a echar humo antes de irse quedando inmóvil, y finalmente, yació inconsciente en el suelo.

Pulse se giró e inmediatamente la ayudó a ponerse en pie. Luna se lo permitió, sin apartar la mirada del asesino caído, había saltado nerviosa mientras el cuerpo se sacudía con fuerza en el suelo.

—¿Lo mataste? —preguntó agudamente. Si bien el hombre era realmente malvado, no quería pensar que había ayudado a ejecutarlo.

—No —dijo Pulse mientras miraba detrás de ella—. Solo quemé su mente.

Sonó tan informal que se sorprendió.

—¿Cómo lo hiciste? —dijo tragando saliva, asombrada—. ¡Yo vi... *algo* salir de tus dedos!

Pulse pasó sus manos sobre ella y Luna se atragantó con sus propias palabras. Cuando la tocó, una suave corriente eléctrica recorrió velozmente su cuerpo y continuó zumbando deliciosamente mientras seguía pasando sus manos por todo su cuerpo, revisando en busca de lesiones.

—Estoy bien —dijo, tratando y fallando de apartar sus manos—. No estoy herida, relájate.

Su corazón se aceleró y el deseo se anudó en su estómago. Cuando la tocó, perdió todo pensamiento racional, apartándola de la horrible realidad del hombre tirado en el suelo a unos metros, humeando como si se estuviese quemando por dentro. En su estupor, le dio la bienvenida al consuelo del toque de Pulse, pero en un rincón de su mente se preguntaba cómo podía tocarla tan amablemente cuando tan mortífera magia fluía de esas mismas manos sin necesidad de nada más que su voluntad. Ella se preguntaba como sería si la tocara con pasión, y tembló.

—¿Tienes frío? —dijo él, y su voz la arrullaba.

—No —sonrió, luego inmediatamente se desperezó—. Tengo calor. Este abrigo es demasiado abrigado para esta clase de clima.

—Pero has temblado —rebatíó, observándola cuidadosamente.

—Reacción atrasada, supongo —mintió rápidamente. Pero pudo adivinar por su arrogante y completamente satisfecha mirada en sus ojos que el sabía que mentía en eso.

Él era demasiado, demasiado sensual. Y lo que era más, Luna sabía que él era consciente de la verdad, al igual que ella.

Qué noche tan extraña, tan extraña estaba resultando ser.

Luna supo, también, que estaba a punto de volverse más extraña.

—¡No os mováis!

Luna jadeó e inmediatamente se agachó para recuperar su arma, consciente de que el oficial que los había avistado no podía ver claramente lo que estaban haciendo. Levantó el hacha en su mano y se acercó rápidamente a la puerta del final del callejón, segura de que el policía, nuevo en el cuerpo, no abriría fuego contra ellos. Sin perder el tiempo, destrozó a golpes la madera con una velocidad y fuerza que la asombró y metió el brazo por el hueco que acababa de abrir, abriendo la puerta para poder escapar a través de ella.

Pulse la observó como si observara un animal de laboratorio. Parecía divertido por sus travesuras, olvidando completamente la amenaza del policía que aun ahora los siguió, y que ella se palpó su llamarada de temperamento.

—¡Vamos! —lo llamó, exasperada por su pasividad, atravesando la puerta mirando solo una vez atrás. Pulse suspiró y la siguió, ignorando los gritos del oficial de policía detrás de ellos.

Aunque Luna había comenzado a correr en el mismo momento en que entró en el sucio y atestado almacén, Pulse la alcanzó fácilmente. Agarró su mano y la hizo volverse para afrontarle.

—¿A dónde vas? —preguntó con suave curiosidad.

—¡Trato de encontrar una forma de salir de este lugar, idiota! —chillo mientras luz brillante los apuntó. El policía los había seguido, localizándolos con su linterna. Ella tiró fuertemente, se aterrorizó, tratando de obligar a Pulse a seguirla, pero él no soltó su mano y no se movió.

Pulse tiró de ella contra él. Luna oyó los latidos de su corazón en su pecho y el sonido era extrañamente tranquilizador, especialmente considerando las circunstancias, maldición. Pero en un parpadeo de ojos, los alrededores desaparecieron como el humo de un cigarrillo en el viento y ella gritó, agarrándose fuertemente a Pulse mientras el suelo se desvanecía bajo sus pies.

Hubo un momento en que sintió como si volase por el espacio. Era una sensación inquietante, y apretó los dientes, pero Pulse la abrazó fuerte y se sintió segura en sus brazos y confió que la sensación pasaría.

Luna parpadeó y se encontró en la habitación del hotel de Pulse.

—Genial —ironizó, incapaz de pensar cualquier otra palabra inteligente, rezándole a todos los dioses que conocía para no desmayarse.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado.

—No. Estoy bien, no te preocupes. Todo está bien. —Apoyó su mano sobre su cabeza y se contoneó aturdida, agradecida de que todavía la sujetase o se hubiera caído—. ¿Tío, pero que flipante? ¡Logramos detener al asesino y escaparnos de la policía! ¿Puedes hacerlo a voluntad? ¿Digo, desaparecer de un lugar y reaparecer en otro? —vaya, cómo odiaba su hábito de divagar cuando tenía la adrenalina alta. Pero consiguió acallar el zumbido de la excitación post-batalla con esfuerzo y distraídamente apoyó el hacha sobre la lujosa alfombra.

—Sí —contestó, soltándola lentamente, volviéndola más que consciente del toque de sus dedos—. Pero intento no hacerlo a menudo. Viajar cansa incluso al más fuerte.

Luna caminó dentro de la habitación y se sentó en el borde de la cama de Pulse, viéndolo distraídamente mientras él se sentaba en una silla a su lado.

—¿Viajar? ¿Es así como lo llamas? —preguntó débilmente, sintiéndose cansada y energizada después de los acontecimientos pasados.

—Sí. Es como plegar el espacio y el tiempo a la vez. Nos permite ir a cualquier, siempre que tenemos en mente un destino claro.

—Genial. —Tragó saliva, tenía la boca seca—. ¿Todos los Shikars pueden hacerlo?

Pulse sacudió su cabeza oscura.

—No. No todos.

—Bueno, se aprende algo nuevo cada día —bromeó sarcásticamente, con una valentía que no sentía. Luego se calló, sin saber que más decir. Al final, sintiéndose incómoda bajo su penetrante mirada, se puso en pie de nuevo—. Bueno, será mejor que me vaya.

—Te acompañaré al coche —dijo, levantándose con ella, haciéndola sentirse un poco sobrecogida por su fascinante presencia y su atractiva masculinidad.

—No tienes porque hacerlo —dijo rápidamente, repentinamente nerviosas por razones que no podía explicar.

—Quiero hacerlo —contestó firmemente.

Luna sonrió, cediendo, sabiendo que no quería decir adiós de ninguna manera.

—Vale. —Se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.

Pulse se acercó, abriéndole la puerta amablemente. Cuando la atravesó, él agarró su mano y la sujetó una vez más. De nuevo escuchó un zumbido eléctrico y los pezones de Luna se endurecieron, sus pechos se hincharon. Ella encorvó sus hombros adelante para

esconder los reveladores signos de su excitación, pero supo que no le engañaría ni por un minuto.

Caminaron juntos hasta el ascensor, las manos entrelazadas como si nunca quisiesen soltarse, y por primera vez en mucho tiempo, Luna no se sintió tan sola.

Capítulo Cuatro

—¿Qué harás ahora? —preguntó una vez que estuvieron fuera de nuevo.

Luna acomodó sus pasos a los suyos, mientras sujetaba el hacha bajo el brazo para mantenerla escondida.

—Habrá un incendio en un restaurante no muy lejos de aquí, alrededor del mediodía. Iba a ir y tirar de la alarma de incendios unos cuantos minutos antes de que empiece el fuego. Espero que a lo mejor las personas puedan salir del edificio antes de que sea demasiado tarde, ¿sabe?

—No me gusta saber que vas hacer esto sola —dijo con dificultad, como si le dolieran las palabras.

—No hay peligro. No para mí de todos modos —corrió a reconfortarle.

—Sin embargo, me siento inquieto conmigo.

—No te preocupes. Estaré bien. Y esperemos que las diez personas que deben morir mañana, también —dijo con una confianza que realmente no sentía.

—¿Vendrás a verme mañana por la noche? —preguntó, y Luna oyó claramente el deseo y esperanza en su voz. Sintiendo una agradable calidez.

No preguntó dónde estaría durante el día. A fin de cuentas no era de su incumbencia. Sí, claro. Como si eso la había detenido alguna vez. Sin embargo no quiso presionarle demasiado. No sabía si le diría mucho más si insistía.

—Bueno, mañana por la noche habrá un intento de robo a un banco en el norte del estado. Dos guardias de seguridad van a recibir un disparo, y uno de ellos morirá de sus heridas, dejando tras de sí una esposa y cinco hijos. Estaba pensando en hacer en la policía una denuncia anónima y dejarme caer por allí para averiguar si le dan seguimiento a la información o no. Puedes venir conmigo. Después de todo, ahora eres algo así como un talismán de buena suerte. —Le sonrió tímidamente, meciendo sus manos entrelazadas de aquí para allá, con una alegría que contrastaba con la gravedad de su predicción.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó otra vez, frunciendo el ceño mirándola desde su gran altura.

—¿Hacer qué? —preguntó, ya que realmente prestaba más atención a la profundidad sensual de su voz que a la cantidad de palabras.

—Encontrar felicidad a pesar de la tristeza y horror que hay a tú alrededor —explicó, como si la pregunta hubiera sido una cosa obvia.

Luna se encogió de hombros, como tenía por costumbre.

—¡Deja de preguntarme eso! no sé. No lo sé, no siempre soy así, sabes. Tengo mis dudas y mis preocupaciones. Algunas veces siento como si viviera una pesadilla, desesperada

pensando si despertaré algún día, si tengo suerte. Pero... no sé... cuándo estás conmigo, me siento feliz. El hecho de conocerte es como saber un gran secreto. ¿Me da cierta esperanza de que no toda vida sea una lucha solitaria, ya sabes? No si hay personas mágicas como tú viviendo entre nosotros. —No sintió vergüenza por desnudar sus pensamientos a este hombre. Sabía en su sangre podría confiar en él para entender.

—Me asombra —admitió vacilante—. No esperaba eso de un humano.

—De acuerdo, bueno, estoy llena de sorpresas, confía en mí —se rió, sintiéndose tonta—. Acabaras cansado de todas las sorpresas si anda rondando cerca de mí mucho tiempo.

Se acercaron a su camioneta y abrió la puerta del asiento de atrás para tirar el hacha adentro. Pulse miró directamente al vehículo mostrando gran interés, finalmente soltó su mano.

—Tienes un montón de cosas en el coche —observó en silencio, escogiendo sus palabras con cuidado.

—Sí, bueno, estas son todas mis cosas. Soy una especie del tipo que vive en el coche en este momento —admitió distraídamente.

Debería haber sido tan cuidadosa.

Pulse empezó a mirarla tan rápido que levantó su pelo.

—¿Vives aquí, en este vehículo? ¿Es aquí donde vives?

Se repetía a si mismo, como si no lo pudiera creer. Luna se percató que ella debería haber esperado esta reacción y casi se reprocha a sí misma por decírselo. Pero luego se echó a reír. No podía evitarlo. Era adorable en su incredulidad.

—Sí. En este vehículo. —Repitió sus palabras, imitándole casi perfectamente.

—No puedo permitir eso —dijo arrogantemente, enderezando con altanería sus anchos hombros.

Se rió otra vez.

—Pues bien, es una lástima, porque los hechos son hechos y eso es un hecho que vivo en este coche.

—No deberías vivir así —cerró fuertemente sus fieros ojos.

—Ocúpate de eso ya —dijo en poco tiempo, sintiéndose más incómoda. Más de lo que quería admitir. No se avergonzaba de vivir en su coche. Pero Pulse reaccionaba como si hubiese confiado un mal pecado, y la hizo sentir como si fuera una vagabunda. Y en cierta manera estaba en cierto. Aunque prefería pensar que su estilo de vida era bohemio, si visitar los barrios bajos.

—Vas a volver conmigo, a mi hotel —dijo agarrando su mano otra vez y tirando fuertemente, no dándole otra elección, sino seguirle.

—Detente. —Luchó para soltarse, pero la sujetaba con una fuerza que no podía dominar—. ¡Basta, para ahora mismo!

Pulse se volvió hacia ella y haciéndola tropezar a su lado.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo de esta manera?

—No quiero hablar de esto —casi gritó, sintiéndose arrinconada, aún tirando de su mano.

—No me importa —dijo sin piedad, manteniendo su mano cautiva entre las suyas—. Dime. ¿Cuándo fue la última vez que pasaste la noche en una cama, con un techo digno sobre tú cabeza?

Luna tuvo que pensar.

—No sé. Un año tal vez. —Se encogió de hombros con indiferencia—. ¡Es igual! —le aseguró.

—Importa —gruñó—. Eres una mujer. Deberías estar bien atendida, tener tus necesidades cubiertas. Debería estar protegida.

—Oh, déjame en paz. —Poniendo sus ojos en blanco—. Simplemente porque sea una mujer no quiere decir que no pueda pasar dificultades a veces.

—¿A veces? —preguntó incrédulamente, su cara una mezcla de incredulidad y conmoción.—Has estado viviendo así un año, según dices aunque no estás segura de eso. No. Esto es inaceptable. Vienes conmigo. —Dio la vuelta y empezó a caminar otra vez, arrastrándola implacablemente detrás de él.

—Déjame ir —gruñó, tirando de su mano capturada—. ¡Dije suéltame! —Le pateó en la parte de atrás de su pierna tan fuerte como pudo.

Pulse se limitó a gruñir y continuó su camino.

—Pulse, estás siendo irrazonable acerca de esto —dijo probando un método diferente—. Confía en mí, estoy segura y cómoda en mi coche. De verdad. Duermo durante el día en el parking de un estacionamiento. Está muy abierto así que no hay mucho peligro de que sea perturbada por alborotadores, y es tranquilo. Casi tranquilo. —Supo que cargaba las tintas, pero no podría soportar que le dijera que hacer o donde pasar el resto de la noche.

—No te permitiré hacer esto, ni un día más —dijo firmemente.

Le sacudió con fuerza para detenerle. Tuvo que parar, si no, habría tenido que arrastrarla como a una muñeca de trapo.

—No voy a ninguna parte —dijo tercamente, clavando sus talones con determinación.

Pulse la miró. Se movió tan rápido no le pudo detener. Se inclinó y la echó sobre su hombro, haciéndola rebotar y sus dientes sacudieron en su cabeza.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —Gritó, golpeándole con sus puños en la espalda cuando la dejó colgada sobre su ancho hombro.

El mundo volvió a retirarse otra vez y contuvo sus gritos con un gruñido asombrado cuando la gravedad la golpeó como mil toneladas en contra de su pecho. Por supuesto, la sensación pasó y reaparecieron dentro de la habitación del hotel de Pulse. Luna gruñó y golpeó su espalda otra vez más.

—Eres un gran idiota —gruñó ferozmente—. Me retracto de todas las cosas agradables que dije de ti.

La tiró bruscamente sobre de la cama.

—Dormirás aquí. Pasaré la noche en la silla —dijo ignorando sus farfulladas protestas.

Luna no supo si gritar o llorar. Definitivamente si de algo estaba segura era que no le gustaba que le dijeran que tenía o no, qué hacer. Y no había sido feliz hace unos momentos... se sintió profundamente perdida.

—¡Y para que lo sepas! Solo estoy haciendo esto bajo protesta —dijo con petulancia.

—Tomo nota de tu protesta —devolvió el disparo—. Pero *dormirás* aquí, dónde estarás más segura y confortable.

Le sacó la lengua con rebeldía.

—¿Dices a todas las mujeres qué tienen que hacer? —preguntó malhumorada, recostándose contra las almohadas. La cama realmente era, *muy cómoda*, notó con reticencia.

—Sí. Y no arman tanto escándalo como tú —acusándola con mordacidad.

—¿Qué esperabas? Apenas te conozco, después de dos noches juntos ¿crees saber lo qué es mejor para mí? Pues bien, no. —Insistió, dándole un puñetazo a una almohada con énfasis—. No necesito una niñera. Especialmente una cómo tú —se burló enfadada.

Pulse la miró.

—¿Qué quieres decir? —Poniendo sus manos sobre sus caderas en una demostración de creciente frustración y Luna casi se rió, pero lo pensó mejor justo a tiempo. No cabe duda que en aquel momento tomaría como un exceso su risa.

Luna bufó en lugar de eso.

—Eres arrogante y engreído. Te comportas como todos los grandes y poderosos, como si dirigieras el mundo. Bueno, no. Nosotros los seres humanos ya lo hacemos. Y no hay nada que tu pequeño y lindo trasero Shikar pueda hacer al respecto.

Pulse se sintió horrorizado por sus palabras.

—Pues bien, eres una pequeña mocosa —replicó, recordando la violencia humana desde su último viaje a los Territorios—. Eres desagradecida y terca, muy difícil de tratar.

—Nadie dijo que tuvieras que salvarme —señaló, sintiendo un crujido doloroso comenzar en su corazón—. ¡Además, no soy difícil de tratar, solo contigo!

Con un gruñido se dejó caer pesadamente en la silla junto a la cama.

—¡Me vuelves loco, mujer! —Metió la cabeza entre sus manos y su pelo cayó como una cortina oscura sobre su rostro.

—Bravo, bueno, bienvenido a mi mundo —replicó, cruzándose de brazos sobre su pecho y cruzando sus tobillos en el colchón malhumoradamente, deliberadamente mirando a cualquier parte, menos a él. El dolor en su corazón era tan horrible, que sentía un nudo doloroso en la garganta que apenas podía hablar. No entendió su reacción.

Guardaron silencio un largo tiempo, probando la determinación de cada quien, librando una batalla silenciosa por la dominación. Finalmente, demasiada cansada para aferrarse a su cólera, Luna suspiró profundamente y miró a Pulse.

—Mira, lo siento si parezco ingrata. Es súper agradable que ofrezcas tu habitación y tu cama a alguien a quien apenas conociste anoche. Es solo que no me gusta que me digan que hacer.

Pulse asintió con comprensión.

—Yo, también, lamento ser difícil de tratar.

—No eres tan malo —se permitió, a sabiendas de lo injusta que había sido—. Eres justamente... bueno.

Pulse retiró el cabello de su cara, el gesto fue tan casualmente sexy, atractivo, sus piernas fuertemente apretadas.

—Nunca me han hablado tan insolentemente como desde que te encontré.

—Bien, bueno, soy así —bromeó y sonrió a pesar de sí misma—. ¿Tregua?

—Una tregua —estuvo de acuerdo—. Ahora ordenaré algo para comer. Mira el menú allí y dime qué quieres.

—Ya he comido esta noche.

—Comerás otra vez —dijo fríamente.

Luna suspiró y levantó sus manos en señal de rendición.

—¡Esta bien! , déjame ver —Recogió el menú de la mesita de noche, en un intento de ignorar simplemente lo caro que era la cocina—. Tomaré una pata de pollo y una ensalada —Se decidió a finalmente.

Pulse llamó al servicio de habitaciones y ordenó. Pidió cordero. Luna metió la mano en el bolsillo trasero de su cartera y sacó treinta dólares.

—Aquí tienes —le dijo, dándole el dinero.

—No tengo necesidad de tu dinero —dijo, claramente ofendido.

—Tómalo —presionó.

—No. No es necesario —le aseguró—. En tu mundo se me considera un hombre rico.

Luna frunció el ceño.

—¿Cómo obtienes el dinero?

—Nosotros los Shikars hemos formado parte de la economía humana desde su inicio. De hecho, me han dicho que somos responsables de eso. Tenemos dinero invertido en todo el mundo y cámaras llenas de oro, me han asegurado que son de gran valor. Nuestro pueblo, nuestra civilización, han evolucionado más allá del uso de dinero, no obstante. Sólo lo necesitamos cuando salimos a la superficie por un período prolongado de tiempo, y siempre hay suficiente para todo.

—Golpea mi culo y llámame Susie. ¿No tienes que preocuparte por el dinero? Caramba, eso tiene que ser agradable.

Parecía un poco confundido por sus palabras, como sabía que pasaría.

—Somos todos iguales en mi mundo. La riqueza no tiene sentido, sólo el deber y el honor —dijo en voz baja.

Luna le observó bajo sus pestañas. Dios mío, era tan guapo. Su proximidad estaba haciendo algo divertido en su interior, y sintió como el aire se cargaba más de la cuenta de electricidad estática. Se percató en principio que era realmente, Pulse emitía una baja frecuencia de electricidad que zumbaba a su alrededor. Lo podía sentir claramente como el día. Se retorció en su asiento, ignorando el calor que manchaba su cara. Estar tan cerca de Pulse era como estar junto a un fino alambre, un cable de alta tensión muy seductor, sensual y atractivo que hacía correr a toda velocidad su corazón y sudar las palmas de sus manos.

De repente bajó a la cama y se sentó con la cabeza apoyada en una mano.

—Dime como es un día en la vida Pulse —dijo.

La mirada fija del Pulse se encontró con la suya.

—Me reúno con mis compañeros del Concilio al principio de cada día. Discutimos muchas cosas, la guerra, el suministro de comida, las preocupaciones de nuestro pueblo. Tratamos de tomar muchas decisiones y las implementamos inmediatamente. El resto del día tengo reuniones con mis hombres, mis guerreros a solas o en grupos. Discutimos estrategias y propósitos y luego los envío a su destino.

—¿Alguno de ellos muere en esta guerra? —preguntó en voz baja, a continuación, hizo una mueca lamentando sus palabras cuando ella se dio cuenta de lo insensible que esta pregunta podía parecer, aunque no había sido esa intención.

—Sí —Pulse murmuró, en voz baja y sin alegría—. Pero honramos a nuestros guerreros caídos. Proveemos para sus familias y los recordamos siempre. No somos como humanos, no olvidamos esos que dan sus vidas para protegernos.

—No todos los humanos son así —protestó inmediatamente.

—La mayor parte lo son—dijo parecía desafiarla a que lo negara.

No podía.

—Tal vez tengas razón. Pero nosotros los humanos tenemos mucho por hacer. Tenemos vidas muy ocupadas. Es difícil, algunas veces, detenerse y dar una pequeña oración de agradecimiento por nuestros soldados. Pero eso no quiere decir que no los honremos en nuestros corazones.

—Nuestras gentes llevan vidas muy diferentes —comentó—. Cuando tu gente están motivadas por riquezas y estatus, nosotros somos humildes, gente sencilla que se ayudan los unos a los otros siempre que sea posible o necesario.

Luna lo miró detenidamente.

—En realidad *has perdido la fe* en el género humano. ¿Qué harás si no puedes encontrar algo que nos redima ante tus ojos? Dejarás de protegernos de los monstruos?

—Todavía hay alguno de nosotros que sienten que la raza humana merece la pena ser protegida. Si no puedo encontrar evidencias para hacerme creer que eso es cierto, renunciaré al Consejo y cogeré un puesto de observación en las puertas donde amenazan los daemons.

Sintió algo retorcerse en su interior con solo pensar que Pulse cambiaría su vida de manera tan drástica si no podía encontrar lo que buscaba. Luna determinó entonces que se aseguraría que él creyera por el bien de la humanidad antes de que regresara a su casa.

La idea de que Pulse regresara a su casa la hizo sentir un poco sola.

Llamaron a la puerta. Su cena había llegado.

Capítulo Cinco

Fue la mejor comida que había comido recientemente. Comió todo, el pollo, las patatas, la ensalada y una botella helada de Coca-Cola. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió verdaderamente saciada. Terminó su comida mucho antes de que Pulse terminase la suya, así que se echó hacia atrás en la cama en medio de las lujosas almohadas y lo observó comer.

—No comes lo suficiente —le dijo a Luna, mirando sus platos vacíos—. Enfermarás.

Luna se rió y pasó su mano sobre lo que pensaba que parecía una barriga de Buda.

—Como bastante. Y no enfermaré, te lo prometo.

—He considerado la idea y he decidido que mañana puedes ir y tratar de detener ese incendio. Pero debes regresar aquí inmediatamente después de hacerlo.

Ella se atragantó con el asombro.

—Tu no puedes decirme qué hacer —explicó exasperada—. Mañana iré al restaurante y regresaré, pero lo haré porque quiero. No porque me lo ordenas.

Los pelos de la nuca de punta se erizaron mientras confrontaba su mirada.

—¿No tratarás de correr? —preguntó Pulse.

—No —contestó sin mentir—. Estoy demasiado interesada en lo que haces para escaparme ahora.

—Bien —dijo y continuó comiendo.

Lo observó con gran interés. Cada movimiento que él hacía era preciso, elegante y completamente sensual. Su masculinidad era una potente presencia en la habitación, provocando que se acelerase su respiración y sus latidos. Podía oler su perfume sobre el olor de la comida, y se le hizo la boca agua como nunca pudo ningún otro plato de comida.

Él olía a tierra. A lluvia, a corteza de árbol y a hierba, todo junto. Era un potente afrodisíaco y tomó una profunda inhalación simplemente para captar una huella de su perfume natural en su nariz.

Luna se rindió y cerró sus ojos. No podía verlo más tiempo sin desearlo. Se preguntó con gran interés si los Shikars tendrían relaciones sexuales de la misma manera que los humanos. Durante un breve instante se ocurrió preguntárselo, pero no lo hizo. No quería que él pensara que estaba demasiada ansiosa.

Pero habían pasado años desde la última vez que estuviera con un hombre. No podía recordar lo la última vez. Y su apetito para el sexo a veces podía ser enorme. Ella no era ninguna santa, ni una profesional**. Luna era una mujer apasionada con necesidades como

** NdT, con profesional se refiere a que no es ninguna profesional del sexo, es decir, prostituta.

todos los demás, algunas veces necesitaba que la montasen duro e implacablemente. Como ahora mismo. Solo ver comer a Pulse la excitaba en sobremanera. Estar tan cerca provocaba que sus dedos hormigueasen deseando acariciarlo.

Luna se giró en la cama, dándole la espalda a Pulse. Ella suspiró fuertemente y apoyó la cabeza en la almohada. Unos instantes después, el sueño la reclamó, llegando como una gruesa y acogedora manta

Mientras se quedaba dormida, Pulse la observaba, sus pensamientos volaban a toda velocidad, hasta que el sol se asomó por detrás de las gruesas cortinas gruesas de la habitación y finalmente encontró su descanso.

* * * *

Luna se despertó e instantáneamente se percató dónde estaba y con quién estaba. Se dio la vuelta en la cama y miró a Pulse que estaba reclinado en la silla, con la cabeza echada hacia un lado, profundamente dormido.

Con sus ojos cerrados, Luna vio cuan largas y oscuras eran sus pestañas y sintió una punzada de celos. Siempre había deseado unas pestañas como esas. Su cara era suave, sin la máscara de disciplina que normalmente llevaba puesta, pareciendo más joven. Aun con los mechones de plata en su pelo, no aparentaba ser mayor de treinta años. El tono dorado de su piel era menos brillante en la oscuridad de la habitación, pero fácilmente podría recordarlo en su mente.

Luna se levantó y se acercó a la ventana. Echó a un lado las cortinas, permitiendo que entrase algo de luz solar a fin de poder estudiarlo mejor mientras durmiese. Luna se cuidó de no dejar que la claridad golpease sus ojos por miedo de despertarlo, pero un rayo de caliente y dorada luz cayó sobre sus piernas extendidas.

Pulse se despertó con un gruñido, sobresaltando a Luna. Desapareció de la silla y reapareció al fondo de la habitación, más allá del alcance del sol.

—¿Qué intentas hacer, mujer? —exclamó severamente.

Luna no tenía ni idea de lo que le pasaba.

—Sólo dejaba entrar algo de luz.

—Nosotros los Shikars no podemos aguantar el sol. Nuestra piel arde con sus rayos, muy dolorosamente. ¿Estás tratando de matarme?

Con un gesto de exasperación, cerró las cortinas, dejando la habitación en la oscuridad.

—No lo sabía. ¿Es decir, como podría saberlo? No me lo dijiste.

Pulse tomó un profundo y sonoro aliento y lo expulsó.

—Tienes razón. Debería haberte dicho algo antes de que el sol se levantase. No sabías lo que me haría. Siento haberte regañado.

Luna asintió con la cabeza para dejarle saber que aceptaba su disculpa.

—¿No te lastimé demasiado? —preguntó preocupada ahora que su sorpresa se había desvanecido.

Pulse sacudió su cabeza, desperdigando todo su pelo a su alrededor.

—No. Sólo me calenté un poco, nada más

Capturando el final de su trenza, Luna comenzó a soltarse el pelo. Pulse observó cada movimiento como un halcón vigilando su presa.

—Bien. Yo, mmm... voy a darme una ducha si no me necesitas —dijo, sintiéndose incómoda bajo su penetrante mirada—. Tengo algo de tiempo libre antes del incendio.

Pulse indicó con la mano el aseo.

—Por favor, siéntete como en tu casa.

Mientras pasaba cerca de él en su camino a la ducha, los vellos de su cuerpo se erizaron y el olor a ozono invadió el aire. Ella había notado eso en él, cada vez que sentía una fuerte emoción, daba rienda suelta a una parte de ese poder eléctrico que había presenciado la noche anterior.

Después de cerrar la puerta del cuarto de baño, Luna suspiró y se apoyó contra ella. Era un gran esfuerzo, estando alrededor de un tipo como Pulse. Él era tan... masculino. Su sola presencia parecía exigir respeto y obediencia. No podía evitar preguntarse que clase de comandante era con sus tropas. Uno formidable, sin duda. *Él ciertamente lo es conmigo*, pensó, recordando los acontecimientos de la noche pasada.

Luna se quitó su ropa y la plegó cuidadosamente, apoyándola sobre el depósito del inodoro. No tenía un recambio de ropa así que tendría que ponerse esa misma otra vez. Tampoco le importaba, lo más importante ahora era que no tenía límites de tiempo para disfrutar la ducha que se iba a dar.

Probó el agua y ajustó la temperatura hasta que estuvo tan caliente como le gustaba. Y le gustaba muy caliente. Luego dio un paso bajo el chorro, dejando que la humeante agua bajase por su pelo y su cuerpo. Tembló deliciosamente e inmediatamente sus músculos se relajaron, soltando un sincero suspiro de placer por sus labios.

El chorro de agua caía sobre ella, cada riachuelo bajando por los planos y las curvas de su cuerpo como los dedos de un curioso amante. Luna frotó sus manos llenas de jabón sobre sus pechos, estremeciéndose de placer con sus tiosos e hinchados pezones. Sus pezones, que habían pasado a estar perpetuamente duros desde que encontró a Pulse. El caliente chorro cosquilleó en su cuero cabelludo, un masaje que intensificaba todos sus sentidos, tanto que pronto sintió un hormigueo en todo su cuerpo y no tenía nada que ver con el calor del agua.

La electricidad zumbó espesamente en el aire. Pulse estaba cerca. Se dejó a sí misma imaginarse que él estaba en la ducha con ella y que el agua eran sus manos, explorando cada lugar secreto. El dolor palpitante entre sus piernas, el estremecimiento de su trasero, el pesado hormigueo de sus pechos y la desesperada punzada de sus pezones. Ella lo imaginó amamantándola, mordiéndola allí, restregando su cara por todo su pecho y moviéndose hacia abajo.

Su orgasmo la estremeció, sorprendiéndola, y volvió débiles y líquidas sus rodillas, como miel caliente en verano. Fue un orgasmo suave, pero hizo que todo su cuerpo hormiguease. Pequeñas estrellas ardieron a través de su sangre y se sintió parte de la gran brecha del cosmos, sintiendo cada pequeño ser dentro de ella, y siendo una con el universo, aunque solo durante un breve segundo.

Volver a la realidad era duro e irritante, pero inevitable. Así que se demoró una hora bajo la ducha, tratando de mantener la dulzura de su liberación tanto como lo fue posible. Era la primera vez después de un largo tiempo que Luna se había ofrecido una prueba tan dulce del paraíso.

La libertad de una larga ducha era un regalo del que no había tomado conciencia. Las duchas que se había estado dando en la autocaravana eran suficientemente efectivas, pero tenía siempre la sensación de ser apresuradas. Aquí podía tomarse su tiempo y disfrutar lo que se había convertido en una rápida tarea en su vida.

Afuera, Pulse escuchaba los sonidos de su baño a través de la puerta. Tenía la oreja presionada contra la madera, suspirando suavemente mientras oía el agua deslizándose por su piel. Su polla estaba dura y pesada y se acarició con la mano a través de la suave tela de sus pantalones. El deseo lo recorrió fuertemente, exigiendo que tomase a la mujer humana que tan confiadamente se daba una ducha en el cuarto de baño. Controló con mucho esfuerzo el deseo de abrir a la fuerza la puerta y unirse a ella en la ducha.

Realmente la quería. Más de lo que al principio había pensado.

Había tanto fuego, tanta vida en ella. Luna era diferente a cualquiera que hubiera conocido, y eso que tenía alrededor de cuatrocientos años. Ella capturaba sus pensamientos y su imaginación, haciéndole sentirse más vivo cuando estaba con ella que cuando no lo estaba.

Era más que una simple atracción física, y lo sabía. Deseaba poseerla, domesticar su espíritu crudo. El pensamiento de ser uno con una persona tan fuerte era extremadamente excitante. Sabía que nunca tendría que esconderle nada, comprendería cualquier cosa, sin importar la situación. Luna estaba acostumbrada a adaptarse, a cambiar. Era tan lista, tanto que lo asombraba. Podía ser tan inteligente como cualquier Shikar, y lo sabía a pesar de años de prejuicios contra los humanos.

Dejó su posición en la puerta del aseo y caminó a lo largo por la habitación con una creciente frustración. La deseaba ahora, pero Pulse sabía que los humanos necesitaban más tiempo, más paciencia cuando se trataba de temas de la carne y el corazón. No podía hacer nada. Tendría que esperar e ir a su paso. Sería difícil, pero estaba listo para el reto.

Se sentó en su silla y esperó a que terminase de bañarse.

Cuando Luna finalmente emergió de la ducha, su piel estaba rosada a causa del calor. La habitación estaba llena de vapor, el espejo sobre el lavamanos estaba empañado. Luna no veía nada parecido a un peine, así que pasó sus dedos por su pelo para desenredarlo. Lo sujetó en una cola de caballo, dejándola apretada contra su cabeza. Goteó por su espalda y usó una toalla para secar las puntas.

Enjuagó el vapor del espejo, secándolo. Sonriendo a su reflejo, secó el resto de su sonrosado cuerpo. Sus pezones estaban totalmente erectos e hinchados, y cuando pasó la

toalla sobre ellos otra chispa de deseo comenzó a arder dentro de ella. Inmediatamente Pulse se le vino a la mente una vez más y se rió ahogadamente de su fantasía. Con las yemas de sus dedos apretó las largas y gruesas puntas de sus senos, volviéndolas aún más duras. Sonriendo, terminó de secarse a sí misma antes de vestirse con las mismas ropas.

Cuando salió del cuarto de baño, el aire se sintió fresco en su piel ruborizada y respiró profundamente. Pulse se había levantado de su asiento en el momento que entró en la habitación, y tenía una extraña mirada en sus ojos que la desconcertó.

—¿Qué? —preguntó, automáticamente llevando su mano al pelo, alisando la cola con largas y pausadas caricias.

Él se acercó. Luna tuvo tiempo para gemir de sorpresa antes de que estuviese en sus brazos y su boca se adueñó bruscamente de la suya. Era como si un rayo la llenase, aturdiéndola de pies a cabeza, trayendo todos sus sentidos gritando a la vida.

Abrumada por su propia apasionada respuesta, lanzó sus brazos alrededor de su cuello y comenzó a devolverle el beso. Su lengua entró en su boca, jugando con ella, intoxicándola con su exótico sabor. Él presionó la longitud de su cuerpo contra el suyo, alzándola contra la pared para no tener para agacharse tanto para reclamar la posesión de sus labios.

Luna jadeó, sintiendo su gruesa y dura polla presionando contra su estómago. Sus alientos se entremezclaron hasta que no supo dónde acababa el suyo y donde comenzaba el de él. Su cuerpo comenzó a estremecerse, caliente, pesado y necesitado, y se pegó a él para no perderse en la tormenta de pasión que despertaba en ella.

Una de sus manos se movió a su pecho. Sabía que Pulse podía sentir la dureza de su pezón, incluso a través de las capas de ropas que traía puestas. Se quedó sin aliento cuando se centró en él, pellizcándolo y tirando delicadamente, tal como había imaginado que haría, hasta que estuvo jadeante. Sus labios se movían sobre los suyos, haciendo más hondo su beso, y sus dedos acariciaron su pecho desde la base a la punta, repetidas veces. Ella gimió interrumpidamente en su boca y Pulse se tragó los sonidos ávidamente.

Cuando se apartó, Luna casi le siguió, queriendo que el beso nunca terminase. Abrió sus ojos y encontró su mirada fija en la de ella y el deseo que vio en las profundidades de esa mirada le estremeció su corazón.

—Quítate las lentillas —exigió jadeante—. Quiero ver tus ojos.

Pulse vaciló, como si o quisiese dejarla. Luego se giró, dándole la espalda mientras cuidadosamente se quitaba las lentillas coloreadas. Se acercó a la mesilla de noche y las guardó en su recipiente para no dañarlas. Se percató de que sus manos temblaban de necesidad y casi se ríe de su falta de control. Respirando profundamente, Pulse se volvió hacia ella y la miró con sus verdaderos ojos.

Luna se quedó sin aliento. Sus ojos eran un profundo y dorado ámbar con vetas de rojizo y naranja fuego. Enmarcados por sus largas y oscuras pestañas, sus ojos eran espectaculares, casi resplandecientes de tan claros y brillantes que eran. Tenía los ojos similares a los monstruos de su juventud, notó sorprendida. Aunque los suyos eran bastante, bastante más hermosos.

Ella se acercó y lanzó sus brazos alrededor de su cuello, alzando su cabeza para otro beso. Pero mantuvieron abiertos sus ojos esta vez, quedándose con la mirada fija en las profundidades de sus almas. Luna mordió su grueso labio inferior y él gruñó, apretándola contra él. Su lengua invadió su boca para saquear y conquistar, devastando todos sus sentidos de inmediato.

Su cuerpo temblaba y con cada golpe de su lengua contra la suya, sentía una sacudida eléctrica de ardiente pasión recorriéndola, volviendo débiles sus rodillas. La alzó fácilmente, manteniéndola completamente pegada a él. Uno de sus brazos la mantenía sujeta y su mano libre se posó en su cara, inclinándola y volviendo más hondo el beso hasta que ambos jadeaban.

Se apartaron demasiado pronto, sabiendo ambos que si continuaban, perderían completamente el control. Luna, jadeando, miró la cama y se preguntó si perder el control no sería tal mala cosa. ¡Estaba tentada, oh, pero de que manera estaba tentada! Pero finalmente recuperó el aliento y supo que el momento no era el correcto.

Tenía una misión, después de todo. Y casi era hora de que estuviese lista para esa misión. No había tiempo para el sexo, aunque lo deseaba tanto que sus dientes dolían. El sexo tendría que venir más tarde. Y juró fervientemente para sí misma que *ocurriría*. Luna se aseguraría que ocurriese.

—Me tengo que ir —dijo suavemente y lo rodeó para recuperar sus zapatos.

—¿Regresarás? —preguntó con la voz grave.

—Lo haré —dijo, encontrando su ardiente mirada—. Lo prometo.

—Ten cuidado.

Luna asintió.

—Lo haré. No te preocupes. No me pasará nada.

—Esperaré que vuelvas —dijo con una pequeña inclinación de su cabeza.

La habitación estaba cargada de electricidad estática, recibió una pequeña descarga eléctrica cuando agarró las llaves de la mesita de noche, dónde las había antepuesto la noche. Todos los cabellos secos de su cuerpo se erizaron y su piel zumbó como si hubiera sido tocada con un alambre cargado.

A Luna le gustó saber que el autocontrol de Pulse se escurría al estar en sus brazos. Oh sí, eso le gustó. Se sentó en el borde de la cama y se puso sus calcetines y sus tenis sin mirarlo, era demasiada tentación. Suspirando, se puso de pie.

—Me voy—dijo.

Pulse estaba entre ella y la puerta. Se movió a un lado, pero cuando ella pasó a su lado, su brazo lo rozó, recibiendo una descarga a través de él. Abrió la puerta y miró el número en ella, así podría encontrar el camino de regreso, y dio un paso, cerrándola delicadamente detrás de ella.

Pulse la observó irse, la sintió irse, y tuvo que evitarse detenerla. No podría ir a ayudarla si le necesita, con el sol todavía tan alto en el cielo. Él había enviado a tantos a la batalla que se sorprendió al darse cuenta de que estaba preocupado por ella, y estaría así hasta que regresase. Ella no era una guerrera, era su mujer. Y pensar que la había dejado ir... un largo día sin ella sería tortura.

Volvió a su silla y se sentó, esperando. Contó los minutos hasta que regresase.

Capítulo Seis

El restaurante era pequeño y acogedor, no se esperaba eso. Estaba lleno de gente disfrutando de la comida y de la mutua compañía. Aunque éste el tipo de lugar que nunca podría permitirse el lujo de frecuentar, reparó en que los clientes eran mujeres y hombres corrientes, gente no muy diferente a ella misma, claramente no todos eran magnates ricos como inconscientemente habían esperado.

Para conseguir entrar, fingió ser a un cliente normal y esperó a que la dueña le encontrara un asiento. Sabía que el asiento estaría cerca de una alarma de incendios, de la misma forma que supo los clientes designados para morir. Era difícil, pero Luna no hizo contacto visual con ninguna de las presuntas víctimas del incendio en su camino a la mesa. Hubiera sido demasiado doloroso compartir una mirada, un momento, con cualquiera de ellos.

Sólo Luna sabía de los acontecimientos que ocurrirían en la cocina. Un fuego graso comenzará, en tan sólo unos minutos a partir de ahora, el cual se extenderá por toda la cocina con una velocidad que conmocionaría a todo el mundo. Excepto a sí misma. El restaurante entero sería engullido en llamas en cuestión de segundos, atrapando diez almas desafortunadas ardiendo sin control.

Esperó hasta que fue recibida por una camarera y ordenó una soda. La camarera fue a buscar su bebida y Luna respiró hondo, haciendo acopio de valor. Se aseguró que nadie estaba mirando a su alrededor y luego se levantó de su asiento, rápidamente cogió la palanca de la alarma de incendios y tiró. Fuerte.

El chirriante gemido de la alarma llamó la atención de todos. Sin embargo, nadie se levantó de su asiento. La población del restaurante simplemente se volvió a sentar dónde estaban, mirando a su alrededor con curiosidad, como terneros atraídos para la matanza. Incluso los trabajadores no hicieron nada. Simplemente continuaron con sus deberes a pesar del ruido, creyendo completamente que la alarma de incendios se había disparado accidentalmente por un mal funcionamiento o un error humano.

Luna había tenido bastante. No había tiempo que perder. Se puso en pie sobre su silla, agitando sus manos sobre su cabeza locamente, con la esperanza que la gente fijara sus miradas en ella.

—¡Fuego! —gritó chillonamente, tan fuerte que la palabra hizo eco en sus orejas como un toque de difuntos—. ¡Fuego!

Una camarera la miró como si estuviera chiflada y Luna suponía que no estaba tan lejos completamente de eso.

—No hay nada por lo que preocuparse —la camarera dijo lo suficientemente fuerte para todo el mundo lo oyera sobre el ruido y lentamente desmontando la confusión—. No hay fuego, no se preocupe, la alarma se acaba de detener, eso es todo. Lo tendremos bajo control en pocos minutos, por favor tengan paciencia.

—¡No! —gritó desesperadamente, saltando de su asiento encima de la mesa que se estremeció bajo ella en señal de protesta—. ¡No, hay fuego en la cocina y todos nosotros

tenemos que salir ahora, antes de que este lugar se consuma en llamas! —Su voz se había elevado en un lamento roto a pesar de la voluntad para controlar su frenesí creciente.

—Señora, yo voy a tener que pedirle que vaya. —La camarera de Luna había regresado y la miraba furiosamente. Extendió su mano para cogerla, pero Luna se echó atrás antes de que la pudiera alcanzar, balanceándose peligrosamente sobre la mesa.

—No me voy. Hay un incendio aquí. ¡Tenemos que evacuar el restaurante inmediatamente! —Luna miró su reloj de pulsera y con voz entrecortada. Dos minutos más y las llamas comenzarían—. Por favor. Tenemos que darnos prisa —imploró emotivamente montando en pánico.

—Voy a llamar a la policía si usted no baja ahora mismo —dijo coléricamente la camarera. Los ojos de la mujer se fijaron en la alarman de incendios, que había cerca de Luna.

—¿Usted hizo saltar la alarma, no? —La mujer preguntó obviamente al comprender.

—Tenemos que sacar a todo el mundo —Luna gritaba roncamente con amenazadoras lágrimas de dolorosa frustración—. ¡Estas personas van a morir!

Uno de los camareros masculinos se acercó.

—Bájese, señora. ¡Ahora! —Le gritó a Luna ferozmente.

Luna negó con la cabeza y golpeando sobre la mesa.

—¡Maldita sea, escúchenme! —Rugió—. ¡Hay un incendio!

La camarera se cruzó los brazos sobre su pecho.

—Nadie va a hacerle caso, señora —gritó siniestramente—. Ahora bájese o llamaré a la policía de mierda.

Luna miró su alrededor, todas las miradas se dirigían a ella. Nadie escuchaba. La observaban, con curiosidad a ella ya los trabajadores que trataban de persuadirla con ruegos para que bajara de la mesa. El aullido de la sirena fue tan fuerte que tensó los nervios de Luna y sabía que tenía que ser muy molesto para todos los demás. Sin embargo, nadie salió. Nadie prestó atención. Estaban todos tan seguros en su pequeño mundo familiar, que no hicieron caso de que el peligro podría ser inminente.

El fuego se había iniciado ya. Luna se bajó de un salto de la mesa, pasando más allá de los trabajadores, y corrió a una silla de una ventana alta. Finalmente las personas comenzaron a levantar sus caras, dándole a Luna algo de esperanza. Levantó la silla y de un empujón y metió la silla en el cristal de la ventana con desenfreno. Los murmullos se oían a lo largo de todo el restaurante, las personas observaban el espectáculo con incredulidad, pero Luna las ignoró. Apartó de un empujón y metió la silla en el cristal nuevamente. Estalló en el alto panel con una red de grietas, pero no se rompió. Luna estaba resuelta, sin embargo, a darles a los clientes una salida al menos. Levantó la silla de nuevo, al mismo tiempo que el camarero trataba de apartarla lejos de ella. Con tanta fuerza como fue capaz de reunir, apartó al camarero lejos de ella y arrojó la silla por la ventana otra vez. Fue recompensada con el sonido del cristal cayéndose al suelo y la ventana estalló en mil pedazos y la silla voló fuera, a través de la salida que había, hecho.

—¡Pagarás por esto! —El camarero gritó sobre el estrépito—. ¡Voy a Llamar a la policía ahora mismo, psicópata!

El olor del humo cosquilleó su nariz.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Ahora! —gritaba desesperada por que alguien la creyese.

Los clientes ahora podían oler el humo igual que ella y aparentemente se levantaron de sus asientos, sólo para quedarse allí, mirando alrededor como si esperaran más instrucciones de cómo proceder.

Luna gruñó, con frustración montándola como un tren de carga.

—Las salidas están por aquí —gritó, señalando con ambos dedos rumbo a la puerta principal y al que se había hecho.

El humo salía de la cocina y un cocinero corriendo de la habitación. Mirando a su alrededor salvajemente y gritando.

—¡Fuego! ¡Fuego en la cocina!

Al final de sus palabras, un sonido grande retumbo sacudiendo los cimientos del restaurante. La puerta de la cocina salió despedida al exterior, atravesando velozmente la habitación, golpeando al cocinero y derribándole brutalmente. Las llamas y el humo negro salieron del hueco abierto, llenando casi instantáneamente el cuarto de humos nocivos.

Los gritos superaban el sonido de la alarma de incendios que sonaba todavía, las personas abarrotaron la salida de la puerta principal, pisoteándose unos a otro en un intento para librarse de lo más rápido. Una segunda explosión más violenta repercutió en la cocina y grandes columnas de humo negro hicieron imposible ver más allá de unos metros por delante.

Ocurría tan rápido. Incluso Luna, que había previsto todo, se sorprendió con la rapidez con que se lleno el restaurante de humo, calor, las llamas, y la presión de las víctimas aterrorizadas.

Luna tuvo la visión horrible de saber que los depósitos de CO2 guardados en la cocina que suministra los refrescos con burbujas también estallarían pronto, volando la mitad de restaurante en escombros, haciendo imposible a los bomberos a entrar y salvar a las personas programadas para morir. Se apartó de la locura y rompió otra ventana con un fuerte empujón de la silla más cercana, decidido a hacer una diferencia en el resultado trágico del incendio. En cierto modo.

Pero en el tiempo que requirió para romper la ventana, las llamas habían corrido a toda velocidad a través del techo y comenzado a lamer la pared entre ella y la puerta principal. De la alfombra de llamas que bailaban en el techo caían escombros, como si dispararan una lluvia de meteoritos. No había nadie ahora en esta parte del restaurante, todos estaban tratando con dificultad salir por la puerta de enfrente. Pero sabía que estaban atrapados... había previsto que la madera maciza y otros escombros bloquearían la salida, después de que unos pocos pudieran huir a través de las puertas. Con mucha repugnancia, Luna dudaba que alguien pudiera escapar a través de las ventanas, como había esperado que pasara.

Maldita sea. No había llegado tan lejos para darse por vencida ahora. Bordeo rodeando las llamas calientes y pasó por detrás de la multitud de personas que seguían intentando en vano salir, una masa de cuerpos humanos retorciéndose y aplastando a los demás en un intento de escapar.

—Venga por aquí —chilló—. La salida es mejor, aquí.

Algunas personas se volvieron y Luna señaló las ventanas rotas.

—¡Aún se puede salir!

Las llamas casi bloqueaban completamente el acceso a las ventanas, y Luna tuvo que saltar por encima de algunos más pequeños serpenteando a través del suelo para volver. Tres personas la siguieron. Sólo tres. Saltaron por las ventanas, sin mirar atrás. Luna lanzó una mirada de preocupación detrás de ella y vio que el restaurante entero estaba siendo consumido por el fuego. Las salidas que había hecho ahora eran inaccesibles.

Quiso hacer algo, cualquier cosa, para salvar a los demás. Pero nada había pasado como planeo, no desde el principio. Luna atisbó las llamas, preguntándose si podría pasar a través de ellas las personas que todavía estaban en frente del restaurante. Pero las llamas estaban calientes y hambrientas, devorándolo todo a su paso con un voraz apetito.

Lo que significaba que nadie podía pasar al otro lado. Luna hizo todo cuanto pudo. Las lágrimas le ahogaban, nublando su vista, se metió por la ventana y en el mismo momento que los tanques del CO2 estallaron.

Sintió como si un gigante, puño caliente la golpeaba brutalmente en la espalda. Arrojándola al suelo por la fuerza de la explosión. Golpeándose la mejilla con una roca y sangró, pero Luna ni siquiera se detuvo por el pequeño dolor. Se puso en pies, balanceándose peligrosamente, y miró como el fuego del restaurante se enfurecía a través de él, sin control. Ella vio que un camión de bomberos había llegado, así como también un coche de la policía. Sin embargo, nadie entraba precipitadamente en el edificio. Luna asumió, gracias a un tonto bocazas de camarero, que todo el mundo había salido.

Corrió hacia uno de los bomberos.

—¡Todavía quedan personas allí dentro! —le gritó.

Los ojos del hombre se volvieron abiertos como platos, en estado de choque. Se volvió a uno de sus compañeros bomberos y habló muy rápidamente. El bombero cogió un hacha del camión y se apresuró a cortar en trocitos a través de las maderas que habían caído y habían bloqueado la entrada, mientras sus compañeros se unieron a ayudar aunque no fue una tarea fácil. Eran tantos los escombros que habían caído. Formando una barrera maciza entre el rescate y muerte.

Los espectadores observaban como ardía el edificio. Cubierta en hollín y oliendo a humo, Luna vagó entre ellos, esperando ver si sus esfuerzos habían sido en vano. Los bomberos por fin se abrieron paso a través de los escombros y un bombero entro en solitario, saliendo con una mujer en sus brazos. Más bomberos entraron a recuperar a más personas, y el suspense casi mató a Luna.

Al final, sólo cuatro personas fueron sacadas del fuego, personas que habrían sobrevivido aunque Luna no hubiera estado allí, lo sabía.

Sin embargo, los diez, los diez realmente importantes, permanecieron dentro, muertos por inhalación de humo o quemados hasta morir. A Luna no tenían que decirle que su intento había fracasado. Lo supo el momento que la mayor parte de las personas quedaron dentro para morir. Lo sabía con tanta certeza como había sabido que el fuego comenzaría.

Incapaz de soportarlo, Luna se alejó de la multitud y comenzó a caminar por los varias travesías de regreso al hotel de Pulse. Levantó sus manos cruzadas sobre el vientre, abrazándose a sí misma protectoramente, y se lanzó vertiginosamente a caminar. Su cuerpo entero dolía pero no con un dolor físico. Era emocional, uno que ella no podía controlar o ignorar. Sin previo aviso, vomitó, vaciando el contenido de su estómago en la tierra sucia de forma poco elegante.

Las lágrimas deslizándose libremente de sus ojos y aunque ella trató de decirse a sí misma que el humo los había irritado, tuvo mejor criterio. El dolor horrible de su corazón regresó a ella, paralizándola. Lloró en silencio, tropezando accidentalmente con la acera agrietada, ignorando las pocas miradas en ella de los transeúntes.

Le llevó la mayor parte de una hora en regresar al hotel. Para entonces todas sus lágrimas se habían agotado, o al menos eso esperaba. Sus ojos estaban hinchados, con una sensación de ardor y sabía que parecía un esperpento.

Razón por la cual no se sorprendió cuando el botones le negó la entrada al hotel. No tenía ninguna prueba que ella era una huésped del hotel. Pensó en dar el nombre de Pulse pero se dio cuenta de que ella no conocía su apellido, o si Pulse usaba su verdadero nombre para la compra de la habitación en primer lugar. Después de intentar infructuosamente de entrar, pasó por el hotel y se sentó con su espalda contra de la pared de ladrillos de un edificio vecino. Esperó hasta el anochecer con la esperanza de poder entrar al hotel una vez hubiera habido el cambio de turno.

Pasaron varias horas. Luna permaneció quieta, su mente un dilema de pensamientos, ignorando el dolor en su espalda y las nalgas mientras se apoyaba contra la dura piedra. Algunas personas le tiraron dinero cuando pasaban, confundiéndola con un vagabundo, simplemente se sentó allí y se quedó con la mirada fija en espacio, insensible cuando alguien la reconocía.

Su fracaso y dolor eran absolutos. Toda esperanza y felicidad dentro de ella desapareció, dejando un enorme agujero abierto en su alma sin esperanza de alivio.

Anocheció finalmente, el sol perdiendo intensidad, convirtiendo el mundo miles de extraños, colores azulados. Luna se levantó de su posición e intentó una vez más entrar al hotel. Otra vez el mismo botones del hotel la detuvo. Pero en el último momento, antes de que diera media vuelta, divisó Pulse en el vestíbulo y suspiró con alivio.

—Pulse —gritó con voz ronca del humo que había respirado, los gritos que había dado en el restaurante y del llanto por su fracaso resultante.

Su cabeza oscura cambió de dirección y sus ojos encontraron los de ella. Se volvió a la entrada, mirándola con cara asesina.

Nunca había sido tan feliz para ver alguien en su vida.

—¿Dónde estabas? Esperé todo el día.

—No me dejaban entrar al hotel —explicó interrumpiendo su hosco saludo, sintiendo una lágrima resbalar por su mejilla.

Pulse inmediatamente se volvió contra el botones que esperó en la acera para los huéspedes que acaban de llegar.

—Por qué no le permitió la entrada a esta mujer? —exigió regiamente.

El botones farfulló, obviamente más que un poco nervioso, empequeñecido por un gigante Pulse.

—Lo siento, señor —dijo, reconociendo casi al instante al gigante de casi 2,15 metros de estatura—. No sabía que estaba con usted —explicó, viéndose arrinconado y muy incómodo.

—Pues bien, así es. Tome nota, y no vuelva a interferir otra vez.

Pulse le tomó la mano y la llevó de regreso en el hotel. Se acercó al escritorio y dio su nombre. Luego procedió a agregar el nombre de Luna a su habitación y pedir una llave para ella. El recepcionista hizo lo que le pidió, sin mirar ni una sola vez a los ojos de Luna. Y eso estuvo bien. Sabía que era debido al aspecto atroz que aparentaba.

—¿Puedo estacionar mi coche aquí? —preguntó en voz baja, moderada.

—Son cincuenta dólares una noche —contestó el recepcionista enérgicamente. Con ojos saltones.

—¡Uh!, no importa.

—Traeremos el coche en breve —dijo Pulse al recepcionista.

—No puedo permitirme eso —le murmuró al oído, consternada.

—Yo si —dijo simplemente—. ¿Además, tu vehículo estará más seguro aquí, ¿no? —Se volvió y dirigió la pregunta al recepcionista del hotel. El recepcionista afirmó con la cabeza en la respuesta, negándose a cruzar la mirada con Luna.

—Vamos. —Pulse tiró de su mano—. Necesitas una ducha.

Luna lo siguió dócilmente. Llamaron al ascensor y esperaron en silencio que llegara. Una vez llegó, entraron, quedándose a solas por fin.

—¿Cómo te fue? —preguntó, extendiendo la mano y tocando suavemente el corte de su mejilla.

Luna pensaba que no le quedaban más lágrimas, pero cuando Pulse preguntó acerca de su misión, trajo de vuelta todo el dolor y el tormento por el que había luchado tanto durante todo el día. Comenzó a temblar y las lágrimas resbalaron calientes y rápidas por sus mejillas.

—No funcionó. Diez personas murieron —dijo suavemente—. ¡Diez! Justo como sabía que pasaría.

Pulse la atrajo contra él y la abrazó, a pesar de su evidente rigidez. Sospechando que estaba acostumbrada a consolarse sola.

—Lo intentaste. Y eso es más importante.

—Después de lo que ocurrió contigo, pensé que tal vez mi suerte había cambiado. Que finalmente podría cambiar las cosas. —Sollozando entrecortadamente—. Este es el maldito síndrome de Cassandra. Ocurrirá con todas las mujeres de mi familia siempre. Nadie va creer en nuestras predicciones, y nunca podremos cambiar el resultado de las tragedias que estamos obligadas a visualizar. ¡Lo odio!

—Está bien —La calmó, restregándole las manos arriba abajo de la espalda.

—Nadie me escuchó. Tiré de la alarma de incendios y todo el mundo se quedó sentado, mirando estúpidamente alrededor. Grité ¡fuego!, hice completamente el burro, pero nadie escuchó. No importa cuánto lo intente, no soy capaz de cambiar las cosas.

—¿Alguna vez pensaste que si no hubieras estado allí, habrían muerto más personas? ¿Te has preguntado alguna vez si eres simplemente un instrumento del destino, que tus premoniciones simplemente solo sirven para que trates de cambiar las cosas? ¿Que estas cambiando cosas aunque a ti no te lo parezca?

Luna inhaló por la nariz. Quería creer en sus palabras, verdaderamente lo hizo.

—Saqué a tres personas fuera por ventana —Arrugando su cara—. No. Nada de lo que hago tiene importancia. Esas personas hubieran vivido sin mi ayuda.

—No puedes llevar este peso tu sola. No eres responsable del mundo o las atrocidades cometidas en su interior, aunque las vea o no antes de que ocurran —Pulse dijo suavemente, su aliento alborotándole el pelo—. Eres un guerrero, oponiéndose a una guerra que no puede ganar.

Asintió con la cabeza contra él, a continuación se quejó.

—¡Oh!, ¿Crees que estoy bromeando? —Gimió, sintiéndose vacía y con un dolor interminable en su corazón—. No puedo dejar que me consueles. Todas esas personas murieron y pude hacer nada para ayudarlas. Realmente pensé que las cosas cambiarían. Después de que con tu ayuda cambiaron mis dos últimas premoniciones Pero nada ha cambiado. Absolutamente nada.

—Te sentirá mejor Después de una ducha —Pulse murmuró cuando las puertas del ascensor se abrieron. La cogió de la mano otra vez entre las suyas y llevándola por el pasillo en dirección a su habitación.

Cuando estuvieron seguros dentro, Pulse la guió al cuarto de baño. Y sin pedirle permiso, le sacó la camisa y la tiró al suelo. Sus manos fueron a la abotonadura de sus pantalones vaqueros y trató de ocultar la suciedad, ruborizándose hasta la raíz del cabello. Pero él se mantuvo firme. Deshizo el cierre de presión en un voleo y empujó hacia abajo sus pantalones vaqueros alrededor de sus tobillos.

Luna salió de los pantalones vaqueros, a sabiendas que Pulse no renunciaría ahora que había empezado. Le dio la vuelta y trabajó a las fijaciones de su sujetador. Le llevó un

tiempo, como si estuviera poco familiarizado con la tarea, pero finalmente le quitó el sostén y le dio la vuelta otra vez, dejando al descubierto sus senos, libres a su fija mirada.

Dio un paso atrás y la miró. Luna cruzó las manos en sus pechos y quedó allí, más que consciente de la repentina electricidad estática del cuarto. La mirada de pasión caliente, pura en sus ojos hizo arder sus mejillas. Se quedó sin aliento. Sus pezones deliciosamente endurecidos bajo sus manos y un dolor de propagación caliente de sus senos a su coño, haciendo temblar sus rodillas con deseo.

La tensión entre ellos en el aire se podía cortar con un cuchillo.

Pulse arrastró la mirada fija de su cuerpo y se volvió a la ducha, comprobó la temperatura del agua por ella antes de asentir su aprobación. Le tomó la mano y le ayudó a entrar en la ducha, como un galante caballero de antaño, sólo que mucho más sexy, tirando de la cortina cerrándola lentamente.

Oyó a Pulse dejar la habitación, cerrando la puerta con un clic detrás de él. Libre ahora de abrumadora presencia, sobrecalentada, Se sentó bajo la espuma. No estaba tan caliente como a ella le gustaba, por lo levantó el mando de la manivela y esperó el agua para calentarla, temblando y llorando silenciosamente.

Finalmente, Luna se relajó y dejó que el agua limpiara la última de sus lágrimas.

Capítulo Siete

Luna ató la bata blanca del hotel alrededor de su cintura y salió del cuarto de baño. Se encontró a Pulse reclinado contra las almohadas de la cama, presionando cada botón del control remoto de la televisión. Subió a la cama a su lado y le quitó el mando a distancia.

—Es fácil una vez que te acostumbras. —Se lo mostró, cambiando los canales lentamente.

—¿Qué es esa caja? —preguntó, aunque no sonaba demasiado interesado. Luna asumió que estaba tratando de involucrarse en conversación ociosa.

—Es una televisión —contestó con una sonrisa—. ¿Estás diciendo que nunca has visto una televisión? Todo el mundo tiene una, no puedes caminar por la calle sin ver alguna a través de una ventana.

Pulse la miró, echando un vistazo a su demasiado larga bata.

—No he estado en la superficie desde hace cincuenta años. Las televisiones que ví no se parecían nada a esta

Luna se ahogó de la sorpresa.

—¿Cincuenta años? —graznó. Bueno, tenía que admitirlo, conversaciones como ésta podrían distraer a cualquiera de cualquier problema.

Pulse asintió.

—¿Qué edad tienes? —preguntó, incrédula. No parecía tener más de treinta, a pesar de la plata en su pelo.

—Tengo cuatrocientos nueve años... creo —se encogió de hombros—. No estoy exactamente seguro.

—¡Joder! Es increíble. ¿Todos los Shikars viven tanto como tú?

—Vivimos hasta que estamos listos para irnos al más allá. Una cierta cantidad de nosotros elige caminar por ese camino hasta la siguiente vida, después de un par de cientos de años o así. Pero otros, como yo mismo, se mantienen firmes en nuestra vida y en nuestro deber. No he terminado mi trabajo aquí todavía. No iré al más allá hasta dentro de muchos años.

—¿Por qué no aparentas más edad? —preguntó curiosa, extendiendo la mano y acariciando un mechón plateado en su oscuro pelo.

—Nosotros los Shikars dejamos de envejecer aproximadamente a los treinta o cuarenta años. No nos hacemos viejos como vosotros. No estoy exactamente seguro por qué.

—Creo que es la cosa más asombrosa que nunca he oído—le dijo con los ojos abiertos—. Desearía que fuese igual para nosotros los humanos.

Luna volvió la mirada hacia la televisión y continuó cambiando de canal hasta que por fin encontró Cartoon Network^{††}. Estaban echando *Foster, la casa de los amigos imaginarios*, una serie que no había visto desde hacía un año, pero que recordaba con cariño. Se apoyó en las almohadas al lado de Pulse, mirando la colorida serie en la pantalla.

—Necesito sacar algunas de las ropas de mi coche —dijo vagamente, jugueteando con el cinturón de su bata.

—Puedo ir y traer tu vehículo. Lo traeré aquí, si quieres, y también te traeré una muda de ropa. Para que no necesites volver a ponerte tu ropa sucia.

—No sé —dijo precavidamente—. ¿No sabías que era una televisión, cómo puedes saber conducir mi coche?

—He estudiado la mecánica de sus vehículos durante varios años. Es un tema fascinante. Cada año algo nuevo viene a desafiarme, pero estoy seguro de que entiendo los principios básicos. No estoy completamente ajeno a los avances del género humano, yo simplemente... escojo qué avances de los que enterarme. —Una esquina de su boca se levantó, y Luna se encontró regresándole la sonrisa.

Luna se rió.

—Bien —dijo lentamente—, puedes intentarlo. Es automático, así que no deberías de tener muchos problemas. —Se levantó y fue al cuarto de baño, buscando en los bolsillos de sus vaqueros las llaves. Encontrándolas en su bolsillo izquierdo, se las entregó a Pulse y se volvió a sentar a su lado.

—Sólo mantente lejos de la vista de la policía, ¿ok?

Pulse asintió, mirándola mientras dejaba las llaves en la mesita de noche. Su mirada se encontró con la de él y cada vello de su cuerpo se erizó. Él avanzó lentamente, dándole tiempo abundante para protestar, finalmente apoyando su boca sobre la suya con una suave y seductora presión.

Luna se elevó sobre sus rodillas en el colchón, se apoyó contra Pulse y agarró su cabeza entre sus manos, inclinándola hacia ella, abriendo su boca y dándole su lengua, tomando el mando. La intención de su caricia cambió de tranquilizar a inflamar. El deseo les abrumó a ambos, ahogándolos bajo una monstruosa ola de sentimientos que no podían controlar.

Pulse la abrazó fuertemente, apretándola contra él, llenándola con el zumbido de su poder. Luna sintió la presión de su polla sobre su estómago y jadeó dentro de su boca. Con manos atrevidas y ansiosas trató de alcanzarlo, acariciándolo a través de la barrera de su ropa. Él gimió en su boca y ella se tragó el sonido ávidamente, bombeándolo arriba y abajo hasta que él se engrosó y se endureció aun más bajo sus caricias.

Era un hombre grande. *Todo* él. Eso era más que evidente por el asombroso peso de su polla en sus manos, aun estando vestido.

Mientras le acariciaba, las manos de Pulse fueron al cierre de su bata. Deshizo el nudo rápidamente y abrió las solapas de la bata, revelando el cuerpo desnudo a su hambrienta

^{††} Canal por cable, propiedad de la Time Warner, donde se emiten series animadas, dedicadas principalmente al público infantil.

mirada. Una de sus manos fue a la copa de su pecho desnudo, su pulgar rozó el endurecido y sensible pezón, haciendo que ella se quedase sin aliento y se apretase contra él. El jadeo de respuesta de Pulse puso una sonrisa en su corazón, pues sus labios estaban ocupados.

Sus manos apartaron la bata de sus hombros, luego delicadamente acariciaron cada pulgada de carne dejada al descubierto para él. Cuando estuvo completamente desnuda, la abrazó otra vez, aplastando sus pechos contra su pecho, todavía vestido, y sus manos se deslizaron hasta su trasero.

Pulse acarició su culo, provocando un grito roto de sus labios. Hasta ahora nunca había notado cuan sensual se sentían las caricias ahí, pero ahora supo que le encantaba que un hombre jugase con su trasero. Él clavó sus dedos en los redondeados globos y los alzó, separándolos, provocando que el aire cosquillease aun más sus partes privadas.

Ambos estaban ahora sobre sus rodillas. La alzó con sus manos bajo su trasero, llevando directamente su pezón a su ansiosa boca. La percepción de sus labios sobre ella era como ser golpeada por un rayo. Su cuerpo entero tembló mientras se amamantaba, manteniéndola cautiva, lamiendo y mordiendo su pezón hasta movió sus caderas contra él en una invitación inconfundible.

Sus manos fueron entre ambos, al cierre de sus suaves pantalones. Con temblorosos dedos, deshizo el nudo y fue recompensada cuando la caliente, y gruesa longitud brincó libre y ansiosa por sus caricias. Su polla era suave, aterciopelada, y en su interior, acero. Luna envolvió sus dedos alrededor de él como mejor ella pudo, jera tan grueso! Y le acarició delicadamente desde la punta a la base, repetidas veces.

—Oh, Luna —gimió sobre su pecho—. No te detengas.

Ella no tenía intención de detenerse. Ciertamente, estaba fascinada por la sensación en su mano, cautivada en una red de deseo de la que no deseaba escapar. Luna apretó su agarre sobre él, disfrutando el poder que tenía sobre él mientras se quedaba sin aliento contra su pezón con cada malvado movimiento de sus ágiles dedos.

Luna apartó a la fuerza sus manos de ella y lo obligó a recostarse apoyando una mano en su pecho. Él la obedeció, reclinándose en medio de las almohadas en la cama. No fue fácil, pero le quitó los pantalones, tirándolos detrás de ella descuidadamente. Agachándose sobre él así que su pelo cosquillease sobre su piel caliente, lo llevó a su boca.

Pulse casi saltó de la cama. Él rugió mientras ella lo llevaba profundamente en su boca, y cerró sus manos en su pelo mojado. Su sabor era intoxicante en su lengua, fascinándola, embriagándola. Su cabeza se movía arriba y abajo rápidamente, y él apretó sus dedos en su pelo.

Sacándolo de la boca, lo lamió desde la punta hasta la base y luego otra vez. Le dio un golpecito con su lengua sobre la punta de su polla, satisfecha cuándo le sintió temblar bajo ella. El sabor en su boca era salvaje e indomable. Su sabor llenó su cabeza como una droga, haciéndola desear más y más.

Ahuecando su saco en su mano, le volvió loco con su boca. No hubo parte en él que dejara sin descubrir, ningún secreto quedó escondido. En ese momento, él fue suyo de todas las formas y disfrutó ese conocimiento.

Sus manos deambularon por su espalda y su pelo, enredándose en los largos mechones. La sensación de su toque encendido con su electricidad, hizo que su cuerpo canturreara de gusto. Por supuesto, con cada caricia, una suave sacudida la recorría a gran velocidad, recordándole que no era un simple humano a quien estaba seduciendo.

Pulse la apartó, insistiendo cuando trató de mantener su polla en su boca. La izó y los hizo rodar, terminando de sacar su bata antes de situarse encima de su hormigueante cuerpo. Sus pieles desnudas se tocaron del pecho a los pies, calientes, suaves y pecaminosas, deslizándose sensualmente cada vez que se movían.

Sus dedos buscaron y encontraron el suave y rizado pelo de su sexo. Él la acarició como acariciaría a un gato y ella casi ronroneó bajo su toque. Luna abrió sus piernas ampliamente para acomodarlo, dándole la bienvenida a su maravilloso toque. Sus dedos se deslizaron por su humedad y encontraron su clítoris, hinchado, dolorido y húmedo. Lo acarició en pequeños círculos, haciéndola casi saltar de la cama con un descontrolado grito mientras las explosiones de calor llenaban su cuerpo de vibraciones como nunca antes había experimentado.

Su dedo índice presionaba contra su clítoris, ejerciendo presión lentamente. Él se deslizó en su humedad pero rápidamente retrocedió, la punta del dedo áspera y caliente contra su sedosa piel. Luna se corrió con un grito roto, aferrándose firmemente a él desesperadamente. Su única ancla en la tormenta de sensaciones que recorrían su interior.

—¿Qué has visto? —preguntó.

—Vi... luz. Luz de estrellas eléctrica —dijo jadeante.

Él deslizó profundamente en su interior un dedo. Ella sintió estirarse su cuerpo para acomodarlo, tragándolo en su interior. Su pulgar presionó sobre su clítoris, moviéndose en diminutos e imperceptibles círculos. Luna jadeó y cerró sus piernas instintivamente. Pulse se deslizó abajo por su cuerpo y apartó sus piernas, acunando sus hombros entre sus muslos para que no los pudiera volver a cerrar.

Ella estaba completamente abierta para él. Su penetrante mirada la quemó dondequiera que la miraba, como una caricia física que fuese inescapable. Cada toque de su piel en la suya daba como resultado una sacudida que alteraba su mente. Deslizó otro dedo en su interior, dilatándola para que el dolor se mezclase con el placer, presionando su clítoris fuertemente y ella se corrió otra vez.

Luna sintió como su cuerpo sujetaba hambriento los dedos de Pulse, tragándolos profundamente. Pequeños aleteos de éxtasis recorrieron su cuerpo, despojándola de todo pensamiento racional. Esta vez vio oscuridad, mezclada con diminutos puntitos de luz. Con un largo gemido, montó su mano, moviendo sus caderas sensualmente, tomando sus dedos aun más profundamente en su interior.

Un tercer dedo entró en ella y se sintió imposiblemente tensa alrededor de esos dedos indagadores. Él empujó profundamente, llenándola, estirándola. Se sentía increíblemente mojada, casi al extremo de gotear encima del colchón. Sus dedos, resbaladizos por sus jugos, empujaban, entrando y saliendo lentamente.

Él presionó su clítoris y se corrió de nuevo, inmediatamente. Él esperó hasta que se relajase antes de girar sus dedos en su interior, provocando que se quedase sin aliento.

Jadeando, sacudió sus caderas, sintiéndolo tan profundamente en su interior que se volvió como loca, solo deseando volver a correrse. Más y más.

Cuando la punta de su lengua la tocó, fue como si le prendiesen fuego. Soltó un pequeño grito y se arqueó para recibir más de sus besos. Retiró sus dedos y lamió desde su clítoris hasta su trasero y después volvió hacia atrás, haciéndola gritar de nuevo. Empujó sus dedos dentro de ella, presionando su clítoris con su lengua y Luna se corrió con una violencia que la asombró. Él jugó con su cuerpo como si fuese un delicado instrumento, produciendo como respuesta sensaciones que ella había experimentado, degustando cada respuesta que conseguía de su tembloroso y dolorido cuerpo.

—Oh dios —alzó la voz, jadeando—. ¡Oh dios mío!

Los dedos de Pulse salieron de su cuerpo con un sonido mojado de succión que les inflamó sus sentidos. Ascendió por su cuerpo, repartiendo besos por toda ella, especialmente en su estómago y sus pechos. Llevando su pezón profundamente a su boca, chupó fuertemente, produciendo como respuesta otro jadeo y un gimoteo de sus temblorosos labios.

Con un húmedo sonido de estallido, lo soltó y agarró sus piernas, situándolas alrededor de su cintura. Se situó a sí mismo en su entrada, su gran corona color ciruela resbalando deslizándose por su humedad. Se frotó contra ella, acariciando todo su sexo con su caliente y aterciopelada polla. Luna se contorsionó bajo él, rogando ser tomada.

—Por favor, Pulse. *Por favor* —sollozó, sacudiendo la cabeza sobre la almohada hasta que su pelo fue un salvaje desorden sobre ella.

Pulse inclinó su cabeza y respiró en su boca, llenándola de su esencia.

—¿Me quieres? —preguntó suavemente.

—¡Sí! —Sollozó, estrechándolo más cerca, sus pies presionando en su espalda—. ¡Te deseo *desesperadamente*!

—Te he querido desde el primer momento en que te vi —admitió con una suave y amble voz, que contradecía su innegable pasión, tomando su polla en su mano, guiándola a su interior.

La gruesa y suave cabeza de su polla se deslizó en ella, estirándola del todo. Su cuerpo lo rodeó, dándole la bienvenida más profundamente, y siguió deslizándose, avanzando lentamente cada delicioso centímetro en su húmedo calor. Luna tuvo un momento de miedo cuándo se percató cuan grande era. Pero el miedo pasó al olvido, reemplazado por el placer mientras la llenaba.

Cuando estuvo completamente envainado, Luna estaba segura de que podía sentirlo hasta el fondo de su garganta, de tan grande que era. Nunca en su vida se había sentido tan frágil, tan pequeña. Su cuerpo estaba lleno de su polla, caliente y pesada dentro de ella, y totalmente humedecida. Sus manos recorrían cada centímetro de su piel, acariciándola de pies a cabeza. Pronto canturreó con su poder, relajándose bajo el reclamo de su exigente cuerpo.

En el momento que sintió que se relajaba a su alrededor, comenzó a moverse dentro de ella. Con suaves movimientos se movió encima suya, meciendo sus caderas contra las de

ella. Cada movimiento de su aterciopelada polla en su interior arrancaba un grito de sus labios. Jadeante y débil por todos sus orgasmos, se aferró fuertemente mientras él la conducía de nuevo a las estrellas.

Olas de sensaciones chocaron violentamente contra ella, ahogándola. Él la estiró apretadamente, una y otra vez, tanto que las lágrimas comenzaron a manar de las esquinas de sus ojos. El placer era exquisito. Gimió una y otra vez, más allá de la cordura. Su cuerpo se elevaba contra él, tragándolo más profundo. Sus dedos se desplazaron hacia abajo y presionaron fuertemente en su dolorido clítoris, haciéndola correrse de nuevo.

Cuando se relajó, él volvió a moverse rápidamente dentro de ella. Pero todavía no estaba cerca de terminar. Buscó sus labios y metió su lengua profundamente en su boca, deslizándose a lo largo de ella. Sus dedos encontraron sus punzantes pezones y los apretó juguetonamente. Todo ese tiempo la montó y ella solo era consciente a la necesidad de su cuerpo y al de él.

Luna enredó sus manos en su sedoso pelo. Caía sobre ellos como una oscura cortina, aislándolos del resto del mundo. Cada aliento que tomaba sabía y olía a él, mareándola. Enloqueciéndola de necesidad. El sudor se deslizaba por su cuerpo, provocando que se deslizasen más fácilmente el uno sobre el otro, y su corazón vibraba rápidamente en su pecho, palpitando a la vez en ambos.

Ambos luchaban por respirar. Luna temblaba tan violentamente bajo él, que estaba segura que lo sacudiría de encima, pero él se mantuvo firme, todavía mecendo sus caderas contra las suyas.

El olor de ozono repentinamente llenó su nariz y los cabellos de su cuerpo se erizaron. La cosquilleante sensación de su poder la recorrió, llenándola, devastando sus sentidos. Toda su piel se erizó. Luna apretó sus dientes para evitar gritar y se agarró fuertemente de sus anchos hombros, moviendo sus caderas bajo él.

Después de largos e interminables segundos, comenzó a acelerar los embates dentro de ella. Cada ancho y delicioso centímetro de él era suyo y ella lo disfrutó. Ella le reclamó completamente mientras él la reclamaba, y Luna se enorgulleció de saber que él era suyo en ese momento. Apretando las piernas alrededor de su cintura, ella correspondió sus movimientos, produciendo en respuesta un ronco gemido de sus labios.

Sorprendentemente, sintió como su cuerpo alcanzaba otro clímax. Tensándose bajo él, alzó la voz y tembló mientras el éxtasis llenaba su ser. Sus maravillosos dedos frotaban en círculos alrededor de su clítoris, arrancando otro grito de sus deshidratados labios. Su coño lo ordeñó con salvajes temblores, apretándolo fuertemente, tragándolo completamente.

Pulse aulló y salió de ella. Tuvo un momento de intensas sensaciones, como arcos de electricidad desde su polla a lo más profundo de su coño. Con otro grito, se derramó sobre ella. Sintió la caliente salpicadura golpeando su estómago mientras se vaciaba fuera de ella.

Luna estaba exhausta. Se relajó en la cama, agotada, jadeando profundamente, el sudor enfriándose sobre su cuerpo. Pulse se tumbó a su lado, sus dedos todavía jugueteaban con su pezón mientras él también trataba de recuperar el aliento. Una gota de sudor bajó por su frente y ella la lamió, disfrutando el sabor a sal.

Con una gentil caricia que casi provocaba lágrimas en sus ojos, Pulse limpió los restos de su descarga en su piel, con su suave ropa. Él la besó, una suave presión de su boca en la suya que sabía a sexo y a satisfacción, y lanzó la bata descuidadamente sobre sus hombros.

Sin una palabra, Pulse se levantó y se vistió. Desnuda y sin un ápice de vergüenza, se recostó allí mismo y trató de juntar la fuerza necesaria para ir al cuarto de baño y asearse. Sus ojos se encontraron. Él cogió las llaves del coche de encima de la mesita de noche, la miró de la cabeza a los pies como si no pudiese detenerse, y desapareció.

Capítulo Ocho

Pulse subió al coche de Luna y cerró la puerta. Colocó sus manos sobre el volante y suspiró profundamente.

Algo sucedió allí en los acogedores brazos de Luna. No acababa de tener sexo con ella, había hecho el amor con ella. Pero fue algo más que eso. Mucho más. Era como si se hubieran poseído el uno al otro por completo, convirtiéndose en un ser, un alma. Nunca había sentido nada parecido.

Había tenido a muchas mujeres a lo largo de los años, tanto Shikars y humanas. Pero nunca había reaccionado la forma que tuvo con Luna. Ni siquiera había usado protección, una violación de las mismas reglas por las que luchó tanto para hacer cumplir a sus guerreros. Era cierto, que había sido capaz, en el último momento, de soltarse de ella y bajarse en su estómago suave, sedoso. Pero la había colocado en un peligro muy serio con sus acciones, y lo sabía.

Aún más extraño fue el hecho de que no le importaba. Por supuesto que le importaba que hubiese un riesgo para ella. Pero sabía que era una síquica fuerte, más que capaz de resistir la transformación de humano a Shikar que su semilla causaría. Si tan sólo pudiera reclamar el poder de su amor.

¿Quería su amor? Absolutamente. ¿Estaría dispuesto a darle su... no estaba seguro. Y no estaba nunca inseguro. Sobre cualquier cosa.

Luna le había sacudido hasta la médula. No había esperado eso. Se había entregado con un entusiasmo libre que le deshizo. No pidió nada a cambio, se había encargado de eso, estrujando cada respuesta que podía de su carne temblorosa. Había tenido que luchar poderosamente para mantener un pedazo de sí mismo de ella, pero comenzaba a pensar que su lucha había sido en vano.

Había tocado su corazón.

Pulse supo que era cuestión de tiempo antes de que verdaderamente la reclamase, haciéndola su compañera, transformándola en Shikar. Había sido inevitable desde el momento en que habló con él, aunque no se había dado cuenta completamente de eso hasta ahora. La idea de ella con otro hombre, cualquier hombre, lo llevaba al punto de locura. No. Ya no podía existir sin ella a su lado.

Recordó su predicción que iba a morir, y pronto. Con un gruñido, rechazó con fuerza ese pensamiento, incapaz para soportar la idea de que estuviera en peligro. ¿De frío? Si se supone que es así que ella moriría, Pulse se ocuparía de que estuviese siempre caliente, siempre segura. Lo prometió solemnemente en seguida. Sí había podido cambiar sus predicciones dos veces, sin duda lo podría volver a hacer nuevamente, para salvarle la vida.

Metiendo la llave en el contacto, la hizo girar y el coche rugió con vida. Cuidadosamente puso el vehículo en movimiento y se marchó de la plaza de aparcamiento.

Todavía la podía oler, en sus manos, en su cuerpo. Olía a las flores, a lágrimas y esperanza. Era una fragancia intoxicante y supo que era su olor natural. Ningún perfume podría habersele comparado.

¡Y su sabor! Maravilloso. Exquisito. Quería más de su sabor exótico en su lengua. Quería lamerle el coño hasta un centenar de veces más. Quería sentir el estremecimiento de su carne mojada, quería tocarla, sentirla correrse alrededor de su lengua y sus labios. Estaba otra vez duro simplemente con solo pensar en eso y se preguntó cuando se presentaría para otro revolcón en la cama. Sabía que la había montado fuerte, tirando cada punto hasta el clímax que podía de su ágil cuerpo, y tomaría un poco de tiempo para que se recupere. No demasiado largo, esperaba.

Suspiró y cuidadosamente manipuló el coche en el pesado tráfico de Nueva York.

Un extraño sentimiento, excesivamente familiar le recorrió. Sentía su piel estirada apretado sobre sus huesos y parecía como si un peso de dos toneladas le oprimiera sobre su pecho.

Daemons. Estaban cerca. Podía sentirlos.

¿Aquí? ¿En la ciudad de Nueva York, la bulliciosa y ambiental capital americana? Había alrededor de millones de personas, interminable brillantes luces que iluminaban casi todas las calles. Los daemons de hecho eran valientes para entrar en tal entorno. O muy desesperados.

Una prisa ahora presa del pánico, se metió dentro y fuera de los carriles, acercándose al hotel. Sabía que Luna era el blanco de los daemons. ¿Quién más con un atractivo tan poderoso podría ser, para sus apetitos voraces? Luna era la mujer más fuerte que había conocido alguna vez, y tal fuerza sería imposible que los monstruos se resistieran. Y con su propia presencia la señalaría, atraería a los monstruos como polillas a una llama.

Llegó al hotel y saltó fuera del coche. El mozo del hotel se movió para reclamar el vehículo pero Pulse sacudió su cabeza.

—Manténgalo en funcionamiento. Vuelvo en un momento. —Metió la mano en el asiento de atrás y buscó hasta que encontró algo de ropa adecuada para que se la pusiera y corrió hacia el hotel, indiferente a las miradas que atrajo a su paso, preocupado sólo por la seguridad de su mujer.

* * * *

Luna estaba envuelta holgadamente en la sábana de cama cuando entró, otra vez mirando dibujos animados.

—Llamé a la policía y les informé del robo a mano armada de esta noche —dijo a modo de saludo—. Aunque tuve que obtener el número desde información, por lo que te cobrarán dos llamadas.

Hizo caso omiso de sus palabras.

—Ponte esto, amor. Rápido —dijo tirándole las ropas.

Luna oyó la preocupación subyacente en su tono y reaccionó instantáneamente.

—¿Qué te pasa?

—Los daemons. Se aproximan. Tenemos que dejar este lugar. No podemos permitirnos un incidente, especialmente entre tantos humanos. Tengo que sacarte de aquí.

Luna se vistió más rápido de lo alguna vez hizo en su vida.

—¿Estás seguro?—preguntó echándose la camisa sobre su cabeza.

—Sí. Date prisa ahora. —Pulse reunió sus cosas y se acercó a ella mientras terminaba de ponerse sus zapatillas deportivas. La tomó de la mano, la maleta con sus pertenencias y se dirigió a la puerta. Luna tuvo que correr para mantener su paso.

—¿Dónde vamos?

—A cualquier otro lugar —dijo al tiempo que entraban en el ascensor.

Más que otra cosa quería simplemente viajar con ella, llevársela a su casa donde sabía que estaría a salvo, pero él sabía que primero tenía que conducir a los daemons lejos de la bulliciosa ciudad y destruirles si podía. Era su deber, y los sentimientos por esta mujer, aunque igual de importante, no debían interferir en su curso.

Guardaron silencio mientras el ascensor lentamente los llevaba a la planta baja, ambos tensos mientras esperaban. Salieron a toda prisa del ascensor, una vez que alcanzaron el vestíbulo, corrieron hasta el coche que les estaba esperando en la acera.

Luna se metió en el asiento del conductor, esperó a que Pulse tirara la bolsa en la parte posterior antes de subir al lado de ella, y se marcharon en el intenso tráfico. Estuvieron en silencio mientras ella se concentraba en la carretera, entrando y saliendo de los carriles de una manera que nunca se hubiera atrevido antes, provocando varios bocinazos por sus esfuerzos.

Los tensos, y largos minutos pasaron gradualmente al mismo tiempo que salían adecuadamente de la ciudad. Pareció tomar una eternidad pero el tráfico finalmente se redujo y finalmente Luna se dirigió a la autopista. Algunos de los sentimiento de urgencia se disiparon mientras aumentó la velocidad en la carretera, dejó escapar un suspiro de alivio.

—Iba a pasarme por la comisaría de policía para comprobar la reacción a mi consejo —dijo—. Estamos aproximadamente a ochenta kilómetro de aquí. ¿Es eso lo suficientemente lejos, que te parece?

—Tendrá que ser así por ahora. Pero no creo que sea prudente detenerse en un solo lugar por mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque eso atraerá a más daemons hacia nosotros.

Luna se sofocó.

—¿Quieres decir que nos rastrean? ¿Cómo?

—Sienten tu poder. Y el mío. Conjuntamente, somos demasiados tentadores para que los daemons resistan. Estarán tras nuestros talones de aquí en adelante. Ahora que nos han encontrado, no nos dejarán ir tan fácilmente.

—Pero no he visto a un Demonio en años. ¿Por qué me sentirían ahora?

—Te han sentido desde el principio. Es por eso que los viste cuando eras joven, tú y tu madre teníais tal poder, que ellos codiciaban para sí mismos. Es un milagro ninguna de las dos fuera asesinada por las bestias. —Respiro lento y profundamente, sus palabras se calmaron—. Supongo que los daemons han sido incapaces de mantener el mismo paso que tú, mientras viajabas de ciudad en ciudad, ya que tu poder está inactivo durante un tiempo después de cada traslado. No han sido capaces de precisar tu posición. Y por eso no los has visto en estos últimos años. Aunque igualmente han estado persiguiéndote, no dude de eso. Sus apetitos parecen no tener fin.

—¿Tú sabes cómo matarlos? —preguntó con un poco de preocupación en su voz.

La miró como si estuviera loca.

—Por supuesto. He luchado contra *La Horda Daemon* durante siglos.

Luna le sonrió abiertamente, aliviada.

—Pues no me preocupo. Sé que te ocuparas de mí.

—Maldición, mujer, no juegues con tu vida así. Esta es una situación muy peligrosa.

—Oh, estoy segura de eso. Pero tienes que recordar que no voy a morir. Y no he tenido ninguna visión donde diga que te vaya a pasar nada. Así es que no te preocupes. Si los monstruos nos encuentran les mataremos y después seguiremos adelante. Ningún problema.

Pulse pasó agitadamente una mano por su pelo.

—Nunca he conocido a nadie tan indiferente al ver como se acercan nuestros enemigos. ¿Cómo puede ser que los haya visto? ¿Sabes lo que son capaces? Según admitiste has tratado de matarlos, y una vez incluso tuviste éxito. ¿Cómo puedes no tenerles miedo?

—Anímate, Pulse. No he dicho que no tenga miedo. Lo estoy un poco, por supuesto. Pero ya te dije que, estaremos bien. Lo sé. Así es que no tienes que preocuparte.

Pulse se sentó en silencio y miró por la ventana.

—¿Cuándo fue la primera vez que supiste que ibas a morir? —preguntó suavemente, como si tuviera miedo de saber la respuesta.

—Pues bien, lo he sabido desde que nací ¡uh! —Se rió—. Aunque no sabía cómo. Finalmente supe que me moriría de frío aproximadamente hace dos meses, mientras estuve en Michigan. Me fui porque estaba tan asustada de que una tormenta de nieve me atrapara, pero me tranquilicé cuando llegué a Nueva York.

—¿Por qué? —Se giró para mirarla.

Luna se encogió de hombros y lo recorrió con la mirada.

—No lo sé. Supongo que llegué a un acuerdo con lo inevitable. No he podido cambiar el resultado de mis premoniciones, no hasta que llegaste a mi vida. Sabía que no podía cambiar el resultado de mi destino, así es que dejé de preocuparme. Probablemente me dirigiré más al sur cuando el clima sea más frío aquí.

—Y te has vuelto descuidada con tu propia vida desde entonces.

Frunció el ceño, no le gustó cómo había sonado su acusación.

—No realmente.

—Sí, en realidad —insistió—. Caminas hacia el tráfico sin mirar siquiera. Entrás en un edificio en llamas sin pensarlo un segundo. Vives en el coche.

—¡Eh! Vivía en mi coche mucho antes de que viese mi muerte, ¡muchas gracias! —Bufó.

—Eres demasiado impulsiva. No sé cómo has sobrevivido sin mí para tenerte a raya.

—Sí, bueno, es uno de los grandes misterios de la vida —dijo arrastrando las palabras mordazmente—. Mira, se lo que estoy haciendo. No tienes que preocuparte por mí.

—Estás jugando con tu vida.

—No, no lo estoy. Te lo dije, vi cómo moría. No hay nada de qué preocuparse —dijo con una creciente exasperación.

Pulse gruñó y se pasó la mano por su pelo otra vez, dándole un aspecto salvaje y desaliñado.

Luna le observó por el rabillo del ojo.

—Así qué... ¿cómo fue?

—¿Cómo fue qué?—Frunció el ceño.

—Sexo. Conmigo. —Rió nerviosamente, rápidamente reprimió el sonido avergonzada—. ¿Cómo fue?

Pulse parecía que se iba ahogar por un momento, luego escapó de sus labios la risa, sorprendiéndoles a ambos.

—Eres muy buena amante —dijo entre las risas ahogadas—. No puedo continuar.

Luna esperó para continuase, pero se dio cuenta de que no quería.

—¿Y bien?—aguijoneó, impaciente con su prolongado silencio.

—Sabes que fue magnífico —dijo secamente, pero había una gruesa llama, inconfundible de deseo en su voz.

—Sí. No estuviste demasiado mal —respondió con una sonrisa maliciosa.

—Soy lo mejor que has tenido —dijo arrogantemente.

Luna se rió otra vez, y la última de las preocupaciones del día y las decepciones la abandonaron.

—Sí. No mentiré. Eres el mejor. Nadie podría compararse.

Pulse parecía satisfecho con su respuesta y miró la ventana una vez más.

—Así que... —aguijoneó.

—¿Así qué?

Se enfureció con su terquedad.

—Por lo tanto, soy lo mejor que has tenido, ¿o qué?

Pulse se volvió hacia ella y puso la mano en su muslo. Su toque la quemó a través de sus pantalones vaqueros.

—Eres, de lejos, la cosa más gloriosa que alguna vez he visto, tocado, olido y saboreado. Ala. ¿Satisface esto tu interminable curiosidad?

Luna se echó a reír y puso la mano sobre la suya, enredando sus dedos.

—Bien.

—Bueno. Ahora a conducir. Me estás volviendo loco con toda esta charla, mujer. Estoy tratando de pensar.

—¿Pensar qué?

—Acerca de cómo debemos proceder en el futuro.

—Pues bien, pensaba que podría detener el coche en el arcén. Y podríamos tener un polvo rapidito —bromeó.

—¡Por Grimm, mujer, no estaba hablando de sexo! Hablaba de los daemons. Necesitamos tener un plan de acción en caso de que ataquen.

Luna sonrió abiertamente.

—Adelante sigue pensando. Y aquí estaré hasta que estés listo para uno rapidito.

Pulse gruñó y volvió su cabeza otra vez, pero no antes de que Luna viera la chispa del deseo encendida en sus ojos y la grieta de una sonrisa curvando sus labios.

Luna suspiró con satisfacción y se preparó para un largo viaje en coche.

Capítulo Nueve

—Impresionante. Los policías ya están aquí —notó excitada—. Finalmente, alguien de las fuerzas de la ley me ha escuchado.

Luna observó el coche de policía vacío, preguntándose si su vista disuadiría a los presuntos criminales. Esperaba que así fuese. Pero dudaba.

—No me gusta esta zona. Es un área muy desprotegida. Hay demasiados espacios abiertos. Somos objetivos fáciles —dijo Pulse, mirando a su alrededor precavidamente.

—Sólo ten paciencia conmigo unos minutos. Quiero garantizar que los policías se queden hasta que los bandidos aparecen —dijo. Luna echó un vistazo a su reloj, presionando un botón lateral para iluminar la esfera en la oscuridad—. Sólo siete minutos más ¿vale?

—Bastante puede ocurrir en siete minutos —señaló Pulse glacialmente.

Luna guardó silencio durante un rato, pensando.

—Se está gestando un accidente de avión en Filadelfia esta noche —dijo suavemente al final.

—¿Heridos? —preguntó, su voz igualmente suave.

Luna asintió.

—Sí. Ocho morirán, pero doce sobrevivirán sólo con algunas heridas leves.

—¿Cómo ocurre? ¿Puedes verlo? —preguntó finalmente.

Ella se aclaró la voz nerviosamente. Luna todavía no estaba acostumbrada a compartir sus predicciones a alguien.

—Uno de los motores comenzará a arder por un defecto eléctrico no controlado por los técnicos que comprobaron el avión antes del despegue. Descenderá bastante rápido, en una zona de bosques fuera de los límites de la ciudad. Gracias a Dios que es un avión pequeño o muchos más morían.

Pulse miró alrededor, sus resplandeciente mirada perforó a través de la oscuridad en busca de cualquier cosa fuera de lo normal.

—¿Cómo sabes estas cosas? ¿Tienes visiones? ¿El conocimiento llega a ti? ¿Cómo funciona tu don?

Luna dejó salir un silbante aliento.

—Bueno, es como un interruptor que se apaga en mi cerebro y repentinamente sé, sin lugar a dudas, lo que va a ocurrir. Realmente no tengo visiones de por sí, sin embargo veo algunas imágenes en mi mente cuando la información llega. Yo sólo... sé cosas. Es como si siempre lo hubiera sabido, pero justo entonces lo recuerdo. ¿Tiene algo de sentido?

—¿Y puedes predecir cosas que ocurrirán lejos?

—Sí. Algunas veces. —Luna pensó por un momento—. Pero la mayoría de las veces sé las cosas que ocurrirán cerca de mí. Es casi como un dispositivo de tortura, mis premoniciones golpean cerca de mi casa, dándome la oportunidad de tratar de cambiar el resultado. Siempre lo intento, pero fallo. Mis predicciones no son muy útiles —admitió agriamente.

Estaban estacionados en la calle del banco, podrían ver el coche patrulla aparcado delante del banco. Luna echó una mirada a su reloj, luego volvió a ver para el banco. Vio una figura oscura emerger de la entrada y dirigirse hacia el coche. Era un oficial de policía solitario. Se metió en el coche y lo arrancó, y Luna gritó en señal de protesta.

—¡No! —Luna gimió—. ¡Maldita sea, sólo necesitaba quedarse unos minutos más! ¿Por qué se va? ¡Les dije la hora exacta a la que ocurriría!

El coche patrulla se marchó de su plaza de estacionamiento y regresó a la calle, lejos de ellos. Luna lo observó marcharse con lágrimas de frustración en sus ojos, hasta que el vehículo desapareció en la oscuridad.

—No. ¡No! —golpeó enfadada el volante—. ¿Dios mío, por qué las personas son tan estúpidas? —gruñó, desabrochando el cinturón de seguridad y tratando de alcanzar el cierre de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Pulse, más que preocupado—. *No estás* a punto de dejar el coche.

—Tengo que entrar. Tal vez allí pueda hacer algo para ayudar. —Salió del coche y se detuvo al lado de la puerta. Pulse salió del coche y la miró ferozmente por encima de la camioneta.

—Tenemos que tener cuidado de no tocar nada. Mis huellas están archivadas y no quiero a la policía preguntándose que estaba haciendo en un atraco armado al banco —le advirtió Luna distraídamente, determina a no encontrar su mirada iracunda.

Se acercaron al banco cautelosamente, ambos mirando alrededor en busca de cualquier signo de amenaza, humana o de otra manera. Nada se movió por la noche salvo los grillos y las ranas, que hacían el suficiente alboroto, pensó Luna, para camuflar el sonido de una entrada forzada. Volvió a echar una mirada a su reloj nerviosamente.

—Quedan sólo un par de minutos —le dijo a Pulse rotundamente—. Apresurémonos.

Ambos avanzaron rápidamente los pasos que los separaban de la entrada del banco. Luna no perdió el tiempo, golpeando la puerta nada más llegar. Un largo y tenso momento pasó. Nada. Luego, justo cuando Luna comenzaba a ponerse frenética, un guarda de seguridad llegó a la ventana.

—Por favor, señor, tiene que escucharme. Va a haber un atraco dentro de poco, necesita salir de aquí —le gritó Luna a través del cristal.

Demasiado tarde. Un viejo Chevy Impala, con los neumáticos chirriando, apareció de la noche y se acercó velozmente a ellos. Luna se giró con una mueca de disgusto. Dos jóvenes

encapuchados salieron del coche y se acercaron. Sujetaban unas palancas en sus manos, y Luna supo que uno de ellos llevaba un arma en la parte de atrás de su cinturón.

—No esta noche, niños —les dijo en voz alta, sin miedo, preocupado únicamente por la seguridad de los guardas dentro del edificio—. No atracareis este banco esta noche.

—¿Quién diantres eres? —preguntó uno de los dos hombres con una mueca maligna.

Luna sintió, más que ver, como el otro hombre echaba mano a la pistola.

—Soy Luna —contestó simplemente, acercándose a ellos lentamente.

Pulse puso su mano sobre su hombro y tiró de ella hacia atrás.

—No te conozco —dijo el hombre con el arma—. No conozco a ninguno de vosotros. Salid de mi camino o saldréis lastimados —dijo mientras movía el arma hacia ellos amenazadoramente.

—Mira. Hay dos guardas adentro. No te dejarán entrar —le advirtió Luna desesperada.

El hombre con el arma, Larry, supo repentinamente, se rió.

—No necesitamos que nadie nos deje entrar, perra. —Él blandió su pistola con malicioso placer—. Tengo aquí todo el permiso que necesitamos para entrar.

—Larry —dijo probando un método diferente y valorando el susto en la cara del hombre cuando dijo su nombre—. No quieres matar a nadie esta noche. Y no quieres que *te maten*, tampoco. Déjalo. Esta noche no es tu noche ¿ok?

Larry disparó el arma. Luna nunca se sobresaltó. No tuvo oportunidad. En el milisegundo que tomó para que la bala la alcanzase, Pulse había metido una cuchilla delante de ella y la había desviado. Luna jadeó, viendo que la hoja de casi un metro había salido disparada de su muñeca, saliendo por de su mano, como una extensión del su hueso. Diminutas huellas de electricidad avanzaban lentamente hacia arriba de la hoja, produciendo extrañas chispas en la oscuridad que crepitaban audiblemente.

Larry, claramente aterrorizado, disparó el arma contra Pulse. Cada vez, Pulse hábilmente la bloqueó, surgieron chispas arcos de electricidad donde impactó la bala en el metal. Instantáneamente la hoja se replegó de vuelta al brazo de Pulse, y luego se acercó al bandido y le dio un puñetazo en un lateral de la cabeza, dejándolo inconsciente antes de que pudiese volver a disparar. Pulse miró al otro hombre.

—Largo —dijo rotundamente, su voz una orden fría y espantosa.

El hombre asintió y tropezó hacia atrás. Se metió en el coche, dejando atrás a su amigo, y acelerando lejos.

Pulse se volvió hacia Luna y ella estaba asombrada del resplandor acalorado en las profundidades de sus asombrosos ojos. Detrás de ellos, un de los guardas de seguridad salió a través de la puerta de cristal.

—¿Cómo diantres hizo eso? —preguntó con los ojos abierto en la mano de Pulse como si temiese que la hoja pudiera aparecer otra vez y le fuese a hacer daño.

Pulse se acercó a él y puso sus manos a los lados de la cara del hombre.

—Olvidará lo que ha visto aquí —dijo suavemente, tan suavemente que Luna casi ni le oyó.

La cara del hombre se quedó vacía y floja. Luna observó mientras daba media vuelta y regresaba al banco sin echar una mirada atrás.

—Impecable —se rió Luna, tan aliviada que no tenía palabras para expresar como se sentía.

Pulse le sonrió y fue la sonrisa más bella que alguna vez había visto.

—¿Qué era eso? —preguntó, indicando con su mano la mano de la que había salido la encendida y eléctrica espada.

—Es una Cuchilla. Todos los Shikars la tienen —explicó, como si fuese alguna clase de profesor enseñando a un alumno.

—Genial —se maravilló, su martilleante corazón comenzó a desacelerar ahora que el peligro había pasado—. ¿Es metal? Parecía metal.

—No realmente. Es un depósito mineral, una extensión de nuestros huesos que podemos usar como armas en momentos de crisis. Una cierta cantidad de nosotros, miembros de la Casta del Metal, podemos lanzarlos.

—Impresionante. ¡Quiero una!

—¿Estás bien? —preguntó abruptamente.

Ella parpadeó.

—Sí. Gracias a ti.

Su cara se puso seria.

—No vuelvas a ponerte delante de un tipo con un arma ¿ok?

—Ok —dijo dócilmente.

—Prométemelo —le ordenó.

—Ok.

—No quiero volver a verte ponerte en peligro.

—Ok.

Pulse gruñó.

—Y para de decir ok.

Luna asintió.

—Ok.

Pasaron por encima del todavía inconsciente Larry y volvieron al coche de Luna.

—Lo hiciste —dijo, mientras todo se clareaba en su mente—. *Cambiaste* las cosas.

—Lo hicimos. Conjuntamente. Por eso funcionó. Necesitamos ayudarnos mutuamente para poder cambiar el rumbo del destino —dijo Pulse sonando muy seguro.

Luna aplaudió con incontrolable excitación.

—No puedo creerlo. Es demasiado genial. Ahora —se relajó—. ¿Qué será lo próximo que hagamos?

—No sé —admitió Pulse—. Tú eres la única que dirige.

—Bueno, es bastante obvio que necesitaremos encontrar un lugar donde quedarnos hasta mañana o te tostarás. Aun faltan horas para que amanezca, así que tenemos tiempo para encontrar algún sitio a lo largo de la calle. —Subieron al coche y Luna arrancó el motor con una vuelta de la llave.

Pulse permanecía sentado y en silencio a su lado mientras se alejaban del banco. Estuvo pensando un rato largo antes de hablar suavemente.

—Creo que tengo una mejor idea.

—¿Cual?

Él conocía sus deberes, sabía demasiado bien que los daemons todavía era una amenaza, una que debía ser eliminada. Pero no podía dejar a esta mujer permanecer en peligro ni un segundo más. No era lo suficiente fuerte para eso.

—Puedes venir conmigo, a mi mundo. Allí estarás más segura —dijo, estudiando su cara en busca de una reacción.

Luna se rió. Le echó un vistazo y vio que no estaba bromeando. Contuvo la risa abruptamente.

—Estás diciéndolo en serio.

—Sí.

—Pero los otros Shikars... no sé, ¿no sería extraño que metieses un humano en tu mundo? —preguntó, estremeciéndose por la idea de ver un lugar nuevo, un mundo nuevo.

—No sería tan raro como puedas pensar —se rió ahogadamente.

Riéndose nerviosamente, Luna apretó sus manos sobre el volante.

—No sé —dijo vacilando—. Es realmente extraño. Y estoy segura de que te cansarás de mí enseguida.

—Sabes que no es así —contestó glacialmente—. No seas tonta. Es una buena solución para nuestro actual problema. Te puedo mantener lejos del alcance de los daemons. Y luego está el beneficio de poder usar tus predicciones para ayudarnos en nuestra guerra.

Varios kilómetros transcurrieron y Luna reflexionó profundamente en sus palabras antes de tomar una decisión.

—No puedo prometerte nada. Si voy contigo, pueden pasar semanas antes de que tenga otra premonición. Y aun así, no puedo decir que será útil para vosotros. No puedo decidir o escoger cuando ó qué predicción me llegará —le advirtió.

—Me doy cuenta de esto. Estoy dispuesto a esperar si es necesario. Estoy seguro de que serás un activo valioso para mi gente.

—¿Y qué hay de ti? —susurró—. ¿Seré un activo valioso para ti?

Ella temió su respuesta.

—Sabes que te deseo, amor. En mi casa podremos explorarnos mutuamente y aprender. No habrá nadie que interfiera —dijo bruscamente, alguna emoción todavía sin nombre enronquecía su voz.

—No estoy preocupada por eso. —Ella apretó sus dientes audiblemente—. Me preocupo por que una vez que te canses de mí, me quedará atascada allí. A solas. En un mundo extraño. No. Es demasiado. No puedo hacerlo.

Ella negó con la cabeza, tratando de librarse del maravilloso y tentador pensamiento de unirse a él en su mundo.

—No me cansaré de ti —gruñó ferozmente.

—No puedes saberlo —indicó con la fuerza de la práctica.

—Yo lo sé —chasqueó—. Es un hecho. Y tú nunca te cansarás de mí, me encargaré personalmente de ello. Es la solución perfecta.

—No, no lo es —dijo tercamente.

—Dame una razón de por qué no. No tienes casa. Ni familia ni amigos. Estás sola, apartada del resto de la humanidad. Te puedo dar una casa y un refugio seguro para tus preocupaciones y tus problemas. Nunca más tendrás que temer congelarte hasta morir —añadió suavemente.

Luna lo pensó en silencio.

—No sé. Estoy nerviosa. —Admitió libremente, sin vergüenza—. No sé qué esperar.

—Ni yo. Pero no tiene importancia. Siempre que estemos juntos, podremos afrontar cualquier reto. ¿No te dicen nada las noches pasadas? Hacemos un buen equipo, tú y yo. —Extendió la mano y tocó su mejilla suavemente.

—Pero tu misión —anotó—. Quisiste encontrar algo que redimiera al género humano a tus ojos. No lo hemos encontrado aún. Necesitamos más tiempo.

—Ya he cumplido mi misión —dijo suavemente—. He visto todo lo que necesito. Tú me has mostrado por tus acciones, que no todos los humanos son un caso perdido. Tú has redimido a la gente, Luna. Sólo tú. Regresaré a mi puesto de Anciano. Continuaré trabajando para salvar la raza humana de nuestros enemigos. El Concejo estará encantado y mantendré mi honor.

—No puedes decidir todo eso, no con solo unas noches —protestó, aunque sus palabras la llenaron de orgullo.

—Supe en el minuto que te vi meterte entre el tráfico para detener ese vehículo que mi misión estaba ya completada. Ignoraste el peligro, desinteresadamente y sin esperanza de recompensa aparte de salvar la vida de esa mujer y de su bebe. No la conocías. Nunca antes la habías visto. Aún así, peleaste por salvarla. ¿Cómo no podría ver la bondad en ti? Y si hay bondad en ti, estoy seguro que hay bondad en muchos otros, aunque algunas veces podría ser difícil de acordarse de ello.

—No sé —vaciló, todavía dudando.

—Ven conmigo. Quédate conmigo. Juntos somos un equipo formidable. Juntos podremos afrontar el futuro con excitación y aceptación.

Luna suspiró y detuvo el coche en el borde del carril de emergencia, ignorando los pitidos de los coches que les rebasaban. Ella apagó el motor y lo miró, su mirada enredándose en la suya.

—Hazme el amor—murmuró—. Aquí mismo, ahora mismo. No tengo ninguna duda cuándo estoy en tus brazos. Demuéstrame que me deseas. *Hazme* creer en eso.

Pulse no necesitó que se lo dijera dos veces.

Capítulo Diez

—Quítate la ropa. Te quiero desnuda entre mis brazos —ordenó Pulse con arrogancia, haciéndola ladear sus labios.

Luna osciló fuera de sus pantalones vaqueros. Con dificultad, ya qué tuvo que apartar con la mano sus zapatillas para lograr pasarlos por sus tobillos, pero pronto los apartó. Pasó su camiseta sobre su cabeza y la arrojó al asiento trasero. Lo único que quedaba era el sostén de encaje blanco, ropa interior y calcetines.

—Todo esto... —dijo secamente, observándola con ojos famélicos.

Luna se quitó la ropa interior con dedos temblorosos y se sentó, completamente desnuda, esperando a ver qué iba a hacer a continuación.

Trató de alcanzarla, arrastrándola fácilmente a través del asiento, hasta su regazo. Guió a sus piernas a ambos lados de los muslos para ponerla a horcajadas sobre él, y la presionó para demostrar lo mucho que deseaba. Su polla ya estaba dura y lista, y que se quedó sin aliento cuando él levantó sus caderas un poco y se frotó contra su coño través de la tela de los pantalones.

—¿Es para mí? —murmuró con una sonrisa.

—Sabes que sí —le respondió con voz ronca, presionando aún más fuerte contra ella, con voz entrecortada.

La atrajo hacia sí y capturó la boca con la suya. Sus ojos se cerraron, la percepción caliente, y sedosa de sus labios apretados contra ella, la hacía sentirse débil de la excitación. Ese zumbido extraño que era su poder fluyó a través de ella como un río, impactante para su piel dolorida de vida. Puso una mano en cada lado de la cara, suavemente, con ternura. Los pulgares presionados en las comisuras de sus labios, abriéndolos para invadirla con la lengua.

El sabor entró a raudales en su boca, llenando su cabeza con su sabor. Estaba mareada, borracha con su perfume exótico, y se agarró fuertemente a él como una tormenta a la que se dio inicio para la vida en su interior. Sus dedos se clavaron en la carne de sus hombros y se estremeció contra él con creciente excitación.

Succionó suavemente la lengua, invitándola a explorar dentro de su boca. Ella pasó la lengua a lo largo de la cresta de los dientes, y luego profundizado más, codiciosamente queriendo más. Su aliento se entremezcló. Cada vez que se quedaba sin aliento, respiraba en ella, llenándola de un zumbido delicioso de poder. Cada vez que hacía un ruido lo tragaba y exigieron más.

Luna sacó su lengua y lamió completamente el labio inferior con delicadeza. Sus brazos estaban alrededor de la cintura, con las manos frotando suavemente la espalda, los dedos enredados en los extremos de su largo pelo mientras jugaba con las hebras. Pasó las manos sobre la cresta de su musculoso pecho, deleitándose en la sensación de su fuerza a través de su ropa, lo besó por todo lo que valía la pena.

Su fresco y sedoso cabello cosquilleó su cara. Su olor, como el perfume de su piel, tenía una combinación de matices dulces y amaderado. Se mareó. Metió las manos en su pelo y lo empujó por detrás de las orejas. Se dio cuenta de que tenía las orejas ligeramente puntiagudas y por alguna razón que hizo reír.

—¿Qué pasa? —gruñó contra su boca.

—Tus orejas son puntiagudas. —Riendo nerviosamente otra vez.

Pulse pasó una mano por su pelo, escondiendo sus orejas con las oscuras hebras antes de acercarla otra vez contra él. La besó en el costado de su cuello, pellizcándola con sus dientes hasta que jadeó de un leve dolor antes de bañarla con la lengua caliente y húmeda.

Su cabeza cayó hacia atrás mientras le llovían besos en su garganta, cuello y hombros. Sus manos llegaron a su alrededor y escondiendo en la palma de la mano sus pechos, apretándolos sensualmente. Sus pulgares dándoles golpecitos a sus pezones, poniéndolos duros como el diamante, haciéndola contorsionarse en su contra.

Los pelos en su cuerpo se erizaron y el aire dentro del coche estaba lleno con una carga eléctrica. El olor de ozono llenó su cabeza hasta su perfume se mezcló maravillosamente con el propio aroma natural de Pulse. Cada vez que la tocaba con las puntas de los dedos, una chispa diminuta de electricidad iluminaba la oscuridad y la hizo jadear.

Luna besó su pelo, su sien, su mejilla, cualquier cosa que sus labios podían alcanzar. Supo salado y dulce al mismo tiempo, su carne deliciosa y atractiva. Tenía la boca hinchada y dolorida con sus besos, pero aún quería más. Levantó su cabeza e inclinó los labios en los suyos, explorando con su lengua profundamente.

Pulse pasó sus dedos sobre sus hombros y abajo por sus brazos, llevando sus muñecas en sus manos. Sacó las manos lentamente, hasta que descansó suavemente sobre sus muslos. Con un gruñido, se agarró con más fuerza a él, aplastándole su pecho contra su pecho cubierto de tela, succionándolos ávidamente con su lengua.

Impaciente, Luna tiró de su túnica, levantándola hasta exponer los músculos tensos de su estómago, para que sus manos pudieran recorrer con ansia sobre su piel desnuda. Contuvo la respiración y su toque de luz mientras ella trazaba perezosos círculos sobre los abdominales que lucía. Pasó las manos bajo la túnica, disfrutando de la sensación de tenerlo, delicadamente probando la solidez de sus grandes pectorales lisos.

El sonido de su respiración jadeante se hizo eco en el coche, excitándolos, incrementando aún más su deseo cada vez mayor. La mano izquierda de Pulse se retiró y se quitó la túnica. Haciendo brevemente el mismo trabajo con el resto de la ropa, la arrojó negligentemente hacia atrás. Luego, volvió de nuevo a tocar sus pechos desnudos, retorciéndose con un gemido de dolor y sus labios gimiendo en los suyos.

Su piel era de bronce dorado, oscuro en la noche. Corrió sus dedos por toda la que exquisita carne, desnuda, temblando de deseo. El resplandor brillante de sus ojos perforó la oscuridad, quemándola hasta el corazón, mirándola dentro de su alma. Exigiendo el peso de su erección, quemándola a través de su ropa, haciéndola sentir tan mojada que tenía miedo de emparar los pantalones.

Pulse la levantó con facilidad, colocando sus hombros y su espalda contra el salpicadero cuidadosamente, abriéndola completamente. Pasó sus manos sobre sus senos, pellizcando y tirando de sus pezones hasta que estuvieron tan duros que dolían. Pero el dolor era delicioso, mezclándose sin problemas con su pasión. Su mano izquierda jugaba con sus pechos, el aire frío provocaba un hormigueo. Las puntas de sus dedos se arrastraron sobre su estómago y hacia abajo, más lejos, hasta se arqueó caprichosamente con su toque.

Con una mano sujetó su muslo, conservando su silencio. Con la otra, deslizó sus dedos en el canal húmedo de su coño. Luna gritó y se resistió contra su contacto, viendo las estrellas en la oscuridad. La sacudida de sus dedos hizo su agujón de la carne y quemándola y ansiando más. Su poder la llenó, haciéndola sentir placer con su zumbido por todo el cuerpo, haciéndola sentir carne de gallina.

Le frotó el muslo con suavidad, apretándolo con delicadeza mientras trabajaba su coño. Sus dedos se introdujeron en la humedad y ambos jadearon con la intensidad, en respuesta. Encontró su clitoris con facilidad y se frotó los pequeños círculos a su alrededor con el pulgar y el dedo índice, apretándolo hasta que se hinchó, robándola el aliento. Era casi demasiado para soportarlo.

Luna luchó contra la aproximación del clímax. Pero Pulse no quería saber nada de su obstinación. Le acarició el coño mojado, exigiéndole, por la fuerza llevándola hasta el cielo.

Se corrió con un pequeño grito. Su cabeza cayó hacia atrás, golpeando el parabrisas con dolor, pero no le importó. Todo lo que podía sentir era placer, puro e intenso, diferente a lo que alguna vez había sentido antes. El clímax hizo daño en su cuero cabelludo y un hormigueo en sus dedos. Todo su cuerpo se sentía hinchado y lleno. Vibrando de emoción haciéndola temblar incontrolablemente, sin sentido en su éxtasis.

Sus dedos se habían relajado mientras se relajaba, mientras flotaba hacia la tierra comenzó a acariciarla una vez más. Metiéndole su dedo medio, llenándola de modo que ella quedó sin aliento. Su dedo pulgar presionó el clitoris y le metió el dedo una y otra vez. Pronto se convirtieron en dos dedos, estaba estirada, y llena.

La mano del muslo se trasladó a su culo. Empujándola con fuerza, arrancándole un suspiro de sus labios. La mano en el culo cambió y permitió que sus dedos trazaran la abertura de su sexo, antes de introducirse profundamente en su trasero. Pulse dejó entrar en su dedo hasta la primera falange, mezclándose con lágrimas de placer y de dolor pérdida en las esquinas de sus ojos.

Luna gemía incontrolablemente. Dejó caer su cabeza y se tensó contra él, con su cuerpo hambriento por otra liberación. Su mente estaba desprovista de todo pensamiento, sólo la pura necesidad llenaba su cabeza y sus sentidos. Pulse pareció entender el deseo de su cuerpo y su pulgar presionó su clitoris, frotándolo, apretándolo, hasta que la empujó al borde otra vez.

—*Oh dios* —exclamó cuando entró por segunda vez—. ¡Oh, Pulse, eso siente taaan bien!

Sintió pequeños temblores cuando su coño apretó y liberó los dedos. Su culo temblaba, poniendo toda la atención en el dedo, llenándola con un placer decadente. Su cuerpo se abría para una mayor penetración, más profunda. Una vez recuperado el aliento, pequeñas réplicas todavía recorrían a través de ella, las manos temblorosas de Luna fueron a los cierres de los pantalones. Buscó el lazo, enredándose de tal manera que se quejó frustrada.

Pulse retiró ligeramente el dedo de su culo. Apartó las manos a un lado y se desató los cordones de sus pantalones a sí mismo, liberando a la gruesa longitud de su polla. Luna la miró con los ojos muy abiertos. Era tan grande, nunca lograría sobreponerse simplemente por lo enorme que era. Se la comió con los ojos.

Asiéndola por la cadera con su mano, la guió por encima de su polla, ligeramente púrpura, coronada de color ciruela por la humedad. Con su mano libre le acarició el clítoris dolorosamente duro, aliviando su sentido más profundo y más profundamente en la bienvenida de su cuerpo. Luna se inclinó hacia atrás, arqueándose para recibirlo.

La llenó centímetro a centímetro. Tres... seis... doce... veintitrés centímetros, los sintió todo el camino hasta el fondo de su ronca garganta. Finalmente estaba sentada por completo, separándola sin obstrucción a la vista. Pulse la levantó, haciéndola rebotar a fin de poder comenzar a empujar y salir de su palpitante coño. Luna gimió jadeantemente, su cuerpo tomándole, tragándole repetidas veces.

La sensación de él cayendo en ella era como la seda húmeda en el fuego. Parecía como si se hubiera alojado un puño dentro, llenándola tan completamente que no sabía donde ella acababa y empezaba él.

Pulse estaba perdiendo su férreo agarre sobre su control. La sensación que le rodeaba, tan mojada y apretada, le robó sus pensamientos. Era como el fuego en sus brazos, imprevisible y siempre cambiante. La inclinó hasta que sus pechos señalaron al cielo. Agachó la cabeza y se metió uno de sus gruesos pezones rosados, en la boca, golpeándose en el corazón de ella...

El coche se mecía con sus movimientos, pero a Pulse no le importó. Era esclavo de sus deseos, para sus deseos. Un rayo iluminó el cielo, golpeando sólo a un metro fuera del coche con un ensordecedor choque.

Empezó violentamente.

—¿Qué fue eso!?

—Está bien —dijo jadeante alrededor de su boca llena con el pezón—. Perdí un poco el control.

Luna retrocedió una vez más, moviendo las caderas sobre él como en un sueño, dejando caer un grito entrecortado de sus labios. Golpeó más duro en ella, sintiendo la urgencia de alcanzarla sin poderlo controlar. La humedad, los sonidos de succión de su cuerpo hecho a medida, que avanzaba en su interior de manera salvaje, empujándolo hasta el borde.

Quería que ella se le uniera. Pulse buscó su clítoris, era tan sensible, y apenas lo frotó Luna gritó y su cuerpo se agarró fuertemente sobre él. Pulse gimió, sintiendo los pequeños temblores de su cuerpo ordeñando a su polla.

Quería hacerlo durar, quiso traerla algunas veces más. Pero su necesidad le condujo duro y no le quedó más remedio que unírsele en la cima de su pasión. A última hora se acordó de retirarse, y levantó a Luna rápidamente antes de hacerlo. Su esperma, blanco y perlado en la oscuridad, brotó de la corona gruesa de su sexo. Su semilla derramada en su ropa, mojando el material, pero no alcanzó Luna. Tuvo cuidado de no permitirlo.

Con un gemido, se apoyó contra el asiento pesadamente. Se sentía completamente vacío y sin embargo extrañamente poderoso, al mismo tiempo. Respirando con dificultad, vio como se bajó, incapaz de mantener las manos alejadas de su delicioso pequeño cuerpo. Quiso reclamar para sí cada centímetro suyo.

Luna estaba segura que iba a desmayarse. Sentía su cuerpo como el sol, lleno de todo el calor y la energía que tenía para dar. Todo su ser dolía decadente. Cuando tuvo suficiente aliento con el que hablar, cayó sobre él, agarrándole fuertemente.

—Oh, Dios mío. Muy bien. Muy bien. Me convenciste —dijo débilmente.

—Sabía que entrarías en razón —se rió ahogadamente.

—Pero tienes que prometerme si quiero regresar aquí, me traerás. No quiero sentirme atrapada —le advirtió.

—Lo prometo. Nunca tienes que sentirte atrapada, no conmigo.

Luna se arrastró de rodillas y se desplomó en su propio asiento. Se dio la vuelta y se paró en la parte de atrás de su coche, un momento antes de tirar de una gran bolsa de peluche en su regazo.

—Simplemente algunas cosas esenciales —dijo—. Algo de ropa, jabón y esas cosas. —Le dio el bolso, haciendo una seña para que lo pusiera en el suelo a sus pies.

—No lo necesitarás. Puedo vestirme y te aseguro que tengo un montón de jabón. —Sonrió abiertamente, guardando el bolso bajo sus pies.

—Sí, bueno, todavía quiero el mío. No quiero dejarlo atrás todo, ya sabes. —Luna se volvió hacia el asiento trasero otra vez y agarró unas bragas, pantalones vaqueros y una camisa playera suave y gastada. También cogió un rollo de toallas de papel y se las dio a Pulse, que usó unas hojas para secar el semen, todavía mojado y reluciente en sus ropas.

Pulse acabó y la observó cómo se vestía torpemente.

—Quiero llevar el coche hasta un estacionamiento público y dejarlo allí. Puede quedarse un par de semanas antes de que alguien se ocurra remolcarlo hasta el desguace. Eso nos dará tiempo de sobras para volver de nuevo y recoger todo de mi coche, si decido permanecer en tu mundo —le dijo abrochándose el cinturón de seguridad.

Luna hizo girar el contacto del coche arrancándolo y dio marcha atrás entrando en la interestatal. Estuvieron un largo tiempo antes que ninguno de ellos rompiera el silencio.

Cuando Luna por fin entró en el estacionamiento, Pulse miró alrededor con recelo. Sentía la presencia apenas perceptible de los daemons, pero eso no significaba necesariamente que estaban lo suficientemente cerca como para atacar, todavía. Sabía que darían vueltas hacia adentro, como una manada de tiburones, antes de que decidieran atacar. Eso les daría algún tiempo.

Luna salió del coche y comprobar todas las ventanas para asegurarse de que nada de valor se asomaba para tentar a los ladrones. Pulse agarró su bolso de lona y salió fuera. La alcanzó y Luna cerró las puertas fuertemente.

Un rugido salvaje rasgó el silencio de la noche.

Luna saltó.

—¡Whoa! Esos molestos sonidos son daemons.

Pulse miró a la oscuridad, más allá de las luces del estacionamiento. Suspiró.

—No podemos permitirnos permanecer aquí. Es mi deber de asegurarme de que sean destruidos.

Luna inclinó la cabeza.

—Entiendo. Esperaré aquí mientras derrotas completamente a esos bastardos.

Pulse cambió de dirección echó a correr en la dirección sentía más seguro que los demonios esperaban. Luna observó como desaparecía en la oscuridad antes de caminar hacia el lado del pasajero para comprobar el coche por última vez. Satisfecha, cambió de dirección y apoyó la espalda contra el coche y hundiéndose lentamente hasta el suelo, cansada hasta la médula. Suspiró, deleitándose con el tirón apremiante de los músculos que había abusado.

Aún le podía sentir dentro de ella. Llenándola. Acostándola en posición horizontal. Haciéndola venir. Se estremeció con delicadeza, aunque el aire estaba lejos de ser frío.

Varios minutos pasaron en silencio. Justo cuando ella comenzó a preocuparse de que Pulse hubiese perdido, Luna vio el rayo de un relámpago arqueándose en el cielo por su visión periférica, y oyó un estruendo ensordecedor de detrás del coche.

Miró a hurtadillas sobre el capó, en la dirección que Pulse había tomado.

Unos ojos naranjados, y llenos en pus clavaron los ojos en ella, pero a unos metros de ella. Luna gritó y tropezó hacia atrás, aterrizando duramente sobre su culo. El olor de la criatura la alcanzó después. Olía a carne podrida, aguas residuales y azufre, haciéndola respirar fuertemente y con dificultad.

La criatura saltó sobre el capó del coche, muy alto en el aire varios metros, y aterrizó en la tierra justo delante de ella. Rodó al llegar hasta ella con sus escarpadas garras, se levantó y empezó a correr. La criatura saltó en el aire una vez más, golpeando a la tierra directamente en su camino, sacudiendo la tierra y rompiendo el pavimento en polvo. Luna inmediatamente se giró y cambió de dirección.

El daemon se rió, sonaba como unas mil uñas raspando a través de una pizarra, y Luna supo que sólo jugueteaba con ella. Retrocedió hasta su coche y sacó sus llaves, oyendo arrastrar el rabo de la bestia, sintiendo que los segundos corrían a la velocidad de un ciclón. Sus manos temblaban tanto que le llevó un par de intentos desbloquear la puerta de atrás.

Inmediatamente divisó el mango del hacha y la alcanzó.

El daemon la agarró del brazo y lo torció, tirando limpiamente al hombro de su órbita y cayó duramente a la tierra, quebrada. Cuando pudo volver a respirar más allá del dolor, se puso encima su brazo capturado y extendió su mano buena. Sus dedos apenas tocaron el final del hacha y contuvo un grito de frustración.

Se devolvió hacia el daemon y le pateó con ambos pies, golpeándole en la cara cuadrada que se encorvó sobre ella como al depredador que se le hace la boca agua. La bestia rugió, soltándola, levantándose sobre las dos patas de atrás. Luna no perdió el tiempo, cambiando de dirección otra vez y agarrando el hacha, gritando cuando aferró el mango con los dedos y poniéndose en pie, con su adrenalina auxiliándola a una velocidad casi sobrehumana.

Luna dejó caer el hacha violentamente con su brazo lesionado y fue recompensada con el grito torturado de la bestia mientras la hoja se hundía profundamente a un lado de su cabeza. Avanzó dando tumbos, sacándola de la cabeza acompañada de un borboteo de color negro. Inmediatamente giró de nuevo, poniendo todo de su peso corporal en el golpe, y hundió la hoja en el descomunal hombro de la criatura, cortando el brazo que colgaba sin vida sujetado únicamente por una cuerda de músculo y tejido fino.

—¡Luna! —oyó la llamada de Pulse.

El daemon se volvió cuando Pulse apareció entre las luces del parking. Luna dejó caer el hacha otra vez, incrustándolo en los músculos de la espalda de la bestia. El daemon dejó escapar un grito horrible y cayó sobre sus rodillas. Luna tuvo apoyarse en su espalda para sacar el hacha y chilló de nuevo, cuando lo hizo el sonido retumbó en sus oídos.

—¡Apártate! —Pulse levantó las manos y de sus dedos salió disparado un rayo azul directamente contra el pecho del demonio. El olor a quemado, a carne podrida era espeso. La bestia gritó y se sacudió con fuerza cuando el rayo de energía ardió a través de músculos y huesos, el corazón latiendo en su pecho.

El pecho de la bestia explotó hacia el exterior cuando el corazón comenzó a arder dentro de su carne. Luna corrió al lado de Pulse y observó como enviaba otro rayo directamente al monstruo. La criatura gritó y Luna tapó sus orejas para bloquear el horrible sonido. Se retorció y luego se quedó inmóvil en el suelo donde había caído, sin vida. Pulse envió una vez más un rayo sobre el daemon y su cadáver se incendió, reduciendo los restos a cenizas.

—¿Estás bien?

Asintió con la cabeza, haciendo una mueca.

—Sí. Pero creo que mi hombro está fuera de su sitio. —Movié su brazo herido y se estremeció otra vez.

Pulse inmediatamente colocó sus manos sobre su hombro afectado. El calor radió de sus palmas, directamente sobre el dolor de su lesión. Con un grito ahogado, sintió el hueso volver a caer en su lugar. Extrañamente, no dolió. Simplemente un poco incómodo, un poco extraño. El dolor disminuyó y el calor de Pulse la llenó, dejando atrás sólo un recuerdo del dolor.

—Gracias —graznó con voz ronca. Se dio la vuelta y se dirigió a su coche, mirando a su alrededor del vehículo hasta que encontró su bolsa de útiles, y luego volvió a su lado

—¿Esa era tu única lesión? —preguntó, observándola mover rígidamente, preocupado.

—Sí. —Suspiró y se apoyó contra él—. Estoy muy cansada. —Puso su brazo alrededor de ella, acercándola—. Salgamos de aquí.

Pulse apretó sus brazos alrededor de ella y el mundo inmediatamente desapareció.

Capítulo Once

Luna abrió sus ojos y se quedó sin aliento, fascinada.

Estaba en el centro de una gran y vasta habitación. Era tan grande que se sintió enana, diminuta. Las paredes y el suelo parecían como si hubiesen sido labrados en mármol gris con pequeñas chispas de cristal en medio. El techo estaba tan alto que la tenue luz de la habitación no lo tocaba, dibujando sombras.

Luna estaba abrumada por lo que la rodeaba. Las alfombras de ricos matices adornaban el suelo de piedra y colgaban en algunas de las paredes, ocultando un poco de la desnudez de la enorme habitación. Era caliente y agradable, acogedor. Un sofá grande, lujoso y de color carmín estaba en el centro de la habitación, así como también dos sillas, grandes como tronos, a juego con el sofá. Había candelabros en las paredes. No estaban prendidos con fuego, sino por una extraña pelota de caliente y brillante luz.

Allí olía a Pulse, notó con una sonrisa satisfecha mientras inhalaba el picante y sexy perfume profundamente en sus pulmones. Se soltó de los brazos de Pulse y caminó por la habitación, notando las intrincadas esculturas en los estantes de libros que revestía una de las paredes, estudiando los retratos pintados de hombres y mujeres que se parecían un poco a Pulse.

Mientras ella miraba alrededor, Pulse prendió un rugiente fuego en la chimenea, que era el doble de alta que Luna. Crujió felizmente, llenando la estancia con más luz, más calor. Luna pasó al lado de la chimenea y entró en la siguiente habitación, un dormitorio. El cuarto era casi tan grande como el salón, y el techo era igual de alto. En el centro de la habitación había una enorme cama con dosel, con elaboradas esculturas grabadas al aguafuerte en la oscura madera. Criaturas fantásticas y flores exóticas, pero esos sólo eran algunos de los muchos diseños.

Luna pasó a través de otra puerta en el dormitorio y encontró el cuarto de baño. Todo estaba hecho de piedra, la bañera en el suelo, la ducha, el inodoro extrañamente moldeado. Había un macizo espejo, revestido de oro en una pared y ella divisó su reflejo. Se vio minúscula en el gran cuarto, y extrañamente vulnerable. Luna apartó la mirada y continuó su exploración.

Del otro lado del salón había una puerta que daba entrada a una pequeña cocina. No había modernos aparatos, simplemente una extraña estufa de madera y una pequeña nevera portátil de madera llena de productos perecederos. No era un cuarto grande, pero igualmente el techo era tan alto ahí que no lo podía ver.

Cuando hubo terminado con su exploración, se reunió con Pulse en el salón.

—Ahora debo ir y informar al Consejo que hemos llegado —le dijo a Luna—. ¿Te gustaría venir conmigo?

Luna asintió con una sonrisa. Pulse se acercó y cogió su mano, y la condujo a la puerta. La abrió, y delicadamente la empujó hacia el pasillo, y ella se quedó boquiabierta.

Se podían meter varios RVs^{‡‡} atravesados en el pasillo, de tan grande que era. Cada pocos pasos, había un candelabro prendido en la pared, suministrando iluminación, caliente luz para poder ver. Había puertas aquí y allá a lo largo del pasillo, y Luna se preguntaba la clase de personas que podría encontrar detrás de ellas. Pulse era el único Shikar que había encontrado y estaba especialmente deseosa de ver como eran los demás.

Caminaron durante mucho tiempo. Ella comenzaba a encontrarse sin aliento, teniendo que caminar más rápido para mantenerse al paso con las largas zancadas de Pulse, cuándo alcanzaron un juego de puertas de piedra.

Pulse las empujó, abriéndolas, revelando el cuarto más grande que hubiera visto. Había una maciza mesa redonda en el centro del cuarto, con elaborados tronos situados alrededor de ella. Había también una chimenea en un extremo del enorme cuarto, y Pulse la encendió. Metió la mano en una caja enjovada en la repisa de la chimenea y agarró un puñado de algo que parecía arena.

—Esto es polvo fl'shan —explicó—. Tiene muchos usos, incluyendo comunicación —dijo girándose y lanzando el polvo dentro del fuego. Las llamas se avivaron altas y blancas, luego volvieron a la normalidad—. Convoco al Consejo, el cual hablará conmigo —dijo en el fuego, con la voz ronca y autoritaria.

—Toma asiento —le dijo a ella, indicando con la mano uno de los tronos—. Pronto estarán aquí.

Luna se sentó, pero comenzaba a tener dudas.

—Tal vez no debería estar aquí —dijo precavida, repentinamente nerviosa.

—Deberás —rebató—. Tendrás un papel que jugar aquí, uno de gran importancia. Nos ayudarás a guiarnos a la hora de tomar una decisión. Deberás conocer todo el mundo tan pronto como sea posible, si ellos deciden confiar en ti.

Luna unió sus manos sobre su regazo e intentó no moverse nerviosamente. Cuando comenzaba a pensar si nadie vendría, las contrapueras se abrieron repentinamente y entraron cuatro hombres.

Nunca en su vida había visto algo así. Los hombres estaban totalmente bien hechos, musculosos y altos. Ninguno medía menos de dos metros. Todos menos uno tenían hermosas melenas, más adecuadas para mujeres que para hombres. Todos parecían tener la misma edad que Pulse, ninguno aparentaba más de treinta o quizá cuarenta años.

Los hombres la miraron y luego se volvieron hacia Pulse.

—Explicaré todo una vez que los demás lleguen —les dijo firmemente.

Los hombres inclinaron la cabeza, confiando en Pulse sin reservas, y tomaron asientos alrededor de la mesa. Luna ignoró sus miradas fijas curiosas y jugueteó con los dedos ansiosamente. Pulse permanecía de pie y orgulloso, delante de la maciza chimenea, esperando.

^{‡‡} Autocaravanas muy lujosas y muy potentes

Siete hombres más entraron, cada uno era una bella obra de arte, hablando quedamente entre ellos. Se quedaron en silencio al ver a Luna y tomaron asiento sin otra palabra, observándola curiosamente. Otra vez, Luna ignoró sus miradas y en lugar de eso enfocó la atención en su regazo.

—Solo falta Tryton —dijo Pulse—. Gracias a todos por venir de forma tan inmediata. No había esperado que vinieran todos.

Los hombres asintieron en respuesta. Estaban todos tan serios, tan quietos, Luna se sentía dejada enana por su presencia.

Justo entonces, otro hombre entró dando poderosas zancadas. Tenía un brillante y largo pelo rubio y la piel oscura, más oscura que los demás en el cuarto. Sus ojos, como los de todos los presentes, eran dorados. Él la advirtió nada más entrar y sonrió, una sonrisa acogedora. Luna se sintió agradecida por ella.

Pulse se alejó de la chimenea mientras el recién llegado, Tryton, se sentaba a su lado. Todos los trece asientos estaban ocupados y Luna advirtió inquietud en los ojos de sus ocupantes.

—Llamo esta asamblea al orden —dijo Tryton en voz alta en un perfecto inglés—. Dinos por que nos has llamado, Generador —dijo hablándole a Pulse.

¿Generador? Bueno, ella suponía que Pulse era como un generador eléctrico de algún tipo. Era un título tan apropiado como cualquier.

—Como sabéis, viajé a la superficie, por Grimm, ¿fue hace sólo unos días? —parecía sorprendido por esa afirmación.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó Tryton, y su voz resonó en su mente como el repique de unas antiguas campanas.

Pulse carraspeó, reacomodando su acostumbrada máscara.

—Lo hice. Amigos, quiero presentaros a mi mujer, Luna.

La forma en que la llamó, *mi mujer*, hizo que un escalofrío recorriera su columna. Hubo algunos jadeos, pero nadie habló. Los ojos de todo el mundo se centraron en ella y Luna sintió como se coloreaban sus mejillas del sonrojo al obtener toda la atención.

—Ella sola me convenció de que la humanidad es digna de salvarse. —La mirada caliente de Pulse se posó en ella y Luna se sonrojó aún más.

—Estoy feliz de oír eso. —dijo Tryton —Aunque todos nosotros sabemos la inclinación de los humanos a la autodestrucción, también sabemos que tenemos una responsabilidad como seres superiores para proteger a los más débiles.

—Ahora lo veo —asintió Pulse—. Me alegro de eso.

—Y me alegro por ti. —Tryton le sonrió y guiñó el ojo. Luna se escandalizó por el gesto, extrañamente humano.

—Luna es una precognitiva —dijo Pulse suavemente—. Puede predecir el futuro mejor que cualquier adivino que alguna vez he encontrado. Sin embargo, sus visiones son sólo de sucesos negativos, no positivos. He pensado que quizás podría sernos de utilidad.

Tryton asintió atentamente.

—La precognición es un don bastante raro y aun más entre nuestra gente. Ella podría ser muy útil para nuestras Voyeurs. —Se giró hacia Luna—. Nuestros espías —le explicó pacientemente con una suave risa—. Así como un activo valioso para nuestro Consejo.

—No puedo escoger mis predicciones —advirtió Luna—. Y pueden pasar semanas antes de tener una. No puedo prometer nada.

Tryton sonrió.

—Tendremos que tener paciencia y ver qué ocurre.

—Destruí a dos daemons esta noche en la superficie. Nos cazaban ambos, dentro de los límites la ciudad de Nueva York —reveló Pulse sin previo aviso.

Tryton se recostó, su rostro volviéndose helado y serio.

—Se están volviendo más audaces —dijo con un gruñido.

—Opino lo mismo —coincidió Pulse—. Alguien los podría haber visto, o nuestra batalla. Creo que no hubo testigos, pero no hay manera de estar seguro.

—Deberemos mandar a los Voyeurs a los Territorios a investigar y comprobar que no hubo testigos —dijo uno de los hombres, un hombre alto, ágil, con cabello brillante rubio.

Los demás apoyaron la moción inmediatamente.

—Estoy de acuerdo —murmuró Tryton—. Si hubo testigos, debemos conocer quién son y donde viven. Tendremos que borrar algunas memorias, pero será necesario. Tengo curiosidad, sin embargo. ¿Por qué tomaron tal riesgo?

—Creo que es porque Luna los ha eludido tanto tiempo, y una vez que tuvieron la oportunidad para atacarla, les importó poco las consecuencias —explicó Pulse.

—Los daemons suelen temer los lugares públicos ante todo. Temen morir a manos de civiles asustados, y con razón. —Tryton negó con la cabeza—. Parece ser que una gran cantidad de cosas están cambiando en estos últimos años.

—¿Dónde siguen viniendo? Derrotamos a muchos en las Puertas, es increíble que sigan sobreviviendo. Aún todavía nos molestan repetidamente, robusteciéndose conforme pasan los días —dijo uno de los hombres.

Tryton frunció sus labios.

—Crean más y más de esas bestias ellos mismos. Ya no confían en el Señor de la Horda. Atacan a los niños, consumiendo todo el poder que les dan sus victimas. Se aferran a la supervivencia con una fuerza sorprendente. Creo que a la larga cometerán un serio error y alertarán a los ciudadanos de los Territorios de su presencia.

—Debemos llevar a los Voyeurs allí tan pronto como sea posible, para contener una amenaza tan seria —dijo un hombre con pelo largo, negro y espeso.

—Estoy de acuerdo. —Tryton suspiró y recurrió a Pulse—. Llama a los Voyeurs ahora, Generador.

Pulse agarró otro puñado del polvo del fl'shan y lo echó dentro del fuego.

—Venid, Voyeurs, os necesitamos aquí —dijo a la llama rugiente.

Tryton miró hacia Luna con sus sabios ojos dorados.

—Así es que tus visiones son acerca de cosas negativas. ¿Alguna vez has tratado de cambiar el curso de tus predicciones? —preguntó curiosamente.

Luna asintió.

—Cada vez que tengo una. Pero hasta la otra noche, cuando Pulse me ayudó, nunca había tenido éxito en cambiarla.

—El destino es difícil de cambiar —estuvo de acuerdo Tryton, y Luna podía ver en sus ojos que realmente entendía su problema—. Es necesaria una gran fuerza y voluntad para alterar el curso de los acontecimientos ya puesto en movimiento. Pensaría que es casi imposible cambiar el futuro, una vez que se ha escrito. Eres valiente al intentarlo.

Luna se encogió de hombros.

—No soy valiente. Sólo soy testaruda. —Ella le sonrió abiertamente, notando como su corazón se suavizaba hacia él aunque apenas se hubiesen conocido.

Tryton y una cierta cantidad de los demás se rieron.

Las contrapueras abrieron hacia adentro y trece mujeres y un hombre entraron en el cuarto. El hombre, notó Luna sorprendida, era un humano, o al menos, sus ojos eran distintos de cualquiera de los Shikars de su alrededor. Él tomó las manos de una de las mujeres, una hermosa y curvilínea mujer que miró a Luna con gran interés.

—Atended —les dijo Tryton.

Luna estaba asombrada de que tan hermosas eran cada mujer, cada una en su forma, únicas. Estaba sin palabras ante su belleza y gracia natural, las cuál exhibieron tan casualmente. Eran preciosas, curvilíneas y enteramente femeninas. Nunca había visto alguien como ellas.

Tryton dirigió la palabra al grupo.

—Ha habido un disturbio en los Territorios. Iréis a la ciudad de Nueva York y os asegurareis de que nadie ha visto o sido atacado por nuestros enemigos. Si hay testigos, alterad sus memorias. Si hay víctimas, registrad cada uno cuidadosamente y aseguraos que nada acerca de sus muertes conduzcan a los daemons ó a nosotros.

—Se hará, Mayor —dijo una de las mujeres suavemente. Como uno, el grupo cambió de dirección y velozmente salió de la habitación. Luna les observó irse curiosamente. La reunión había tomado todo un minuto.

Tryton se volvió al Concejo y a Luna.

—Cuando tengas una visión, avísanos, especialmente si concerniera a uno de nosotros o a los daemons. Decidiremos cómo actuar sobre tus predicciones como un grupo.

Uno de los miembros del Concejo asintió.

—Estoy más ansioso para oír lo que ella ve.

—No puedo prometer que obtendré algo útil para vosotros o para vuestra gente —volvió a insistir—. Pero os diré todo lo que sepa.

—Eso es todo lo que te preguntaremos —dijo solemnemente Tryton. Miró a Pulse, quien observaba cada movimiento de Luna con una hambrienta mirada que nadie podría malinterpretar—. ¿Aplazamos esta reunión? —preguntó Tryton con una astuta sonrisa.

Pulse asintió, negándose a apartar la mirada de la mujer que lo fascinaba.

—Luna se quedará conmigo, y alertaremos al Concejo tan pronto como ella tenga una predicción. Gracias a todos por venir.

Cada uno de los hombres le ofreció a Luna una pequeña reverencia antes de salir del cuarto.

Tryton se acercó a Pulse y puso la mano encima de su hombro.

—¿La cambiarás? —preguntó suavemente.

Luna oyó sus palabras y se preguntó que quería decir.

Pulse asintió.

—Con el tiempo —respondió, lanzando una mirada a Luna, congelando todo pensamiento en su mente mientras la lujuria comenzaba a alcanzarlo.

Tryton le echó un vistazo, sobresaltándola y sacándola de su estado de trance.

—Gracias por convencer a Pulse de que nuestra causa es justa y verdadera. —Él tomó su mano y la besó caballerosamente—. Tenemos una deuda contigo que nunca podremos compensar.

Luna se sonrojó. No pudo evitarlo. Tryton veía demasiado, sabía más de la cuenta. Se sintió desnuda bajo su penetrante mirada, su alma quedó expuesta, sus secretos descubiertos, sin lugar donde esconderse.

Tryton salió sin decir otra palabra, dejándolos solos en el persistente silencio del enorme cuarto. Una vez que las puertas se habían cerrado detrás de Tryton, Pulse inmediatamente se acercó a ella, con los ojos calientes y llenos de deseo, y se dobló para capturar su boca con

la de él. Luna no podría apartar la vista de su mirada, y su corazón latió alocadamente en su pecho mientras la excitación la inundaba.

Una liguera sacudida eléctrica la golpeó cuando sus labios la tocaron. Cada vello de su cuerpo se erizó y se le puso la piel de gallina. Tembló cuando la rodeó con sus brazos, agarrando fuertemente contra él. Sus pezones se endurecieron mientras él la presionaba contra su pecho, haciéndola contener el aliento.

Su lengua entró en su boca como un sueño. Era caliente, dulce y suave como seda mojada entre sus labios. Ella chupó su lengua, regocijándose con el gemido de placer que arrancó de su garganta, tragándose el sonido y devolviéndole uno suyo.

Pulse la apoyó contra la mesa, luego la levantó sobre ella con un brazo alrededor de su cintura. Luna jadeó mientras él se amamantaba de su lengua, sus dedos clavándose en sus caderas. Él lamió los labios eróticamente, antes de volver a hundir su lengua dentro de su boca para saborearla y provocarla.

Sus manos rasgaron su camisa, desgarrándola desde el cuello hasta la cintura. Desnudando sus pechos para su mirada y para su toque. Sujetó su pezón entre su pulgar y el dedo índice y lo apretó hasta que se alargó y se volvió grueso y duro, entonces movió sus dedos hacia al otro, jugando con su sensitiva piel hasta que ella jadeó.

Pulse apoyó sus manos en sus pechos, apretándolos, comprobando su peso. Luna se arqueó para él, su piel estaba tan sensible que el toque más ligero hacía que su cuerpo zumbase. Sus manos acariciaron su estómago y se pararon en el cierre de sus pantalones vaqueros.

Él desabrochó el botón lentamente, provocándola mientras abría el cierre. El sonido de la cremallera inflamó sus sentidos, produciendo eco en el silencio del cuarto, que sonó como un trueno.

Cuándo él abrió sus pantalones vaqueros, le quitó sus zapatos, deslizando sus dedos por la planta de sus pies. Luego la levantó con una mano y le quitó el pantalón vaquero con la otra, empujándolos fuera de sus pies y lanzándolos al suelo.

Pulse la tumbó sobre la mesa, dejando colgar sus piernas fuera de la mesa. Le quitó la ropa interior y se quedó absorto mirando su cuerpo que acababa de desnudar. Sus ojos la quemaban por donde deambulan sobre su desnudez, quedando fijos en sus desnudos y doloridos pechos, con sus sonrosados y endurecidos pezones apuntando hacia los cielos, su rosado y brillante coño totalmente expuesto a su mirada fija como una flor.

Él extendió un dedo y acarició la unión de sus labios. Luego extendió los labios de su coño con sus dedos y miró el tesoro que allí había. Él gruñó, un sonido hambriento y ronco, y se agachó, colocando las piernas de Luna sobre sus anchos hombros.

Luna sintió el aire fresco en su lugar más sensible y tembló deliciosamente. Pulse agachó la cabeza y la lamió, clavando su lengua dentro de ella, llenándola, haciéndola doler de necesidad. Ella no podía cerrar sus piernas si lo quisiera, que no quería, no con los anchos hombros de Pulse clavados como una cuña entre ellas. Ella no tenía secretos para él, nada con que esconderse. Ella estaba completamente desnuda ante él.

Él extendió sus grandes manos y las deslizó por sus pechos, estómago y moviéndolas más abajo. La acarició como lo haría a un gatito, repetidas veces, y ella se arqueó con su toque como si fuese uno. Pero su piel cantaba deseando su ardiente toque, y gimió mientras continuaba tentándola y atormentándola.

Ella quería su polla. Y la quería ahora mismo.

Introduciendo sus manos en su pelo, tiró de él despiadadamente, pero Pulse ignoró sus forcejeos y continuó controlando la situación. Él sopló delicadamente sobre su expuesta y mojada carne, y ella gritó. La tocó con un dedo, presionando sobre su dolorido clítoris, y lamiéndola profundamente, el deseo azotándola incontrolablemente bajo sus caricias.

Su lengua la llenó de fuego líquido. La empujó profundamente en ella, estirándola, saboreándola. Luna lloriqueó y corcoveó debajo de él.

—Por favor, Pulse. *Por favor* —imploró.

Él subió sobre su cuerpo, cubriéndola con el suyo. Sus ojos eran feroces como llamas mientras la miraba fijamente.

—Dime que quieres —le ordenó.

—Te quiero a ti —jadeó, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura, intentando atraer su erección a su cuerpo. Él detuvo sus caderas con sus manos, manteniéndola lejos de su objetivo. Ella gritó sin palabras, mostrando su frustración.

—Dime exactamente lo que quieres —le ordenó otra vez, pacientemente.

Luna tembló delicadamente.

—Quiero que me folles —dijo jadeando—. Quiero que folles mi coño hasta que grite.

Sus dedos empujaron en ella, haciéndola jadear.

—¿Quieres que folle este coño? —preguntó.

—Sí, *sí* —jadeó.

—Dime que tu coño es mío y sólo mío, y te podría complacer... si estoy listo —tentó, acariciando su polla con una de sus manos mientras ella lo veía.

Luna chilló disgustada al extremo de la locura.

—Mi coño es tuyo —gimió—. ¡Es tuyo, es tuyo, es tuyo!

—¿Follaré mi coño ahora? —preguntó diabólicamente.

—¡Sí! —gritó Luna.

De un latido al siguiente, habían dejado la mesa y yacían sobre la cama de Pulse. Él los había viajado mientras el eco de sus gritos permanecía en sus oídos.

Pulse se introdujo en ella tan fuertemente que arrancó un jadeo. La llenó hasta rebosar, estirándola alrededor de su dura y palpitante polla. Cuándo consiguió retener aliento para poder gritar, el sonido salió a borbotones a través de sus labios hinchados y ella tensó bajo su posesión, contorsionándose incontrolablemente. Comenzar a mover sus caderas hasta que él estuvo completamente dentro de ella.

Su gruesa punta presionó en un lugar mágico dentro de ella. Él empujó y se retiró, restregando su polla en ese lugar hasta que ella vio las estrellas tras sus ojos.

Se sentía como si un puño la amartillase, pero la sensación era tan deliciosa que provocaba lágrimas de las esquinas de sus ojos. Él la ensanchó hasta el límite, llenándola profundamente, consumiéndola en cuerpo y alma. Todo lo que podía hacer era agarrarse durante la tormenta, montándolo mientras él la montaba, comenzando a mover sus caderas para tomarlo más profundamente.

Los sonidos húmedos que sus cuerpos hacían conjuntamente intensificaban sus sentidos, una canción sensual con un ritmo tan viejo como el tiempo chamuscándose en su cerebro. Una solitaria gota de sudor corría por encima de su boca y la lamió con su lengua, causando que Pulse gruñese ávidamente, sus ojos quedando fijos en sus labios.

Él empujaba tan fuertemente en ella, que se movía físicamente de arriba abajo sobre el colchón, su pelo enredándose sobre su cara, su piel caliente de la fricción en su espalda y su pecho. Sus expertos dedos se movieron entre sus cuerpos, a acariciar su clítoris. Luna gritó y se contoneó incontrolablemente bajo él, queriendo más de las deliciosas sensaciones que sus dedos provocaban en ella.

En uno de sus empujes, él introdujo un dedo en ella, a lo largo de su polla. Esto estiró aún más su carne, que jadeó. Dobló el dedo, encontrando ese mágico punto dentro de ella, que estaba seguro que la desharía.

Y eso hizo.

Con un grito, Luna se agarró fuertemente a él y se corrió tan violentamente que su cuerpo se agitó con pequeños temblores. Su coño ordeñó su polla con pulsaciones diminutas y él gimió, saboreando la estrechez de su funda. Su pulgar acarició su clítoris mientras su dedo empujaba dentro de ella una y otra vez, y su clímax lo empujó a su propio orgasmo.

Pulse se corrió con un rugido, sacudiéndose sobre su cuerpo, derramándose sobre las sábanas. Cubrió su boca con la suya y la besó hasta que su cerebro fue un amasijo de emociones y pensamientos mezclados desordenadamente. Ella seguía agarrada a él, montando la tormenta, finalmente estremeciéndose una última vez antes de quedarse quieta.

Pulse se tumbó a su lado, manteniendo sus cuerpos pegados. Él la tumbó de lado, apartando su pelo de su cara y metiéndolo detrás de su oreja. Él besó su oreja y se tumbó detrás de ella^{ss}.

El sudor se enfrió sobre sus cuerpos y ambos cayeron en un profundo y bien merecido descanso.

^{ss} NdT. En posición cucharilla, es decir, su pecho contra su espalda

Capítulo Doce

Cuatro días más tarde.

Luna se despertó con la sensación de los labios de Pulse en su coño.

Durante cuatro días se habían quedado en la cama, levantándose sólo para bañarse y pedir comida para ser aportada por una de las mujeres de la cocina. El cuerpo de Luna estaba amoratado y lastimado de todo el amor, pero se deleitó cada tirón de cada músculo, de cada pequeño recordatorio de su posesión feroz. Llevaba su marca de amor en sus pechos, vientre, e incluso la carne tierna de sus muslos internos. La había marcado como suya.

Le había hecho reclamarlo igualmente. Su garganta y los hombros rojos con chupones, con la espalda rosa de los arañazos de las uñas cada vez que ella se corría. Era suyo, tan seguro como lo era de él.

Una cosa le molestaba, sin embargo. Pulse nunca se vaciaba a sí mismo dentro de su cuerpo. Ni le dejó chuparle cuando se corría en su boca. Se cuidaba de no dejar nada de su semen entrara en ella. Se preguntaba el por qué. Sabiendo que probablemente había una buena razón para refrenarse a sí mismo. Sólo deseó saber la razón, para poder entender mejor lo que pasaba en el interior de su mente.

Pulse la pinchó con su lengua, tan caliente, quemando su piel blanda. Gritó y se arqueó hacia arriba con su toque, deseándolo más profundo, reclamándolo. Una lluvia de besos cayó en su carne mojada hasta que quedó sin sentido con el hambre.

Acercó su cuerpo, besando cada centímetro de piel que pasaba, hasta que estuvo estirado encima de ella. Sus pechos se apretaron contra su pecho, haciendo doler sus pezones, robándole su aliento. Reclamó su boca, llenándola con su lengua, que en silencio saboreó.

Se apartó y agarró algo de la mesita de noche. Luna observó embelesada abrir un paquete de aluminio y empezó a rodar un condón por encima de su grosor, y longitud de color púrpura. Luego sus manos volvieron a ella y le abrió las piernas. Entró de un solo golpe feroz, sentándose hasta el fondo para que su saco golpeará contra su fondo. Luna gritó y se arqueó bajo él, moviendo sus caderas para aceptarle más profundo dentro de su dolor, empapando su coño mojado. Empezó un ritmo primitivo, de empuje y retirada, llevándola a seguirlo. Comenzaron a vivir juntos como un sueño, como el deseo líquido, sus miradas se encontraron y los corazones se entrelazaron.

Luna escuchó risas y golpes en la puerta una fracción de segundo antes de que dos miembros del Consejo entraran en la habitación. Ambos eran altos y bien hechos, hermosos a la vista. Hermosos, pero completamente masculinos. Uno de ellos tenía un largo pelo rubio brillante, mientras que el otro tenía un ondulado, pelo negro azabache, ambos eran notables por su colorido y sus ojos muy brillantes. Los hombres guardaron silencio al ver a Pulse y Luna enredados juntos en la cama.

—Sabre, Lance, ¿qué queréis los dos? —gruñó Pulse, ni una sola vez desaceleró su paso, metiendo en ella, indiferente de que tuvieran audiencia.

Luna sintió el calor en su rostro, un rubor brillante. Trató de apartar a la fuerza a Pulse, pero no la dejó tranquila. Trató de tirar de las cubiertas por encima de ellos, pero Pulse las empujó hacia abajo, arrastrando sus piernas alrededor de la cintura para que pudiera empujarla aún más fuerte, más profundamente en ella.

Los hombres los miraban, con deseo ardiente y brillante en sus miradas fijas.

—Hemos venido en referencia a la cosecha de cereales —dijo el hombre de pelo rubio.

—¿Qué pasa con eso, Sabre? —Pulse empujó adentro de ella hasta que irreflexiva para su audiencia, o casi. Se sintió tan bien que no le importó que los otros mirasen, y tan traído otro sonrojo para sus mejillas.

Ambos hombres tenían a la vista la carne mojada, y rosada de su coño mientras se tragaba la polla de Pulse, repetidas veces.

—Va bien. Vamos a tener un gran excedente de esta temporada —dijo entrecortadamente Sabre.

Pulse le dirigió una mirada malvada que fundió sus entrañas.

—Acérquense —dijo a los dos hombres.

Sabre y Lance inmediatamente se alcanzaron a la cama, uno a cada lado. Pulse metió y empujó con fuerza y gritó, golpeando la cabeza en la almohada, dolorosamente consciente de los dos hombres que se encontraban de pie, a un brazo de distancia, pero tan atrapados en la pasión que no le importaba.

—¿Podemos tocarla? —Lance susurró, absorto mirando hacia abajo su desnudo cuerpo resplandeciente.

Pulse tenía la mirada caliente sobre ella.

—¿Qué dices, amor? —preguntó.

Luna estaba más allá del habla. Nunca en su vida pensó que encontraría en esta posición, y ahora que lo estaba, decidió que sería divertido experimentar. Quizás. Si no moría de vergüenza primero.

No tuvo que decir nada. Los dos hombres vieron la aceptación, la emoción en su mirada y sabían lo que quería. Sabre avanzó lentamente hacia ella y se metió uno de los pezones de Luna en la boca, chupando de tal manera que vio estrellas. Lance pellizcó otro pezón con el pulgar y el dedo índice, rodando hasta que estuvo duro como un diamante y misteriosamente se puso oscuro pintado como una baya.

Luna gritaba sin control y se resistió bajo el Pulse. Sabre clavó delicadamente los dientes, agitando un suspiro de los labios secos. Lance se agachó y sorbió su otro pezón en la boca, lamiéndola hasta que dolió deliciosamente. Su cuerpo tembló como si fuese bombardeado por sensaciones exquisitas.

Mientras los dos hombres chupaban sus pezones, Pulse aceleró el ritmo y la fuerza de sus golpes. Luna estaba segura de que se magullaría, pero no le importaba. Acogió con agrado el dolor de su posesión, y deseó ardientemente aun más. Enredando sus dedos en el

pelo de Sabre y de Lance, los agarró firmemente para acercárselos, arqueándose en sus bocas mojadas, caliente con un gemido.

Los dedos de Pulse se movieron entre ellos, encontrando su clítoris. Frotó el botón pequeño de la carne, haciéndola más húmeda, haciéndola apretar la polla más adentro de su coño con diminutas y ondeantes vibraciones. Las puntas de los dedos la sorprendieron ligeramente, mientras apretaba pequeños círculos en su clítoris, usando su propia humedad para facilitar sus movimientos.

La visión periférica de Luna. Dos húmedas, bocas calientes chupaban sus pezones la hicieron marear con deseo. La percepción de la polla de Pulse empalándola repetidas veces, acostándola en posición horizontal hasta casi un punto de dolor, hizo temblar todo su cuerpo con delicado temblores. Eran demasiadas sensaciones al mismo tiempo, bombardeándola con mucho placer hasta que las lágrimas de nuevo surgieron en las esquinas de sus ojos.

Se corrió con un grito. El clímax fue tan repentino y tan intenso que se tensó bajo los tres hombres, gritando. Su coño palpitaba, ordeñando la polla de Pulse vibrando con convulsiones. Su cuerpo entero se sintió lleno, palpitando abotagado, devastado y enteramente amado.

Pulse apartó de un empujón a Lance y Sabre fuera de ella con movimientos no muy suave. Los dos hombres se retiraron, con el aliento chirriando en sus pulmones. Luna sentía el aumento de Pulse en ella por última vez y él se corrió con un rugido, disparando su semen en la punta del condón, quemando sus entrañas.

Pulse se derrumbó encima de ella. Lance y Sabre se levantaron y miraron a los dos amantes con miradas llenas de lujuria.

Repentinamente, los abiertos ojos de Luna brillaron. Extendió la mano y agarró la mano de Sabre con la suya.

—Tienes que venir con nosotros —dijo.

—¿Qué? —.Preguntó con el ceño fruncido desconcertado.

Luna tragó saliva.

—Habrá un ataque. En Tennessee. Esta noche. Una niña y sus padres estarán en peligro, los daemons se los comerán si tienen la oportunidad. Habrá muchos monstruos, nueve, creo... y tienes que venir con nosotros cuando Pulse y yo tratemos de luchar contra ellos.

Pulse se retiró, el impacto de su polla dejando su cuerpo la dejó sin aliento.

—Nosotros no vamos —le dijo quitándose el preservativo y colocándolo sobre la mesita de noche—. Voy a enviar a algunos de mis guerreros para ayudar a esa familia, pero nos quedaremos aquí. Dónde estarás a salvo.

Luna negó con la cabeza.

—No. Tenemos que ir. Y Sabre tiene que estar allí, también. No me pregunten por qué, lo sé, pero no podemos enviar a nadie en nuestro lugar. Nunca he tenido una premonición,

como esta, así es que no la entiendo. Pero sé que tenemos que ir nosotros mismos. Es importante.

Sabre asintió solemnemente.

—Siempre en tu lado, Generador —dijo oficialmente.

Pulse los miró y los dos hombres dieron la vuelta y salieron del cuarto. Ahora Pulse miró hacia atrás a Luna, y vio la preocupación y la frustración en los ojos.

—No te preocupes —dijo—. No hace demasiado frío en Tennessee esta época del año. No voy a morir. —Trató de sonreír, pero realmente no lo podía manejarlo. Dejó escapar un suspiro sincero y miró a Pulse. Todavía se veía tan preocupado. Le dolía el corazón saber que ella era la razón. Se echó a su lado, poniendo sus manos bajo la cabeza y la mirada fija sobrecalentada en Pulse.

—Te amo —dijo en voz baja, antes de que pudiera pensar para llamar a las palabras de nuevo.

Pulse abrió mucho los ojos.

—Dime eso otra vez —le ordenó.

Luna tuvo miedo, pero se tragó su miedo y decidió lanzarse.

—Te amo —dijo otra vez, más fuerte.

La agarró y comenzó a rodarla hasta que estuvo sentada encima de él. Trató de buscar sus pechos, agitando suavemente los pezones con los pulgares.

—Dímelo otra vez.

—¡Te amo! —Se rió, indefenso para contener la alegría que llenó su corazón.

—Nunca me cansaré de oír las palabras —dijo, cerrando los ojos para saborear el momento—. Me lo deberías decir a menudo.

—Lo haré. —Se estremeció bajo sus manos mientras seguía listo para jugar con sus pezones, haciéndoles hincharse y ansiar con la posesión erótica de su boca.

Pulse la soltó antes de sentarse y salir de la cama. Se dirigió al gran armario de madera tallada en una esquina de la habitación y empezó a rebuscar en él la ropa.

—Es casi de noche en Tennessee ahora. Si vamos a ir, debes darte prisa y vestirte —le advirtió a ella.

—¿Cómo sabes que es casi de noche? —preguntó.

—Lo puedo sentir —le dijo simplemente.

—Pero eso no me da tiempo para planificar —se lamentó, dándole puñetazos a las almohadas, frustrada.

La miró, con una mirada fija, fogosa bebiendo de la visión de su desnudez como un hombre muerto de sed.

—No necesitas planificar nada. Sabre y yo lucharemos con los Demonios, mientras tú proteges a la familia. Es realmente muy simple.

—No, no lo es —protestó—. ¡Nunca he tenido una premonición con tan poco tiempo! Usualmente tengo un montón del tiempo para prepararme, pasar sobre lo que debo hacer en mi mente. No me gusta esto.

—¿Sabes a qué hora será el ataque? —preguntó, desviando su atención un poco.

Luna pensó por un momento.

—Pienso alrededor de la medianoche. La hora de las brujas. Pienso que a los daemons eso les favorece por alguna razón.

—Es cierto, están en su apogeo en plena noche —estuvo de acuerdo—. Va a hacer nuestro trabajo más difícil, pero no será un obstáculo insuperable. Sabre y yo podemos manejar fácilmente los daemons. Mientras que tú... —la inmovilizó con su fija mirada—, ten cuidado de mantenerte fuera de peligro.

Luna se aclaró la garganta.

—No soy la única en peligro aquí, ¿recuerdas? No voy a morir.

—Pero podrías lastimarte —dijo glacialmente.

Luna tuvo que estar de acuerdo con eso, no tenía manera de saber si iba a ser lastimada o no, sólo que no sería una herida mortal.

—Muy bien. Yo me quedo fuera de su camino, mientras tú tienes cuidado de los demonios —admitió.

—Bueno —gruñó, poniéndose un amplio pantalón negro y una túnica negra a juego, ambos artículos de ropa hecha de un material blando y de aspecto extranjero.

Luna se levantó y fue a buscar su bolso de lona con sus pertenencias. Lo encontró en el cuarto de estar, tirado descuidadamente sobre uno de los sillones. Inmediatamente buscó y encontró algo de ropa para vestirse a toda prisa, pantalones vaqueros, una camisa playera y zapatillas de tenis. Recogió su pelo con una banda elástica, apretando la cola de caballo contra su cabeza y volvió a la habitación para unirse a Pulse.

—Tendré una breve reunión con Tryton, para comunicarle nuestro destino y propósito —dijo Pulse—. Querrá estar al tanto de la situación.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó.

Pulse asintió, acordonando las pesadas botas negras con hebillas de plata.

—Creo que Tryton querrá verte igualmente, y oír la predicción de tus labios.

—Cálmate.

—Vamos. No tenemos mucho tiempo para perder. —La tomó de la mano y la guió hacia fuera de la habitación, de la cual no había salido ni una vez en casi cinco días.

La primera puerta en la que hizo escala fue contestada por Sabre, quién, al parecer, había estado esperando por ellos. Salió de su apartamento, cerrando firmemente la puerta detrás de él. Los tres siguieron avanzando a las habitaciones personales de Tryton.

Cuando Pulse dio un golpe en la puerta oyeron la respuesta de Tryton para que entraran. Luna se quedó detrás de Pulse, con la mano sujeta a la de él. Miró a hurtadillas alrededor de él y vio que Tryton ya tenía compañía. Un hombre y una mujer la observaron curiosamente mientras entraron en la sala de estar, y Luna sintió sonrojarse sus mejillas bajo su estrecha relación.

Tryton se levantó de su asiento y los saludó.

—Luna, quiero que conozcas a mis dos guerreros más formidables, Cady y Obsidian.

Luna asintió con la cabeza a cada uno de ellos a su vez, pero no podía dejar de pensar.

—No sabía que existían mujeres guerreras —dijo.

Cady sonrió y a Luna le gustó ella inmediatamente. Había algo tan animoso y desenfadado en esa pequeña mujer que no podía dejar de responder a Cady con una sonrisa suya.

—Realmente, no hay muchas. Yo fui la primera —Cady le dijo con orgullo—. A Sid aquí, todavía le cuesta mucho trabajo aceptarlo, pero soy un guerrero y un guerrero que se quedará, no importa lo mucho que proteste.

—¿Sois tú y Obsidian...? —se detuvo, reflexionando cuidadosamente sobre sus palabras.

Cady afirmó con la cabeza como si ella supiera lo que le preguntaba Luna. Y le contestó.

—Obsidian y yo somos pareja. Aunque parece que lamento esa verdad diariamente. —Echó una mirada diabólica a su marido, quien sólo resopló con arrogancia.

—¿Qué os ha traído a mi despacho? —Tryton les preguntó curiosamente.

—Luna ha tenido una premonición —dijo Pulse.

Tryton la miró y Luna se sonrojó bajo su intensa mirada.

—Dime tu predicción —ordenó suavemente.

Luna respiró hondo.

—Esta noche habrá un gran ataque por los demonios. Habrá un montón de ellos. Van a matar a una pequeña familia rural en Tennessee y cogerán a la hija como rehén. No sé por qué —se disculpó—. Pero sé dónde viven en una granja pequeña de Greeneville, en el noreste de Tennessee.

—Bien —dijo Tryton—. Eso nos ahorrará mucho tiempo buscando. Pero ya qué Pulse y tú estáis aquí, asumo que iréis y supongo que Sabre, va también. ¿Por qué no enviar

soldados para hacer este trabajo? Esta tarea está muy por debajo de un miembro del Consejo, y mucho menos dos.

—Tienen que ir y asegurarse de que nadie se lastime —explicó Luna—. Y Sabre absolutamente tiene que estar allí, no me preguntes por qué.

Tryton asintió.

—¿Me puedes decir el resultado de este altercado? —preguntó.

Luna negó con la cabeza.

—Todo lo que sé es que si no vamos los padres morirán y tendrán a un rehén poderoso. La chica, es psico-telequinesica —dijo, el conocimiento llegó repentinamente—. Los daemons no la quieren muerta, la quieren viva.

La comprensión apareció en los ojos de Tryton.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo con un suspiro—. Y temo que si Pulse no viene no podré cambiar el resultado de mi premonición. Parece ser que es el único que me puede ayudar realmente a cambiar las cosas.

Tryton estudió a los tres un largo momento.

—Muy bien. Voy a confiar en que sabe lo que está haciendo. —Sonrió—. Sólo asegúrate de que regresáis sanos y salvos.

—Esperen —dijo—. Necesito algún tipo de arma. De ninguna manera voy allí con las manos vacías.

Cady movió sus pies velozmente, y sacó una Glock 9mm de una funda de la pierna. Se la entregó a Luna, quien miró hacia el arma con un nudo de miedo en la garganta.

—Nunca he disparado un arma antes —admitió, sopesando el peso del arma en su mano.

—Todo lo que tienes que hacer es apuntar desde lejos y apretar el gatillo. Ya he quitado el seguro. Simplemente tienes apuntar y disparar y estar tan lejos de los daemons como puedas.

—Gracias —murmuró Luna y se metió la pistola en la cintura de los vaqueros en la parte baja de la espalda, con el mismo cuidado como si hubiera manipulado una víbora.

Cady sólo sonrió con picardía una vez más antes de reunirse con su marido.

—Ya es de noche en Tennessee —dijo Tryton.

—Debemos salir de inmediato —Pulse les dijo.

Ambos, Sabre y Pulse, se inclinaron respetuosamente ante Tryton y los dos guerreros. Tirando fuertemente en su mano, Pulse dio la vuelta y abrió el camino fuera del despacho de Tryton. Una vez en el pasillo, se volvió hacia ella y le sonrió con ternura.

—Describe el destino en tu mente. Piensa fuertemente dónde debemos ir —la instruyó suavemente.

Luna asintió con la cabeza y fijo su pensamiento sobre la imagen de la granja grande de soja, con sus muchas hectáreas situada en medio de la nada. Se centró en la imagen de la familia, especialmente en la hija de dieciocho años de edad, y tomó un aliento profundo, tranquilizador.

—De acuerdo —dijo.

—Voy a viajar, pero nos llevará allí —dijo Pulse—. Simplemente mantén la imagen de nuestro destino fija en tu mente.

Unieron manos, Luna, Pulse y Sabre, y el mundo descendió bajo sus pies, robándole el aliento.

Capítulo Trece

Estaba negro como el azabache cuando llegaron a las afueras de la granja. Luna miró alrededor, podía ver medio kilómetros al menos en cada dirección y la mayor parte de esa tierra estaba cubierta de plantas de soja. En el centro de varios acres había una modesta casa, muchas de las ventanas se abrían desde el interior. No había nadie alrededor.

Luna se sintió expuesta. No quería estar en una zona tan abierta, donde no había árboles detrás de los cuales esconderse, siendo un blanco en movimiento para sus enemigos. Sólo la oscuridad los cubría, ocultándolos de cualquier ojo curioso.

Se acercaron a la casa caminando, haciendo apenas ruido mientras encontraban su camino a través del laberinto de plantas. Pulse los guiaba, seguido de cerca por Luna y Sabre.

Todo era silencio excepto la cacofonía de los chirridos de los grillos y las llamadas de las chicharras. Un pájaro graznó en la oscuridad y Pulse inmediatamente se agachó. Luna y Sabre rápidamente se unieron a él, acuclillados, mirando alrededor, buscando una posible amenaza. Varios minutos pasaron. El sonido no se repitió y todos se relajaron, continuando su camino.

Una niebla baja, fresca, se extendió sobre la tierra, oscureciendo su vista un poco. Le dio a la tierra una percepción extraña, siniestra, y a Luna no le gustó ni un ápice. El olor de la tierra era fuerte, como si recientemente hubiese sido labrado. Luna sintió un gran peso comprimiéndola y supo que debía intentar centrarse en esa aprensión, pues cualquier advertencia que pudiera dar a los dos hombres sería útil.

—Aparecerán aquí mismo —dijo congelándose en el lugar—. La mayor parte de ellos, de todos modos. Los demás... —pensó por un momento—, los demás se dispersarán y atacarán la casa en seguida mientras nosotros estamos ocupados con esos daemons.

—Están usando señuelos —gruñó Sabre—. Para mantenernos lejos de su blanco principal.

—Esperaré a los daemons aquí —Pulse le dijo a ella—. Sabre, concéntrate en mantener a los bastardos lejos de la casa. Luna, irás a por la familia y me alertarás si hay alguna amenaza de peligro inmediato. ¿Entendido?

Luna y Sabre asintieron solemnemente.

Se agacharon allí, cerca de la casa, y esperaron. Luna echó un ojo a su reloj y se quedó sin aliento. Faltaban sólo diez minutos para la medianoche. Tenían un precioso tiempo todavía.

—Diez minutos, chicos —avisó—. Voy a ir a la casa a buscar a la familia.

Pulse agarró su muñeca mientras ella se alzaba.

—Ten cuidado. Aquí estamos en peligro.

—Ok.

Él no la soltó.

—Eso no me gusta. Quizás deberías regresar a casa.

—No —dijo firmemente—. Quiero estar segura de que estarán bien. Tengo que verlo por mí misma.

Pulse suspiró profundamente y Sabre los observó curiosamente.

—Lo sé—dijo—. Pero sigue sin gustarme.

—Bueno, pues bien, así es la vida. —Se encogió de hombros con una despreocupación que no sentía—. Estaré bien. Sé cómo muero, y no es aquí. No esta noche. Todo estará bien.

Sabre la miró fijamente.

—¿Sabes como morirás?

Luna asintió.

—Voy a morirme de frío.

—¿Sabes cuándo? —preguntó, obviamente completamente sorprendido.

—No —contestó despreocupada, demasiado concentrada en lo que vendría para prestar atención a la conversación.

—¿No te enloquece este conocimiento? —Los ojos de Sabre estaban abiertos de la incredulidad.

—No —dijo pacientemente, mientras seguía observando los oscuros alrededores—. De hecho, pienso que es de gran ayuda el saber cómo moriré. No tengo que estar asustada en situaciones como esta, por ejemplo, sé que no me herirán mortalmente o algo parecido.

—También te vuelves descuidada —dijo Pulse quedamente, llamando completamente su atención al final—. No te pondrás en peligro esta noche simplemente porque sabes que no morirás. No puedes morir, pero *puedes quedar muy herida*. Debes permanecer lejos del peligro y debes dejarnos a Sabre y a mí cumplir con nuestro deber. No quiero tener que preocuparme por ti.

Luna le besó, sin preocuparse por que Sabre los observase cuidadosamente.

—Estaré bien —le dijo—. Ahora tengo que ir y buscar a la familia antes de que los monstruos vengan.

Ella caminó rumbo a la casa.

Pulse la observó andar con una punzada en su corazón. Luego prestó atención a la tarea que tenían entre manos. Luna estaba sola. Tendría que confiar en que supiese lo que estaba haciendo.

* * * *

Una pequeña y regordeta mujer con el pelo gris contestó a la puerta después del golpe de Luna. Ella sonrió, pero sus ojos parecían desconcertados, probablemente a causa de la hora tardía.

—¿Sí?

Luna inspiró profundamente.

—Mi nombre es Luna. He venido a decirle algo que les puede asustar.

Un hombre se unió a la mujer en la puerta. Él era mucho más alto que ella, bastante ancho y con canas.

—¿Qué pasa? —preguntó a manera de saludo.

—Esta mujer dice que tiene algo que decirnos —aclaró la mujer.

—¿Puedo entrar? —preguntó amablemente Luna.

La mujer la miró suspicazmente durante un momento, luego asintió condescendiente.

—Entre. Justamente ahora quitaba del fuego una tartera que preparé para la comida de mañana, ¿ha comido?

—Estoy bien, gracias. —Luna cruzó la puerta y miró el acogedor interior de la vieja casa. El hombre, quieto al lado de la mujer, la observaba estrechamente.

—¿Cuales son sus nombres? —preguntó Luna suavemente.

—Soy Lillith, y éste es mi marido Elijah. Mi hija, Apple, está en el salón viendo la tv. Aunque es tan tarde que debería estar en cama, mañana tiene un gran examen. Entre y tome asiento.

Luna los siguió hasta el salón. Vio a la niña sentada en el suelo, delante de una tv de pantalla grande. Su pelo era negro con mechones azules, tan corto que caía en punta alrededor de su cara. Llevaba un piercing, justo debajo de su labio inferior, la joya centelleando con la luz. Sus ojos eran los más oscuros y verdes que Luna había visto y esos ojos se clavaron en ella con una sabiduría mucho más allá de su edad. Apple la estudiaba, pero no parecía alarmada.

Ni ella parecía alguien que podría causar el fin de mundo. Pero Luna tenía mejor criterio.

La niña se giró de nuevo a la televisión, descartándola, y Luna se sintió aliviada de ya no estar bajo su penetrante mirada. Lillith le hizo un gesto para que se sentara en el sofá y se sentó, echando un ojo a su reloj de pulsera nerviosamente.

Luna se lanzó, sabiendo disponía de poco y valioso tiempo.

—Siento mucho molestarles tan tarde, pero he venido a advertirles de algo terrible que está a punto de suceder.

Elijah gimió y se sentó bruscamente en un sillón gastado. Luna le ignoró y continuó hablándole a Lillith.

—Habrá un ataque aquí, esta noche. Usted y su familia están en serio peligro. Tienen que armarse y prepararse para una pelea.

—Mire, señora, si ésta es alguna clase de broma... —comenzó Elijah.

Luna le interrumpió.

—No es ninguna broma, lo siento mucho. Y soy *muy* seria cuando digo que sus vidas están corriendo peligro. Especialmente la de su hija. No es ninguna broma o una estafa. Solo quiero ayudarles. Lo juro. —Volvió a mirar su reloj otra vez y palideció. El tiempo pasaba volando mucho más velozmente. De un momento a otro, el ataque comenzaba. Tenía que poner en movimiento a estas personas. Ahora.

Apple le volvió la espalda a la tv y miró a Luna curiosamente.

—¿Quién quiere lastimarnos?

—Esto va a sonar un poco loco, sé. Pero hay monstruos después de ti. Vendrán en cualquier instante y sólo quieren una cosa, destruir sus vidas —explicó Luna rápidamente.

Elijah se levantó de su silla coléricamente.

—Ya basta de disparates. Por favor salga *ahora*.

Apple se levantó del suelo y se acercó a una de las grandes ventanas. Miró con atención afuera, levantando su mano sobre sus ojos para bloquear la visión de la luz.

—No veo a nadie.

La puerta principal se abrió con un enorme ruido. Luna se irguió y miró alrededor.

—¿Dónde está la puerta trasera? —gritó.

Lillith fue la primera en sacudirse el asombro.

—Sígame —dijo abriendo los ojos ante el peligro que se acumulaba alrededor de ella.

Pero era muy tarde. Un daemon de dos metros se destelló en el cuarto con un gruñido cruel. Balanceó su macizo brazo, recubierto de pinchos y lanzó la mesita de café por el aire. Cayó al suelo con un estruendo, astillas de madera volaron en cada dirección concebible.

Luna sacó el arma de su espalda y disparó contra el monstruo a quemarropa en la cara. La sangre negra y carne voló de la parte de atrás de su cabeza mientras la bala estallaba al salir. El daemon gritó y el sonido llenó de terror sus corazones. Cargó contra Luna, haciendo que cayese al suelo.

Luna se sacudió, sacándose de encima a la bestia. Dirigió el arma hacia eso otra vez, esta vez apuntando al pecho, y disparó. La sangre y cachos de carne la rociaron, cubriéndola, calientes y pegajosos y rezumantes. Se apoyó en su rodilla y le golpeó con el puño en el dañado pecho del daemon.

Su puño se hundió profundamente en el tejido fino y los tendones. Abrió su mano y la movió de un lado para otro adentro, buscando el martilleante corazón. El daemon se echó hacia atrás, arrastrándola para que perdiese el equilibrio y cayese sobre él. Escarbando furiosamente ahora, Luna se agarró mientras el monstruo trataba de liberarse.

Palpó el resbaladizo corazón y hundió sus dedos en él, clavando profundamente sus uñas en el músculo. Con un tirón violento, arrancó el corazón. Seguía latiendo en su mano y se echó hacia atrás rápidamente, alzando el corazón en triunfo.

El daemon no estaba todavía muerto. No moría hasta que el corazón se destruyese. Se lanzó sobre Luna, lanzándola otra vez al suelo. El corazón voló de sus manos y rodó a través del suelo de madera, manchándolo del negro. Luna trató de agarrarlo, sólo para que resbalase como una anguila a través de sus dedos.

Apple, congelada del asombro hasta ahora, corrió hasta un vaso de cristal de una estantería en la habitación. Lo tiró al suelo rompiéndolo, cristal volando por todas partes. Sujetó un gran pedazo de cristal puntiagudo y corrió hasta el corazón. Apple clavó el cristal en el corazón, silenciándolo para siempre.

El daemon cayó sobre Luna, inmovilizándola dolorosamente contra el suelo con su gran peso. Apartó el cuerpo con una mano con dificultad y se acercó a Apple, quien jadeaba excesivamente, sus ojos delatando su miedo.

—Tenemos que quemarlo —dijo, indicando el corazón con la mano—. Destruýalo por completo o se levantará otra vez.

Apple agarró un mechero de encima de la televisión, cerca de una antigua lámpara de aceite y prendió fuego al corazón. Luna agarró a Lillith, quien permanecía congelada por el miedo y el asombro. Luna sacudió ligeramente a la mujer.

—Necesitan armarse.

Los sonidos de una pelea fuera de la casa se incrementaron. Luna oyó los gruñidos y los gritos de varios daemons y se estremeció.

—Apúrense —le dijo a Lillith. La mujer mayor se recobró de su asombro y salió corriendo de la habitación.

Elijah jadeó ruidosamente y con dificultad.

—¿Qué diablos es aquello? —preguntó con voz áspera.

—Es un daemon. Un monstruo. Comen a los humanos —explicó Luna rápidamente—. Habrá más de ellos si no nos movemos. ¡Ahora!

Apple apagó las llamas que habían convertido el corazón en cenizas. Quedó una gran Luna en la madera de suelo y el olor a carne quemada pesaba en el aire.

—Agarra tu rifle, papá —dijo la niña, y a pesar de la severidad obvia de la situación sonó calmada, segura—. Salgamos de aquí.

Lillith entró en el cuarto con el rifle ya en su mano.

—Esto es todo lo que pude encontrar—se disculpó.

Luna sonrió, o lo intentó.

—Está bien. Sólo necesitamos salir de estas partes, no queremos otro daemon aquí dentro cerca de nosotros.

Un relámpago iluminó el cielo, el pulso electromagnético sacudió ruidosamente las ventanas. Lillith saltó y Apple otra vez se movió a la ventana y miró fuera.

—¡Joder, hay dos hombres gigantesco peleando con un montón de esos asquerosos monstruos allí afuera! —exclamó la niña.

—Está bien —dijo Luna—. Esos hombres están aquí para protegernos.

—Genial. Ese tipo rubio es sexy —comentó Apple.

Apple se mantuvo asomada a la ventana hasta que su madre agarró su mano, separándola.

—Vamos —dijo y la guió a través de la puerta trasera de la cocina.

Luna corrió afuera hacia el porche trasero y miró alrededor cautelosamente en busca de cualquier signo de sus enemigos. Por la esquina de su ojo vio una oscura figura emerger donde habían estado hacía unos segundos.

El monstruo agarró a Apple. Luna se lanzó sobre eso y lo golpeó por atrás. Soltó a Apple, quien corrió detrás de su padre con un chillido desgarrado. Luna disparó el arma en la bestia una vez, dos veces, tres veces, destrozando su pecho con las balas. Mientras la bestia sufría un colapso sobre la tierra, se lanzó sobre ella y zambulló sus manos profundamente en la putrefacta carne y desesperadamente arrancó el corazón de la criatura, aplastándolo con cruel placer.

Una húmeda bruma comenzó, y la niebla creció hasta que estuvo todo alrededor de ellos. Luna condujo lejos a la familia de la casa, manteniendo una estricta vigilancia ante cualquier amenaza. Caminaron varios metros entre la soja cuando dos daemons más aparecieron, como por arte de magia, directamente en su camino. Luna inmediatamente les disparó y desaparecieron otra vez.

Reaparecieron detrás de ellos, agarrando otra vez a Apple. Apple luchó y gritó, golpeando la mano de la bestia que la sujetaba.

Un sonido, como un tren de carga desbocado, vibró a lo largo de la tierra. Apple gritó otra vez y se soltó del agarre del monstruo. Las dos bestias avanzaron hacia ellos. Luna estaba asustada de que su premonición, las inminentes muertes de los padres, estaba a punto de hacerse realidad.

Sin cualquier advertencia más allá de una rugiente y creciente cacofonía, una roca de varias toneladas de roca cayó de los cielos y aplastó a los daemons. Luego otra y otra cayeron del cielo, golpeando la tierra alrededor de ellos, haciendo que la tierra vibrase. Las rocas eran más como enormes peñascos y de dónde venían, Luna no podía decirlo. Continuaron cayendo, del cielo llovía piedras y agua a la vez.

El daemon restante gruñó y trató de escapar. Luna disparó pero corría, haciéndole difícil apuntarle. Luna comenzó a salir en su persecución, luego cambió de opinión. Necesitaba quedarse con esta familia, protegerlos, asegurarse de que no fuesen dañados.

Tres monstruos llegaron corriendo alrededor de la casa. Apple fue la primera en divisarlos, gritando una advertencia para todos los demás. Pulse salió de detrás de la casa, persiguiendo a los monstruos. Vio a Luna y a la familia entre los grandes peñascos que habían caído del cielo.

—Meteos debajo del porche —le ordenó—. ¡Ahora!

Luna cambió dirección y llevó de regreso a la familia bajo el techo del porche trasero de la casa. Encontraron refugio en el último momento. Pulse levantó su mano y llamó al relámpago... pero no se detuvo allí. Cargas eléctricas bailaron en las gotitas de agua que estaban cayendo mientras todavía llovía, iluminando la noche como un millón de luciérnagas. El agua golpeó a los daemons, electrocutándoles donde los tocaban, friéndolos crujientes.

—¿Estáis todos bien? —preguntado ansiosamente Pulse, acercándose a su lado mientras la lluvia se convertía otra vez en una inofensiva niebla, la noche volviéndose oscura a sus alrededor otra vez.

Luna sólo pudo asentir. No podía encontrar su voz. Nunca había sido tan feliz de ver alguien en su vida.

Sabre llegó por un lateral de la casa.

—Creo que ya están todos. —Sus ojos deambularon sobre las rocas y la familia, permaneciendo con una intensidad abrasadora en Apple, quien lo miró con mucho interés. Los dos se acercaron, Apple bajó del porche en mitad de la lluvia, despreocupada.

Cuándo estuvo sólo a pocos centímetros de Sabre, Apple se paró y le miró fijamente. Sabre parecía estar hipnotizado por la niña, alzó el brazo y lentamente acarició una suave línea en la mejilla de la chica con su dedo. Apple extendió el brazo y apoyó su mano en el corazón de Sabre y los dos permanecieron allí, juntos, olvidando el mundo exterior.

Pulse paseó alrededor de la casa un par de veces. Quemó el cuerpo muerto del daemon que Luna había derribado y cuándo quedó satisfecho de que no había más monstruos ahí fuera, se acercó a ella y observó la extraña actuación entre Sabre y Apple.

—Tenemos que borrar sus memorias de esta noche —dijo Pulse quedamente.

Pero no lo suficiente bajo como para evitar que Elijah no oyese esas palabras.

—¿De que está hablando? —preguntó agudamente.

Pulse suspiró.

—Sabre —gritó—. Es hora.

Sabre la mirada lejos de la mirada fija de Apple y encontró la de Pulse. Parecía renuente al principio, pero asintió con la cabeza. Dio un paso más y llevó sus manos a la cabeza de

Apple. Susurró algunas palabras en su oreja y la niña repentinamente se volvió desmayó, cayendo en los brazos de Sabre.

Pulse se giró y llevó sus manos a la cabeza de Lillith y Elijah trató de apartarlo a empujones de su esposa. Pulse no le dio ni un rápido vistazo.

—Olvidará que esto ha ocurrido —dijo en la oreja de Lillith.

La mujer se desmayó y Pulse amablemente la acostó en el suelo de madera del porche.

Elijah rugió.

—¿Qué ha hecho con mi esposa?

Pulse agarró la cabeza del hombre con sus manos y repitió su orden. El hombre lució perplejo por un momento, como si no pudiera creer qué ocurría, y cayó duramente al suelo, al lado de su inconsciente esposa.

Sabre levantó Apple en sus brazos, mirándola con ojos llenos de emoción. Luna vio el anhelo en las profundidades de sus ojos y apartó la mirada, sentía vergüenza de haber presenciado tal crudo deseo en los ojos de un guerrero tan feroz.

Pulse levantó fácilmente a Lillith y la llevó a la casa detrás de Sabre. Los dos hombres apoyaron sus cargas en el sofá, una al lado de la otra, y Pulse salió otra vez para trasladar a Elijah. Llevó al pesado hombre con un mínimo esfuerzo, sentándolo en el gastado sillón que había usado más temprano.

—Debemos poner los guardias aquí, para impedir otro ataque —dijo Pulse.

Sabre asintió.

—Me encargaré de ello personalmente.

Luna temió que lo haría, asustado porque la chica estaba tan joven, tan poderosa. Pero sabiamente controló su lengua. Sabía que no era bueno interponerse entre un Shikar y algo que desease. Y saltaba a la vista que Sabre deseaba a Apple.

—Y debe venir una cuadrilla de limpieza para encargarse de borrar todas las huellas rezagadas, pronto, antes de que se levante cualquier alerta—continuó Sabre.

Pulse miró el cuerpo desmayado de Apple.

—Convocó piedras del cielo.

Luna asintió.

—Llegaron de la nada. Nunca he visto algo igual.

—Ella es indudablemente muy poderosa —se quejó—. Fuiste muy sabia al conducirnos aquí, amor.

Luna se enrojeció bajo su cumplido.

—Gracias por ayudarme —dijo—. Lograste cambiar las cosas otra vez.

—Lo hicimos juntos. —Pulse la sujetó, rodeándola con sus brazos—. Debemos irnos ahora, Sabre.

El Shikar asintió y a regañadientes apartó la vista de Apple. Se acercó a Luna y a Pulse, extendiendo la mano para agarrar sus manos.

—Vámonos entonces —dijo apenas.

Luna estaba preparada esta vez cuando el mundo se hundió. Pero no obstante, todavía le hizo sentir algo de vértigo.

Capítulo Catorce

Pulse reunió al Concilio para discutir los acontecimientos de la noche. Luna decidió quedarse en su cuarto, para relajarse en silencio después de la prueba extremadamente dura que había pasado. Además, supuso que al Concilio no le gustaría que asistiese a todas sus reuniones.

Luna se despezó en el lujoso sofá y se quedó con la mirada perdida en el espacio. El tiempo pasó, pero no supo cuánto. Pudieron haber sido minutos o pudieron haber sido horas. Comenzó a quedarse dormida, el silencio la calmaba, sólo para despertarse sobresaltada cuando sonó un golpe en la puerta. Se levantó suspirando y fue a decir hola a quienquiera que estuviese allí.

Cuando la puerta se abrió y reveló a Cady, Luna estuvo más que sorprendida por esa inesperada visita.

—Hola —dijo débilmente.

Cady sonrió ampliamente.

—¿Puedo entrar? —le preguntó con un brillo en sus ojos.

Luna se movió a un lado y le permitió su entrada. La mujer se veía bella en su apretado mono negro. Hermosa. Cady echó un ojo a su alrededor, todavía sonriendo, y tomó asiento en el sofá.

—Siéntate conmigo —dijo palmeando el cojín a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luna, sentándose al lado.

—Sólo quería conocerte un poco mejor, eso es todo. Estaba sorprendida de ver otra humana aquí abajo.

Luna frunció el ceño, intrigada por la elección de palabras de Cady.

Cady se rió.

—No te confundes. Para que veas, antes solía ser humana.

—¡De ninguna manera! —Luna jadeó.

—Pues sí.

—Pero ¿cómo te convertiste...?

—¿En Shikar? —terminó Cady—. Bueno, eso es en parte la razón por la que estoy aquí. Soy bastante entrometida. Sid va a *matarme* cuando se entere. Necesitaba hablar contigo, oír lo que Pulse te ha contado sobre nuestra raza.

—Me dijo que lucháis por la raza humana y por la seguridad del mundo. También me ha explicado un poco acerca de las Castas. Es realmente increíble las cosas que todos vosotros podéis hacer.

Cady jugó con la gruesa trenza de pelo que caía por su hombro.

—¿No te explicó cómo pueden convertir en Shikars a algunos, date cuenta que dije *algunos*, humanos en Shikars?

Luna negó con la cabeza, desconcertada por el rumbo que estaba tomando la conversación.

Cady bufó.

—Hombres. ¿Nunca se enterarán de que pueden confiar en nosotras, contarnos las verdades completamente y no solo a medias?

Luna se dio cuenta de las implicaciones de lo que la guerrera le revelaba y su curiosidad aumentó.

—¿Me puedes decir cómo pueden ser... convertidas?

—Sí. Es realmente muy simple. El semen de un varón Shikar es venenoso para la mayoría de mujeres.

Luna se quedó sin aliento, completamente abrumada por las noticias. Era por eso por lo qué Pulse era tan cuidadoso de no vaciarse dentro de su cuerpo.

—Sí. Las mata en el momento que es introducido en el cuerpo. Pero hay algunas de nosotras, mujeres como tú y como yo, que tienen percepciones extrasensoriales, que no mueren cuando la semilla Shikar entra en nuestros cuerpos. Somos lo suficientemente poderosas para oponernos a la misma muerte. Pero debemos estar seguras de que amamos al Shikar o las cosas pueden ir mal. El amor es la mayor fuente de energía en la existencia. Realmente. Nos hace fuertes, nos hace débiles, nos sana, nos vuelve a todos locos. Y nos protege del daño en las manos de nuestros exóticos compañeros —explicó Cady, un aspecto suave en sus ojos que se contradecía con su tono jovial. Claramente, a esta mujer le importaba lo suficiente como para compartir este secreto con Luna, y Luna estaba agradecida a pesar de su asombro.

Después de algunos momentos para asimilar toda esta información, Luna consiguió hablar de nuevo.

—¿Cómo te conviertes en Shikar? Me refiero, ¿cómo? ¿qué sucede exactamente? —preguntó.

Cady lanzó su trenza de regreso a su espalda y suspiró.

—Nuestras almas viajan entre este mundo y la muerte. Cuando somos traídas de regreso a nuestros cuerpos por un Viajero, o un poderoso compañero con la habilidad para Viajar a través de los mundos, regresamos cambiadas, física y mentalmente.

—¿Cómo?

—Somos más fuertes, en primer lugar. Y somos más rápidas. Somos más listas y bastante más peligrosas para nuestros enemigos. Somos a prueba de enfermedades y nos curamos rápidamente, especialmente cuando un Shikar con un talento natural para curarse nos ayuda. Adoptamos características de Casta, pero no hay orden o relación en lo que nos convertimos. No siempre seguimos los pasos de nuestros compañeros. Por ejemplo, soy Cazador y un Incinerador. Sid, mi marido Obsidian, es una Casta múltiple, pero de Castas diferentes a mí. Él es Cazador, Maestro de Cuchillas y Viajero. Y también un guerrero feroz, estoy muy orgullosa de decirlo. —Cady sonrió ampliamente.

—¿Y Sid te cambió? —Luna se tambaleó. El mundo Shikar, supuso, siempre tendría sorpresas para ella.

Cady asintió.

—Sólo habíamos estado juntos algunos días. No sabía lo del semen. Me tragué cierta cantidad y casi morí, pero me salvé y cuando me desperté era una Shikar. Fui la primera humana que experimentaba el cambio. Pero ahora hay unas cuantas entre nosotros. Y si las cosas continúan tan bien como hasta ahora, estoy segura de que habrá muchas más.

—¿Y puedes hacer cualquier cosa que una persona nacida Shikar puede hacer?

—Sí. Oh, y cuando tenemos niños, estos son exponencialmente más fuertes que la mayoría de los Shikars de su edad. Parece que los genes humanos, unos cuantos, cuando son introducidos en el linaje Shikar, consiguen bebés superfuertes.

—Eso es... asombroso. —Luna no sabía qué decir. ¿Por qué no le había contado Pulse sobre esto? Debería de haberlo echo, aunque sólo hubiese sido para advertirle sobre su semen. Para explicarse por qué se esforzaba en no correrse dentro de ella. ¿No le importaba lo bastante para compartir esa información?

Quizá fuese un secreto bien cuidado. Quizá Pulse tenía miedo a que se alejase de él, sabiendo qué tan peligroso podía ser para ella.

Aún así, Pulse le había dicho mucho sobre su gente. *Me lo debería de haber contado, debería de haberme dado algún indicio*, pensó revolviéndose. Debería de haber confiado en ella. No le había dado ninguna razón para desconfiar de ella.

—Puedo decir por el gesto de tu cara que no eres feliz con ésta noticia. Supongo que será porque piensas que te lo tendría que haber dicho Pulse, no yo.

—Él debería haberme dicho *algo*. —Luna tragó saliva a través de su repentina garganta dolorida.

—Bien, déjame darte un consejo. Ponlo contra las cuerdas. Todos los guerreros aquí son iguales. Si piensan que nos protegen ocultando información, lo harán sin dudarlos. Son arrogantes, testarudos, tercos como una mula y callados en lo que se refiere a cualquier cosa sobre convertirse en Shikar. Estoy segura que Pulse te lo hubiese dicho en algún momento. Puedo ver en tus ojos que le amas. Vine esta noche porque quise que supieses que tienes posibilidades, si eliges aprovecharte de ellas.

—Gracias —dijo Luna roncamente.

Cady se rió, el sonido estaba lleno de vida.

—Me puedes gritar si lo deseas. Me suelo meter en donde no me llaman. Pero siento un parentesco contigo, porque eres humana, porque eres poderosa, porque eras obviamente una mujer fuerte e independiente, de cualquier manera y yo quise compartir esto contigo cuanto antes para que pudieras tomar una decisión informada, llegado el momento. Y confía en mí —añadió Cady sabiamente—, ese momento pronto llegará.

—No quiero gritarte —dijo Luna débilmente.

—Pues deberías. Aunque solo sea para desahogar un poco de angustia antes de que Pulse regrese y tengáis una pelea espectacular. Y créeme, cuando nos peleamos con nuestros compañeros es toda una visión impresionante para contemplar. No te he dicho que te enojas con Pulse, o que te entristezcas porque no te lo haya dicho. Me encanta ser una Shikar. Pero no tuve elección. Es cierto que somos superiores a los humanos, pero hay muchas cosas acerca de ser humanos que echo de menos.

—¿Cómo que? —Luna no podía imaginar a Cady de otra forma que no fuese una Shikar.

—Me encantan los hotdogs^{***} y los late-night⁺⁺⁺. Adoro los coches, los pantalones vaqueros y los chocolates Godiva. Me gusta el anonimato de ser sólo una entre millones de otros como tú. Nunca te das cuentas hasta que lo pierdes, ser un humano no es algo tan malo todo el tiempo. No me malinterpretes. No cambiaría ser una Shikar ni por todos los chocolates del mundo. Pero mereces poder tomar tu propia decisión. Creo que necesitabas conocer todas las opciones.

—Gracias por contármelo—respondió Luna—. Realmente lo digo en serio.

—Para contrarrestar todo lo que acabo de decir, quisiera añadir que ser un Shikar es mejor que cualquier otra cosa en el mundo. Aquí no hay necesidad de riquezas, ninguna necesidad de ser avaricioso. Todo el mundo es juzgado por la fuerza de su carácter, no por qué marca de ropas traen puestas. Todo el mundo está cerca de algún modo, y cuando cualquiera de nosotros necesita ayuda, hay docenas de corazones leales dispuestos a cuidarte las espaldas. Hay un montón de comodidades, como estoy segura que ya has notado. Y todo el mundo es necesario de algún modo. No hay ningún holgazán. Ni hay cualquier Shikars abandonado o extremadamente pobre. Nos ocupamos de nuestra gente, no importa qué.

—¿Y acerca de la libertad? —Luna había estado preguntándose eso desde el primer momento en que llegó—. ¿Tienes libertad para ser tú misma?

Los ojos de Cady se abrieron.

—*Por supuesto.* No soy diferente de lo que era cuando era humana. Y aunque un compañero puede ser muy arrogante en algunas ocasiones, tienen buenas intenciones y se desvivirían por nosotras. Podemos entrar y salir cuando nos plazca de aquí, por ejemplo, no tienes que salir al campo de batalla si no lo deseas. Sin embargo, siempre hay reglas sobre cómo comportarse en la superficie. Es necesario para preservar nuestro secreto. Pero es un buen cambio, confía en mí.

—¿Tengo que tener un compañero para quedarme aquí? —preguntó Luna.

^{***} Perritos calientes. Es una salchicha dentro de un panecillo, y se le suele acompañar de ketchup, mostaza, cebolla, queso etc...

⁺⁺⁺ Programas de contenido no recomendado a menores que suelen echar las televisiones por cable a partir de las diez de la noche.

Cady la miró a sabiendas.

—Pulse diría que sí, supongo. —Ella se rió ahogadamente y palmeó la pierna de Luna cordialmente—. Pero no, no tienes que estar emparejada. Siempre que seas feliz aquí y hagas tu parte, en tu caso significa decirle al Concilio cuando tienes una premonición que nos concierna, siempre serás bienvenida y tratada con total respeto.

Luna absorbió todo lo que Cady le dijo e intentó que no le hiriese que Pulse hubiese conservado esas cosas en secreto. Pero entonces, no podría culparlo. No del todo. Sabía que iba a morir pronto y también Pulse. Quizá sólo había estado protegiendo su corazón, sabiendo que la perdería al final.

Ella miró a Cady, clavando sus ojos en los dorados ojos Shikar de la mujer durante un largo rato.

—Tu hijo va a prenderle fuego al salón mañana por la mañana —dijo suavemente.

—¿Qué? —gritó Cady—. ¿Estás segura?

—Sí. Herirá a su niñera, tendrá algunas quemaduras de tercer grado.

—Entonces me aseguraré de estar con él toda la mañana y así le doy el día libre a la niñera. De cualquier manera, sólo necesito un par de horas de sueño. —Ella se rió y sonrió irónicamente. Había admiración en sus ojos, que hizo sentir un poco incómoda a Luna, pero cálida y confusa al mismo tiempo—. Gracias por advertirme.

—Gracias por venir aquí esta noche.

—No tienes que agradecermelo. Sé que mis noticias no te han sentado bien. ¿Y cómo podrían? Eso cambia las cosas ¿no?

—Sí —Luna estuvo de acuerdo.

—Solo recuerda que aquí estás entre amigos. Si necesitas cualquier ayuda, no importa lo que, simplemente déjanoslo saber. Y si eliges convertirte en una Shikar o no, es cosa tuya y de Pulse. No importa lo que elijas, será lo correcto.

Luna asintió.

—Bueno —Cady se levantó—. Mejor me voy antes de que Sid venga a buscarme. Está un poco nervioso. Todavía está enojado por que dejé escapar a Daemon.

—¿Daemon? ¿Quieres decir a los monstruos? —Luna frunció el ceño—. ¿Por qué harías algo así?

Cady negó con la cabeza y se acercó a la puerta.

—No. *Daemon* es el Señor de la Horda. Él es el creador de los monstruos a quienes nos oponemos. Pero él no quería que las cosas saliesen así. Originalmente no creó los daemons para atormentarnos. Realmente no es un mal tipo, aunque sea un oscuro hijo de puta. Salvó la vida de mi hermano, y sólo por eso, me enfrentaría a la cólera de mi marido para liberarlo. Y si bien Sid en secreto admira lo que hice, sí, puedo decir que con bastante facilidad, todavía tiene que hacerse el enojado durante algún rato más.

La vivaz mujer le lanzó una pequeña sonrisa por encima del hombro a Luna, que la siguió hasta la puerta

—No te preocupes, Luna. Todo se resolverá. No necesito ser adivina para saberlo.

Luna observó retirarse a Cady hasta que la perdió de vista a lo lejos. Dejando escapar un enorme suspiro, cerró la puerta y regresó al cuarto, en espera de que Pulse regresase.

* * * *

Pulse observó como los miembros del Concilio abandonaban la sala. La reunión había ido bien. Todo el mundo estuvo feliz de saber que el ataque daemon había sido frustrado y una poderosa humana se había salvado. Sabre asignó guerreros para vigilar a Apple durante toda la noche, para asegurarse que se mantenía a salvo. Todo el mundo estaba agradecido con Luna por su advertencia y su coraje haciendo frente al peligro.

Pulse nunca había estado tan orgulloso. Su mujer era una sorpresa para todo el mundo, incluyéndose. Ella nunca vaciló en su propósito, ni aun al afrontar a sus peores enemigos. Era tan valiente, intentando cambiar la vida de los demás. Y aunque había vivido una dura vida por sí misma, todavía lograba ver la belleza en el mundo a su alrededor.

Él la amaba. La había amado desde que la vio avanzar delante de un taxi para salvar la vida de una mujer desconocida. Su destino había sido sellado en ese momento.

Pero necesitaba decírselo, y decírselo correctamente. Decirle que la quería más que al aire que respiraba. Decirle que atesoraba su amor como no había atesorado nada más en su vida. Y decirle que podrían estar juntos, por siempre, si ella lo deseaba.

Él se negaba a pensar que moriría. Ella podría saber cómo y cuando, pero se juró que no la dejaría esperar el abrazo de la muerte a solas. No podría vivir sin ella. Era tan simple como eso. Debía encontrar la manera de salvarla de su destino, y pronto. Por ahora, juró resguardarla del frío y lejos de los climas gélidos.

Mientras tanto, le pediría que compartiese su vida con él. Le diría cómo podría ser su compañera para siempre. Le daría la opción de ser como él. Una Shikar.

Se apresuró en volver a casa, ansioso de estar con ella. La había añorado las pasadas dos horas durante su sesión en el Concilio. Quería estar a su lado. Siempre. Estar separado de ella, aunque fuesen sólo un par de horas, era una tortura. Quería tenerla a la vista, al alcance de la mano en todo momento. Se preguntó que pensaría ella de todo eso. Su mujer era explosiva. No sabía como iba a reaccionar a su nueva adicción a su cercanía.

Se preguntó en que clase de Shikar se convertiría. No forma de saber que Casta sería. Y había posibilidades de que sus poderes se multiplicasen exponencialmente, tampoco sabía cómo se sentiría al respecto. Sus premoniciones ya eran una carga.

Había una posibilidad de que no escogiese el camino de un Shikar. Tenía que prepararse a sí mismo para esa posibilidad, aunque le dolía pensar en eso. Era una mujer de fuerte voluntad, y podría atesorar su humanidad sobre todo. Esperaba que no. Él sabía que su camino sería difícil y lleno de peligros, pero también sabía que sería una espléndida.

Esperaba que estuviese lista para tomar esa decisión. Porque él ya estaba listo. Y para él no había marcha atrás.

Capítulo Quince

Luna se sobresaltó cuando la puerta del apartamento se abrió y Pulse entró. Había estado esperando en silencio, rodeada de pensamientos y muchas dudas. Todo lo que Cady le había dicho se repetía una y otra vez en su mente, torturándola. ¿Por qué Pulse no se lo había dicho? Esa era la pregunta más grande de todas y no tenía ni idea de su respuesta.

Pulse se acercó al sofá donde Luna estaba sentada y se agachó para besarla calurosamente en la boca. Se separó y se acomodó encima del cojín a su lado, rodeándola con su brazo.

—Te eché de menos —dijo suavemente en su oreja, su aliento provocando cosquillas en los cabellos de su nuca.

Luna no sabía como ser diplomática, así es que ni lo intentó.

—¿Me amas Pulse? —preguntó.

Pulse no lo dudó.

—Te amo —dijo medio segundo después—. Siento admitir que acabo de darme cuenta, ha pasado tanto en tan poco tiempo, pero te amo. Muchísimo. Más de lo que alguna vez podría amar a otra persona.

—¿Por qué no me dijiste que podrías convertirme en una Shikar como tú?

Pulse suspiró y retiró el brazo, uniendo sus manos en su regazo. La miró, encontrando su mirada fija en él, y una parte de ese miedo desapareció y las dudas lo abandonaron.

—No estaba listo para recorrer ese camino, supongo. Había pensado en eso, por supuesto que lo hice, pero estaba asustado de lo que pensarías si te lo dijese. Pensé que podrías asustarte de hacer el amor conmigo.

Luna sonrió.

—Nada podría evitar que hiciera el amor contigo.

—¿Quién te lo contó? —preguntó.

—Cady.

Pulse cerró sus ojos y sacudió su cabeza.

—Debería haberlo sabido. He oído mucho acerca de las proezas de Cady. No debería de extrañarme que se hubiese visto reflejada en ti y que pensase que necesitarías estar preparada para lo que se avecinaba. Sólo desearía que hubiese esperado un par de alzemientos más antes de que te dijese nada.

—¿Ibas a decírmelo? —preguntó suavemente.

—Sí. Esta noche. Lo había decidido en el momento que salí. ¿Estás enfadada por que no te lo dije antes?

Luna suspiró.

—No realmente. Haber, me dolió el pensar que me lo habías mantenido en secreto. Esto explicaba un montón de cosas por las que sentía curiosidad, tal como por que no te corrías en mi interior. También hizo que me preguntase un montón de cosas.

—¿Cómo cuales?

—Pues bien, en primer lugar, me pregunté si me querías como pareja. También me pregunté cómo podría encontrar el valor para convertirme en un Shikar, si llegase el momento. Nunca he querido ser más de lo que soy, nada más que una humana. Pero nunca fui una humana corriente, de cualquier manera, no importaba cuanto trataba de fingirlo algunas veces. Me pregunto si podré renunciar a mi antigua vida y asumir otra y tratar de seguir siendo yo misma. Interiormente.

Pulse se inclinó, la abrazó y los giró, quedando tumbados en el sofá.

—Tú siempre serás tú misma. Convertirte en un Shikar no lo cambiará.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó.

Él lo pensó por un momento.

—Ninguna de las mujeres que se han convertido no cambiaron más allá de su cuerpo. Sus personalidades permanecieron igual. Sus esperanzas, sus sueños y sus deseos no fueron diferentes que lo que habrían sido cuando eran humanas. Estoy seguro de que no hay riesgos de que te pierdas.

—¿Me quieres como pareja? —preguntó, medio temiendo, medio anticipando su respuesta.

Pulse la apretó aún más contra él y besó su frente.

—Sí. Te quiero más que cualquier cosa que haya querido en mi vida. Lo eres todo para mí. No podría vivir sin ti a mi lado. No sé cómo lo hice hasta ahora.

—¿Quieres que sea una Shikar?

—Eres más fuerte que un humano. Serás incluso más fuerte como una Shikar. Vivirás mucho más tiempo, no tendrás que preocuparte de enfermedad y quizá así aprenderás a controlar tus habilidades clarividentes. ¿Quieres ser una Shikar?

Luna se relajó contra él.

—Si me convierto en una Shikar habrá un par de condiciones —dijo.

—¿Cuales?

—No quiero permanecer aquí abajo como una prisionera. Quiero poder ir al mundo de la superficie cada vez que quiera.

Pulse lo pensó por un momento.

—Te permitiré ir siempre que yo vaya contigo. ¿Te vale?

Luna asintió.

—Genial. No me gusta estar separada de ti.

—¿Qué otras condiciones tienes?

—Tienes que jurarme que nunca me dejarás. No creo que aguantar ser apartada por ti.

Pulse se rió, asombrándola.

—Amor, ningún guerrero que conozco ha formado una pareja sólo para cambiar de opinión después. Tenemos una pareja de por vida, una vez que encontramos a la mujer correcta para amar. El amor es nuestra verdadera fuerza y nuestra alma.

—Prométeme que no te desharás de mí.

—Nunca me separaré de ti. Lo prometo. —Pulse se rió suavemente.

Luna dejó escapar un suspiro de alivio.

—Lo siento. Solo necesitaba saber que no te separarás nunca de mí.

—No lo haré. ¿Cómo podría hacerlo? Eres una sorpresa andante desde el momento en que te despiertas hasta que te acuestas. Siempre me sorprenderás. Sólo espero que no te canses de *mí*. Puedo ser... algo dominante a veces.

Luna se rió.

—¿A veces? ¿No querías decir todo el tiempo?

Él hizo cosquillas en sus costados, haciéndola reír nerviosamente y retorcerse en su abrazo.

—¿Y qué si lo soy? A ti te gusta.

—Supongo que sí. —Se rió otra vez y trató de apartar sus manos. Se puso seria—. Pero hay un problema pequeño.

—¿Cual? —preguntó ansioso.

—Voy a morir, Pulse —dijo quedamente—. Pronto. Lo sé. Lo he visto.

—Nunca te congelarás aquí abajo —dijo ferozmente—. Te resguardaré del frío, siempre.

Luna inspiró profundamente, intentando tranquilizarse e intentando tragar el nudo de nervios de su garganta. Pulse podía confiar en que la mantendría con vida, pero ella era bastante más escéptica.

—No puedes —dijo al final.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Después de todo lo que hemos hecho juntos? ¿No has aprendido que somos un equipo imparable, tu y yo? Juntos podemos cambiar cualquier cosa que deseemos, incluyendo el destino. —Le besó la cabeza—. No te preocupes, amor.

—No puedo remediarlo. Desde que te encontré, he sentido el peso de mi muerte dirigiéndose amenazadoramente hacia mí. Antes de encontrarte no me importaba morir. Ahora quiero vivir.

—Y lo harás —dijo Pulse. Él se levantó y se inclinó sobre ella, levantándola en brazos. Se giró y la llevó al dormitorio—. Nos aseguraremos de eso. Juntos.

Luna puso sus brazos alrededor de su cuello y le abrazó. Él la acostó suavemente encima de la cama y se tumbó con ella. Se reclinaron de lado, mirándose mutuamente

—¿Quieres convertirte en una Shikar? —preguntó.

Luna pensó, buscando en su interior la verdad, para estar segura, y finalmente asintió, haciéndole saber que era la elección correcta. Realmente quería ser como él. Fuerte como él, ágil y segura como él.

—¿Quieres convertirte esta noche? —murmuró suavemente.

Luna asintió.

—Ok. —Sonrió abiertamente y sintió como sus pezones se endurecían hasta casi doler de deseo.

—Obviamente nunca lo he hecho antes, así no te puedo decir exactamente qué esperar. Simplemente recuerda que te amo y que no te dejaré entrar en lo desconocido sola.

Luna lo abrazó y lo silenció con un beso.

—Confío en ti —susurró sobre sus labios.

Pulse aferró su cabeza, deslizando su boca sobre la suya, explorando profundamente sus secretos con su lengua. Su lengua era caliente, suave, húmeda, tocando y saboreando cada pulgada de su boca. Ella se amamantó de su lengua, arrancando un gemido de sus labios que provocó que su corazón se acelerase.

Sus manos encontraron el dobladillo de su camisa y se la quitó lentamente. Encontrando el cierre delantero de su sujetador, le dio un pequeño toque con sus dedos y se desprendió, revelando toda su piel desnuda a su caliente y hambrienta mirada.

Se volvió a inclinar y mordisqueó ligeramente sus labios, respirando suavemente en su boca. Sus dedos acariciaron sus mejillas y su garganta. Una mano ahuecó su cuello delicadamente mientras la otra se aferraba a su dolorido pecho. Luna se arqueó bajo su toque, su duro pezón apuñaló demandante su mano.

Las yemas de sus dedos retorcieron su pezón y su mano levantó su pecho, ahuecándolo suavemente. Sus labios se deslizaron hasta su barbilla, su garganta y su hombro, dejando un rastro ardiente. Lamió su hombro y sopló ligeramente en la humedad que dejó atrás, enfriando el fuego que había encendido. Su piel se erizó y tembló en su abrazo, gimiendo suavemente.

Pulse acarició con sus manos su pecho, hasta que ella jadeó en busca de aire y se arqueó incontrolablemente bajo su toque. Sus hábiles dedos abrieron el cierre y la cremallera de sus pantalones vaqueros. Los deslizó por sus caderas y se los quitó. Todo lo que mantenía puesto eran unas diminutas braguitas de seda, que desgarró por la prisa en desnudarla, la lujuria inundaba sus sentidos.

Él se apartó y se quitó sus propias ropas a una velocidad que la asombró. El brillante resplandor de sus ojos dejó un rastro ardiente desde su cabeza hasta los dedos de los pies, demorándose en sus pechos, el estómago, el coño y las piernas. Pulse se abalanzó sobre ella otra vez, gruñendo como una bestia famélica, llevando su boca a su pezón profundamente y amamantándose hasta que Luna gritó y se aferró fuertemente a él.

Cuando sus pieles se tocaron pareció como si un relámpago pasase entre ellos, y el olor de ozono flotó en el aire. Él recorrió con sus dedos el estómago de Luna, excitándola, saltaron chispas que la cegaron. Cada pelo de su cuerpo se erizó, y la sensación de su poder recorriéndola, la hizo jadear aceleradamente, desesperada.

Su cabeza golpeó la almohada mientras él se movía de un pezón para el otro, tentando y atormentándola al extremo de la locura. Su pelo se derramó sobre ellos como un velo negro, las hebras de plata brillando intermitentemente como estrellas brillando en una noche oscura. Su perfume, picante y salvaje, completamente masculino, provocó sus sentidos, inundándola hasta que no pudo tomar un aliento que no supiese a él.

La tormenta de necesidad que la recorría se alzó en nuevas cotas. Ella lo empujó hacia atrás y él se recostó. Su pelo y sus labios acariciaron ligeramente los fuertes músculos de su pecho, su estómago y su vientre.

Cuando lo llevó a su boca, Pulse rugió y enredó sus manos en su pelo. La redonda cabeza de su erección se resbaló entre sus labios y ella lamió la punta, dándole un golpecito con su lengua sobre la sensitiva piel. Sus caderas se elevaron y empujaron su polla más profundamente en su boca y ella le tomó hasta que tocó la parte de atrás de su garganta.

Deslizando su lengua a lo largo de su longitud, movió su cabeza de arriba abajo sobre su eje, mamando su polla hasta estar mareada del deseo. Su sabor era salvaje en su lengua, embriagador. Adictivo. Era como acero cubierto de terciopelo en su boca, estirando sus labios alrededor de su gran grosor.

Con un gruñido, Pulse la separó y la giró, quedando Luna sobre sus manos y sus rodillas delante de él. Pulse se subió detrás de ella y acarició su humedad con las puntas de sus dedos. Agarró la gruesa base de su polla en su mano y la condujo a su caliente y acogedor cuerpo. La cabeza se deslizó dentro de ella, y tensándola y estirando su carne mientras la llenaba deliciosamente, centímetro a centímetro.

Luna arqueó la espalda para tragar su polla con su hambriento coño. Su clítoris estaba hinchado y dolía, y parecía que Pulse sabía lo que necesitaba. Una mano se acercó, la otra permanecía sujetando su cadera, y se dirigió a su necesitado nudo de nervios. Lo frotó girándolo y estirándolo, provocando que explotasen estrellas en la parte trasera sus ojos.

Ella se inclinó más, alzando sus caderas para tomarlo más profundamente. Él la llenaba tanto que no sabía dónde terminaba ella y donde comenzaba él. Su corazón tronó en su pecho y sus sentidos tambalearon. La lujuria, la necesidad y el amor la abrumaron, haciendo sus movimientos más frenéticos, más hambrientos.

Su clímax la sorprendió. Se corrió con un grito corto, derramando la leche de su coño⁺⁺⁺ sobre su polla. Pequeños temblores la estremecieron y sintió como fluía la humedad alrededor de su erección, haciéndola resbalar y deslizarse en ella aun más fácilmente.

Cuando ella se relajó, Pulse seguía hundiéndose en ella. Sus dedos se concentraron en su clítoris, frotándolo, apretándolo, presionándolo. Luna se arqueó de nuevo, sintiéndolo embestir contra su cuerpo, gimiendo fuertemente mientras otro clímax la recorría.

Él la montó duro. Aunque sus manos eran suaves, también eran exigentes, haciéndola subir a otro pico. Su saco se golpeaba contra ella con cada embestida, y los sonidos húmedos y succionantes de su cuerpo los inflamaron de creciente deseo.

—Voy a correrme —gruñó Pulse, hundiéndose en ella—. Quédate conmigo, Luna. No entres en la oscuridad a solas.

Él clavó su polla en su coño. Se sentía tan bien dentro de ella que las lágrimas surgieron de sus ojos. Su corazón se hinchó dolorosamente en su pecho y el aliento entró duramente en sus pulmones. Ella nunca había estado tan excitada.

Con una última poderosa embestida, Pulse rugió y disparó su semilla dentro de ella. Luna sintió la caliente salpicadura quemando sus entrañas, llenándola, derramándose entre sus cuerpos.

Pulse se estremeció sobre ella y salió de su cuerpo. Él los giró para que ambos quedasen tumbados en la cama, abrazados, con él detrás de ella. Luna contuvo el aliento y dejó que el último de los temblores post-orgásmicos la hundieran en una piscina de relajación.

El frío la traspasó como un relámpago y se quedó sin aliento, levantándola de la cama. Sintió como si su sangre se hubiese congelado en sus venas y bombease escarcha a todo su cuerpo. Su cuerpo comenzó a tiritar y cada músculo se contrajo dolorosamente, haciéndola gritar y convulsionarse contra las almohadas.

Los brazos de Pulse la rodearon pero no sintió su calor. Se sentía como si nunca más pudiese sentir calor. Sus dientes castañearon y su aliento se estremeció dentro y fuera de sus pulmones congelados.

—Me estoy muriendo —logró susurrar, su tono se llenó de una mezcla extraña de temor y decepción, antes de convulsionarse contra él incontrolablemente.

—Está bien. No te dejaré ir —prometió, una cogida en su voz—. Le tengo.

—Me congeló. Voy a morir. —Las lágrimas se derramaron de sus ojos, pero ellos también estaban helados.

—No, no es cierto —dijo vehementemente.

La oscuridad la envolvió, la atravesó, y la voz de Pulse se desvaneció. Estaba tan asustada. Sabía que esta forma era la muerte que había premonizado para sí misma. Su

⁺⁺⁺NdT: También llamado *Squirting* o eyaculación femenina, se refiere a la expulsión de una cantidad variable de fluido a través de la uretra durante el orgasmo. El líquido expulsado se reporta como un líquido claro o lechoso que surge de la vagina (a veces con fuerza), que tiene una composición semejante al líquido generado en los hombres

única pena era que dejaría a Pulse solo. Morir en sus brazos iba realmente a marcarlo, lo sabía.

Vaya mierda.

Dejó que la oscuridad la tomase, sintiendo como su alma dejaba atrás su cuerpo, con todas sus dolencias, sus penas y sus placeres. La boca abierta de un gran vacío apareció delante de ella, haciéndole señas. Se sentía como si estuviera volando a través del espacio, recorriendo el mundo dejando todo atrás. Pero algo la estaba retrasando. Algo estaba sosteniendo su espalda.

—Regresa —oyó una voz en la oscuridad. Sintió el calor del poder inundándola y se dio cuenta de que Pulse estaba allí con ella en esa nada. Trató de llamarlo en voz alta para buscarlo, pero no tenía voz con la cual hablar.

Ella se movió inexorablemente más cerca de la nada. Pulse tiró de ella y Luna sintió como si sus brazos la abrazasen. Parte del frío la abandonó y trató de volver con su amante, pero era casi imposible. El siguiente mundo la llamaba exigentemente.

—No. Regresa, Luna. No te vayas —rogó Pulse, y las palabras hicieron eco en sus oídos como si él estuviese justo a su lado.

Luna sintió como su alma era succionada hacia atrás, una carrera vertiginosa volando por el espacio. Con una sacudida desagradable su alma regresó a su cuerpo, sacudiéndola. Con un agónico grito se irguió y se encontró sentada en el suelo, en los brazos de Pulse.

—¿Qué pasó? —preguntó débilmente, temblando violentamente de pies a cabeza—. ¿Por qué no estoy muerta? —Su boca estaba seca y su voz ronca, como si hubiese estado gritando.

Con la salpicadura de una caliente lágrima en su mejilla se dio cuenta de que Pulse lloraba mientras la abrazaba fuertemente.

—Eres una Shikar —dijo suavemente, acariciándola en la espalda con sus manos en un movimiento tranquilizador. Luna se reclinó, cansada y dolorida, y limpió sus lágrimas con sus temblorosos dedos, acariciándolo—. Eres mi compañera en todos los aspectos —susurró—. Mía y solo mía.

Luna sintió un agudo dolor en su cabeza y jadeó, sacudiéndose y echando la mano a su cabeza.

—Ahhh —gimió. Otro dolor le golpeó y se apartó de los brazos de Pulse, tambaleándose sobre sus pies. Pulse se levantó, preparado para cogerla si se caía, y mirándola con preocupación.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Luna se estremeció, luego sintió como su cuerpo caía presa de la calma, casi de trance.

—Habrá una inundación en Kansas dos días a partir de hoy —presionó sus palmas a ambos lados de su cabeza, como si quisiera presionar la premonición fuera de su cabeza—. Nancy Carte de Seattle morirá en un incendio en su oficina.

Pulse la sujetó suavemente, jadeando profundamente, la preocupación transformando sus rasgos en piedra.

—No dejes ir a Flare el viernes siguiente a los Territorios. Habrá una emboscada esperando por él en las afueras de París. Quedará herido de gravedad.

—No lo haré —estuvo de acuerdo respetuosamente, abrazándola fuertemente cada vez más—. Lo transferiré para Alemania o Rusia durante un par de semanas.

—Puedo ver tantas cosas —gimió, no viendo el cuarto ante ella sino cientos de visiones, una tras otra, un mar de conocimiento que amenazaba con enloquecerla. Ella gritó, agarrándose desesperadamente su cabeza que se sentía a punto de explotar, y se sacudió fuertemente en los brazos de su amor—. Tu sobrina viajará con sus espías mañana por la noche y encontrará a su compañero entre los humanos de San Francisco.

Pulse se agitó.

—¡Luna! ¡Por Grimm, Luna, esa no fue una predicción mala! ¿Te das cuenta de lo que significa?

Ella negó con la cabeza, luego respiró fuertemente y con dificultad, como el movimiento la hiciese marear.

—Mike Hamil del norte de Kentucky ganará la Indiana Powerball lottery^{sss}. —Las palabras se derramaban de su boca incontrolablemente, tan rápido que zumbaban.

—Estás haciendo predicciones de cosas que son positivas —dijo Pulse con una amplia sonrisa colmada de alivio, repleta alegría—. Trata de empujarlas hacia atrás, profundamente en la parte de atrás de tu mente. Concéntrate. —Pulse la apaciguó, repitiendo esas palabras varias veces, como un mantra, sabiendo en su corazón que todo estaría bien.

Luna trató de encontrar un ancla en el caos y lo encontró en los brazos de Pulse.

—Habrá una huida de la prisión en Cornelia, Georgia. Dos hombres serán atrapados pero un tercero estará fuera dos semanas y engendrará un niño con su novia de toda la vida. El bebé será una chica.

—Haz un intento para controlarlo, Luna. Tienes que intentarlo. No puedes seguir así.— La preocupación estaba escrita claramente en su hermoso rostro y en su tono, pero el amor y la alegría brillaban a pesar de todo.

Luna se estremeció en sus brazos y cerró con fuerza sus ojos. Tantas premoniciones fluían a través de ella que se sentía próxima a estallar, como una presa que se ha roto. Sabía tantas cosas y tan rápidamente que su mente se tambaleaba. Luna contuvo la respiración y se centró en empujar las imágenes a un lado, construyendo cuidadosamente una pared imaginaria entre ellas y el resto de su cerebro.

Varios minutos pasaron mientras recuperaba su aliento y se relajaban los latidos de su corazón

^{sss} Lotería americana bastante famosa por el número de premios que ofrece.

—Pienso... Dios, pienso que ya ha pasado por ahora —logró decir, todavía temblando sin control a pesar de sus esfuerzos de permanecer quieta.

—Tus poderes han aumentado exponencialmente. Nunca he presenciado nada como esto—dijo Pulse, sujetándola contra él.

—Lo veo todo —dijo con un quejido—. Lo sé todo.

—¿Puedes mantener a raya las premoniciones? ¿Las puedes controlar?

Ella tragó saliva, su garganta estaba abrasada, y asintió.

—Creo que sí. Por ahora. Tal vez. No sé —divagó tan rápidamente que sonó como una sola palabra

—Eres verdaderamente un milagro —le dijo afectuosamente, con algo de temor en su voz.

Luna negó con la cabeza.

—No, no lo soy. *Tú lo eres*. Evitaste que muriera trayéndome de regreso a la vida, trayéndome de regreso a ti.

—Lo hicimos juntos.

—Sí. Juntos. Y ahora siempre estaremos juntos —murmuró, apoyando su frente sobre su pecho, cansada—. ¿Cierto?

—Por siempre. En esta vida y en el más allá —juró.

Ella suspiró pesadamente.

—Dios mío, estoy tan dolorida Siento como si hubiese tenido cinco rondas con George Foreman****.

—Vuelve a la cama conmigo. Necesitas descansar. —La arrastró a la cama, tumbándola en ella suavemente.

—Cady está embarazada. Su niño será un Viajero —susurró débilmente—. Un guerrero realmente, realmente fuerte.

—Es suficiente ahora. Déjalo ir todo. No pienses en nada —ordenó Pulse.

Luna tiritó, sus dientes castañeaban, e inmediatamente cayó en un profundo sueño, exhausta, dónde, dichosamente, las visiones la dejaron en paz.

**** (1949 EEUU) Boxeador profesional, dos veces campeón del mundo de los pesos pesados. Apodado "Big George".

Epílogo

—Estoy embarazada.

Pulse levantó la vista del antiguo libro que había estado estudiando. El papel era más beige que amarillo, dándole una apariencia vieja aunque fuese nuevo. El papel Shikar se hacía de algo más aparte de árboles. Luna no sabía de lo que estaba hecho, sólo sabía que su producción era menos destructiva para el medioambiente que el papel al que estaba acostumbrada.

—¿Qué has dicho? —preguntó Pulse roncamente.

Luna le sonrió viendo su desconcierto.

—Estoy embarazada. Trillizos. Dos niñas y un niño.

—¿Estás segura? —Estaba realmente sorprendido.

—Sí. Y tengo un fuerte presentimiento de que los tres podrán controlar relámpagos como tú lo haces. —Luna palmeó su barriga cariñosamente.

Pulse la miró con los ojos muy abiertos. Luego saltó de su silla y la abrazó, volteándola en círculos, riéndose alegremente y gritando.

—¡Son noticias increíbles! —la dejó en el suelo—. Tengo que decírselo a todo el mundo cuanto antes—dijo corriendo hacia la puerta.

Luna se rió y corrió tras él.

—Vuelve. Mantengámoslo entre nosotros unos días, ¿vale?

Pulse detuvo sólo a un paso fuera del apartamento.

—¿Por qué? ¿Está algo mal?

Luna supo que él iba a ser un oso durante este embarazo. Se preocupaba demasiado, incluso en los mejores días.

—No, nada está mal. Solo quiero saborear las noticias juntos por algún rato. Ya sabes, probar los zapatos parentales y otras cosas. Tratar de imaginar como serán nuestras vidas en nueve meses o así.

Él la apretó con fuerza entre sus brazos y la besó duramente. La echó hacia atrás demasiado rápido, provocando que se marease.

—Te amo —dijo tocando su estómago con cuidado—. Me has hecho la persona más feliz del mundo. No puedo esperar a que seamos una familia, ¿sabes como lucirán?

Luna negó con la cabeza.

—No. Pero sé que serán saludables. Y el parto será sin complicaciones, gracias a dios. Los tendré en nuestra cama, en nuestro dormitorio ¿qué te parece?

—Pienso que es una maravillosa idea. —Él la besó otra vez y esta vez se demoró.

Pulse la alzó en sus brazos y volvieron a entrar en casa, pateando la puerta cerrándola tras ellos. Él la apoyó sobre el suelo antes de presionarla contra de la puerta y desnudarla con manos rápidas, ansiosas. Cuando estuvo desnuda fijó su atención en sus propias ropas, desgarrándolas al arrancarlas de su cuerpo precipitadamente. Él regresó sobre ella, presionando su piel caliente y desnuda contra la de ella, calentándola de pies a cabeza.

Él la alzó y ella enrolló sus piernas en su cintura. Pulse restregó su polla en el calor mojado de su coño y gimió. Movié sus caderas y empujó dentro de ella, apretando los dientes. Luna gimió y se aferró firmemente a él, permitiendo que se zambullese en su humedad, una y otra vez.

—Te amo tanto, Luna. Estoy completo contigo. Siempre te amaré —Pulse se quedó sin aliento, boqueando.

Luna gimió y dejó caer su cabeza hacia atrás, abriendo la boca para permitir que entrase su lengua. Su pelvis chocaba contra la suya, causando la bastante fricción en su clítoris para hacerla temblar incontrolablemente en su abrazo. Su polla le golpeó en algún lugar mágico dentro de su cuerpo, haciéndole ver las estrellas, el placer fue inmediato e intenso.

—Nunca he necesitado a nadie de la forma en que te necesito —dijo apenas.

—Oh, Pulse, eso se siente *taaan* bien —gimió.

—Vamos, cielo. Déjame sentir como tu dulce coño traga mi polla.

Él volvió a golpear ese mágico lugar dentro de ella y voló directamente hacia el clímax. Pulse empujó en ella más fuerte, más rápido, y se unió a ella sólo unos segundos más tarde.

Y mientras se corrían, se mantenían aferrados el uno al otro, capeando el temporal conjuntamente. Y Luna supo, sin duda alguna, que todo en su vida iba a estar bien. Ella no necesitaba que una premonición se lo dijera, solamente, lo sabía. Colapsando sobre él se dio cuenta que había llegado tan lejos, durante tanto tiempo, con sólo un propósito. Para amarle. Para ser amada por él. Para siempre.

—Te amo Pulse —susurró.

—También te amo Luna. Por siempre.

Por siempre. Ahora podría acostumbrarse a esa idea.

Pero ella se preguntaba... ¿cómo reaccionaría cuando ella le dijese a él?... Maldición, ¿a quien le importaba?

Él la amaba, ella le amaba y el amor siempre hacía lo correcto. No importa cuán loco pudiera ser el mundo.

Fin